

50.000 MILLAS EN EL OCÉANO PACÍFICO

Por

ALBERT DAVIN

Teniente de Navío

Traducción del francés de

HERNÁN MINDER PINO

Lieja, 2006

Paris-Plon Editores

1886

P R E F A C I O

Esto no es una novela; es una serie de bosquejos dibujados del natural por un viajero apasionado por la verdad. Por supuesto que este viajero no pretende pronunciar juicios definitivos. Nuestra pobre máquina humana es tan impresionable, encuentra tantas dificultades para deshacerse de las influencias externas ; los acontecimientos, las ideas, el medio tienen sobre ella una influencia tan innegable que la imparcialidad no podría, según creemos, ser tomada en sentido absoluto, y el empleo de este sustantivo testimonia de una pretensión que no queremos mostrar. Entre nuestros lectores hay algunos que han visitado quizás las regiones que son el objeto de estos estudios ; ellos encontrarán, lo espero, algunas impresiones que fueron las suyas. Los que no las conocen, encontrarán una opinión formulada después de haber sido meditada, lo que ya es algo.

50.000 MILLAS EN EL OCÉANO PACÍFICO

I

**Estrecho de Magallanes y los canales laterales
De la Patagonia.**

Fue el 21 de octubre de 1520 : el navegante Fernão de Magalhaes, que llamamos Magallanes, llegaba frente al estrecho al que daría su nombre. Al mando de una pequeña flota que Carlos Quinto le había confiado, llevaba la misión de descubrir una nueva ruta que iría de Europa a las islas Molucas. Magallanes alcanzó el paralelo 52 Sur, después de haber vencido las más grandes dificultades. Primero, uno de sus buques naufragó ; luego, obligado a emplear el rigor para conservar su autoridad, condenó dos cabecillas de un complot a ser descuartizados y abandonó otros dos en las costas desiertas de la Patagonia. Muchas veces, queriendo franquear este famoso pasaje hacia el oeste, tuvo que desandar lo andado luego de haber explorado el estuario de un río o una bahía sin salida. Esta vez, en lugar de entrar inmediatamente en el desfiladero que se abría hacia el occidente, envió adelante dos de sus naves, que al cabo de pocos días volvieron con una certidumbre casi absoluta : habían observado corrientes rápidas y un brazo de mar muy extenso, que tomaron por un nuevo océano. Magallanes, entusiasmado, se lanzó en el estrecho. Un mes después desembocaba en el Pacífico.

El pasaje que Magallanes acababa de franquear separa la Patagonia de la Tierra del Fuego a lo largo de seiscientos kilómetros ; tiene la forma de un ángulo obtuso cuya cima, llamada cabo Froward, indica el punto extremo de la Patagonia. Puede ser dividido en dos partes bien distintas, más o menos iguales en extensión. La del este, baja y arenosa ; la del oeste, muy alta, constantemente azotada por fuertes vientos, cubierta de ventisqueros, de picos calvos, de roqueríos abruptos, de nieves eternas.

Nos parece que hay que evitar de visitar una región determinada en un momento cualquiera. Creemos que el viajero debe hacer el esfuerzo de recorrer una región en el momento en que lo que la caracteriza en especial se manifiesta con mayor agudeza. Por ejemplo, Argelia en enero : el barro se apodera de los caminos, los árabes tiritan bajo el cielo gris, las murallas están sucias a causa de los chubascos. ¿No sería mejor ir a buscar hacia el sur la luz resplandeciente del sol, el soplo sofocante del simún ? Es lo contrario en los países del norte : ¿No es en Suecia donde se debe buscar el cielo gris, la nieve, las montañas coronadas de pinos que se curvan como arcos bajo la fuerza del viento ? Por éso, si se debe atravesar el Estrecho de Magallanes, es preferible hacerlo durante el invierno a fin de gozar del aspecto de los glaciares blancos, de hacerse una idea de estas brisas tan temidas de los marinos, de este cielo gris y bajo, del aspecto desolado que toman las tierras por la influencia de días considerablemente cortos. Me creo pues feliz de haber hecho este viaje en pleno invierno, en el mes de julio.

El 1° de julio entrábamos en el Estrecho luego de haber reconocido el Cabo de las Vírgenes. Hacia medianoche echamos el ancla en la Bahía Posesión, lo que al día siguiente nos permite de franquear, a la salida del sol, la primera bocana. A la derecha desfila la Patagonia ; a la izquierda, la Tierra del Fuego, llamada así, según se dice, a causa de los numerosos volcanes que la erizan. Ninguna descripción

podría pintar la aspereza de estas tierras. En todas partes los acantilados pizarrosos caen perpendicularmente en el agua ; el suelo cubierto de malezas se perfila sobre una línea de montañas azuladas coronadas de picos nevados. El eco de estas lúgubres soledades es turbado únicamente por el silbido del viento y los gritos destemplados de las aves marinas. Ningún vestigio de viviendas. ¿ Esta inmensa porción del continente americano será pues entregada enteramente a los animales de las regiones glaciales ? Se estaría tentado de creer que la Providencia dijo al hombre civilizado : En estas comarcas, no te establecerás.

Más lejos, la isla Santa Elisabeth extiende perezosamente sobre el mar sus cerros rojizos. A partir de ahí, el pasaje se ensancha ; la costa desciende directamente al sur, hasta el cabo Froward. Algunas millas más y llegamos a la colonia chilena de Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo habitado.

Ella se presenta bajo el aspecto de una larga mancha gris, avivada por toques rojizos. A la izquierda, una multitud de hayas desprovistas de hojas se destacan en blanco sobre fondo amarillo ; se diría la necrópolis de una ciudad de gigantes. Detrás de la ciudad, las montañas se escalonan gradualmente hasta la región de las nieves. En esta latitud, el espejismo produce fenómenos singulares : las pequeñas nubes que rodean el horizonte dan la impresión de ser pilares basálticos encargados de sostener el firmamento ; los últimos promontorios se encorvan como techos chinos ; los navíos a lo lejos parecen flotar en el cielo. En medio de la rada, una boya negra indica el lugar donde yace la cañonera inglesa *Doderel*, que explotó recientemente. La tripulación se componía de cien hombres ; solamente tres salvaron la vida. El médico, del cual hablaremos más adelante, se encontraba entre los sobrevivientes.

En Punta Arenas, todo caracteriza un país situado en los confines del mundo civilizado. Sólo se encuentran ahí pescadores vestidos de franela roja, chilenos de tez aceitunada, europeos con cara siniestra. Las viviendas de madera están rodeadas de cercos para impedir que los animales vengán a ramonear las hortalizas cultivadas con grandes dificultades. En las cercanías, algunos caballos de pelaje largo, con ojo triste, cabeza gacha, parecen echar amargamente de menos la libertad de la pampa ; carretas de ruedas macizas, enyugadas con varias yuntas de bueyes, se hunden hasta los ejes en la arcilla ; hay puercos que se frotan gruñendo contra los cercos ; goelanes lanzan sus gritos agrios, huyendo frente a nosotros : se domestica fácilmente esos rudos pelágicos.

La colonia, fundada en 1843, primero sirvió como penitenciaría. Más tarde, Chile envió emisarios por doquier en búsqueda de colonos, emisarios que llamaron a los antiguos « *transportados* » (*) residentes en Cayena, a los que les dijeron más o menos lo siguiente : « en Patagonia la temperatura es siempre fresca ; el invierno no trae fríos demasiado rigurosos, los salarios son altos mientras que la concesión gratuita de terrenos auguran a esta colonia naciente un porvenir lleno de promesas ». Tales argumentos fueron escuchados ; algunos de los auditores, medio asfixiados por la temperatura espantosa de la Guayana, partieron hacia la punta extrema de la América del Sur. Hoy la ciudad cuenta con cerca de dos mil almas, la mayoría suizos, alemanes y franceses. Un ex profesor de retórica tiene ahí una librería ; un ex

(*) La « transportación » es la condena al destierro. Cayena fue un gran centro de deportación de condenados franceses. Uno de los más célebres fue el Capitán de Estado Mayor Alfred Dreyfus, condenado por alta traición, lo que dio lugar al *Affaire Dreyfus*. (NdT).

herrero se hizo relojero ; un ex poeta se dedica a la confección de zuecos. Yendo a buscar colonos a los cuatro rincones del mundo, Chile quería fundar en Punta Arenas una colonia verdaderamente seria y hacer de ella el baluarte de un vasto imperio, cuyo norte lindaría con Lima. Desde el comienzo de los trabajos del canal de Panamá, estos proyectos parecían haber sido abandonados. La abertura del istmo será la muerte del estrecho ; las tierras magallánicas volverán a la barbarie.

Punta Arenas, tan triste y tan tranquila, fue presa hace poco de convulsiones que la pusieron a dos dedos del naufragio. Fue en 1877. Como hemos visto, Chile creó ya desde 1843 Punta Arenas, de la que hizo un establecimiento donde despachaba la hez de su población. Los condenados, al mismo tiempo que construían caminos o desbrozaban terrenos, buscaban la ocasión de sacudir el yugo impuesto por un gobernador autoritario y severo. Por otro lado, los soldados encargados de vigilar el presidio no recibían su sueldo ; sin calzado, mal alimentados, mal vestidos, ¿qué podían pensar si no a la libertad ? Algunos meses de este régimen condujeron a una revuelta general. Los presidiarios, puestos en libertad por sus guardianes, se precipitaron al exterior como fieras ; la ciudad fue entregada al pillaje ; se incendiaron las casas y comenzó la matanza general de los habitantes. Obligados a defender sus vidas, los colonos formaron una guardia urbana, que dispersó los amotinados.

Chile reprimió vigorosamente estos desórdenes. Vinieron tropas a reforzar las milicias organizadas espontáneamente para defender sus intereses comunes. Se hizo escarmientos y se distribuyó indemnizaciones a los colonos sobrevivientes ; todo volvió a la normalidad, siendo el desastre reparado con diligencia.

Los dos grandes recursos de Punta Arenas son la crianza de ganado y el comercio de las pieles. Con la agricultura no se podría contar puesto que la Patagonia sólo produce un poco de cebada y de avena. La industria ganadera comienza a tomar expansión en las vecindades de la ciudad. Un francés acaba de establecerse en la bahía Gregory ; el médico hace construir una finca en Havre-Pecket ; la isla Santa Elisabeth alimenta los rebaños del vice cónsul de Inglaterra. Porque los ingleses mantienen aquí un agente consular, encargado más especialmente de observar los progresos del país e instalarse en la región, si por casualidad vale la pena, que para proteger sus compatriotas.

El médico oficial de la colonia, Master Fenton, es de origen irlandés, lo que no le impide llorar la muerte de Lord Cavendish. Hombre amable, no demasiado solemne, cita Shakespeare cuando viene a propósito y no le tiene miedo al whisky. Luego de la catástrofe del *Doderel* lleva una existencia precaria en medio de la susodicha población. El gobierno chileno paga su abnegación a razón de quince mil francos anuales; y abnegación no es un término vano. Varias veces, y especialmente en 1877, su vida fue puesta en serio peligro. Mientras que prestaba asistencia a los heridos, los insurgentes incendiaban su vivienda, luego de haberla desvalijado ; todo lo cual sin perjuicio de las amenazas de muerte que sin cesar escuchaba proferir en su contra. Admitió que le robaran y que lo amenazaran. En medio de la insurrección encontro un soldado : « Señor, hagamos un cambio, tome diez piastras y deme su reloj ». Veinte pasos más lejos, Master Fanton fue abordado por otro militar : « Doctor, usted tiene diez piastras en su bolsillo ; démelas ». Y el doctor da sus diez piastras. Más versado en la gimnasia del cuerpo que en la del espíritu, monta a

caballo desde el alba y hace treinta o cuarenta kilómetros a través de ríos y marismas para ocuparse de sus enfermos. Del mismo modo que la mayoría de sus compatriotas (lo que constituye la fuerza de todos) no piensa en absoluto en volver a Inglaterra. Lo dejamos dicho más arriba: se le había metido en la cabeza de dárseles de propietario ; hay rebaños en la pampa, caballos en las caballerizas y mantiene con los *sealers*^(*) relaciones comerciales regulares.

Los indígenas de estas tierras australes pertenecen a dos razas distintas : los fueguinos y los patagones. Los primeros son esencialmente nómadas, no tienen ni habitación fija ni gobierno de ningún tipo y están continuamente en guerra entre tribus. Erran a través de los archipiélagos, viviendo al día de los productos de la caza y de la pesca. Generalmente invisibles, se les ve aparecer cuando se trata de saquear un navío en peligro o cuando se entregan a una mendicidad para la cual ningún idioma sería capaz de proporcionar el calificativo. Los canales laterales de la Patagonia y la parte occidental del Estrecho de Magallanes componen el imperio fueguino. Y como pasan mucho menos navíos en los canales que en el estrecho, los indígenas del estrecho son un poco menos salvajes que los otros ; poseen algunas prendas de vestir y hablan una jergonza, mezcla de castellano y de inglés. Unos y otros comunican con los navíos que pasan de un océano a otro, relaciones que son efímeras y que no podrían ejercer sobre ellos una influencia durable. En cambio, hacen un tráfico continuo con los *sealers* o pescadores de leones marinos. Trataremos de esbozar estos europeos, los únicos que están en contacto permanente con los fueguinos.

La pesca del león marino, extremadamente penosa, sólo puede ser practicada por hombres especiales, endurecidos por las fatigas, indiferentes a las privaciones. Por éso es que el personal para tal actividad se recluta entre los más desafortunados tráfugas de Europa. En Punta Arenas, Valparaíso, Buenos Aires, Montevideo existen pescadores sin trabajo, marinos sin barco, desertores desprovistos de todo medio de subsistencia. Una goleta a punto de salir hacia la Tierra del Fuego busca una tripulación ; individuos como los que acabamos de hablar se enganchan por la temporada. Casi siempre bajo la nieve o en el agua, apostado en las batientes que impiden la entrada a los canales laterales, el *sealer* espía los leones de mar durante días enteros, buscando una ocasión para atacar estos animales inofensivos cuando se reúnen en gran número sobre los islotes. Llegado el momento, el pescador se precipita sobre ellos, los mata a balazos o bien a palos y los descuartiza sin pérdida de tiempo. El pescador come casi únicamente galletas, duerme sobre las rocas y para defenderse del invierno austral posee solamente pieles. Al fin de la temporada vuelve a Punta Arenas, gasta en las tabernas el salario ganado al precio de tantas fatigas, para recomenzar cuando ya no le queda nada. En esta ruda escuela, el *sealer* vuelve al estado salvaje. Se comprende entonces por qué este hombre se entrega a tantos excesos, mientras que, fuera de todo control, se vuelve, por así decirlo, el amo absoluto de estas tierras vírgenes.

Con respecto a los intercambios, en los archipiélagos fueguinos se usa el sistema empleado antiguamente entre los cartagineses y los africanos occidentales. El *sealer* pone sobre la playa ron y tabaco ; el indígena trae pieles ; el trueque tiene lugar en el momento en que las dos partes están de acuerdo. Pero el hemisferio austral no es mejor que el nuestro ; aquí, como en Europa, la ley del más fuerte se

^(*) Los *sealers* son los cazadores de focas. (NdT).

impone siempre, mientras que las bahías patagónicas, tan alegres, sirven de marco a riñas sangrientas. Es raro que la conclusión de un contrato no finalice con la exterminación de algunos indios. Un *sealer* me contaba fríamente la siguiente anécdota : « Hace dos años, mientras pescaba en el canal Wide, uno de mis hombres, habiendo tenido un altercado con los naturales, fue perseguido a arponazos, salvándose en su fuga con gran dificultad. Desde entonces, yo y los míos hacemos fuego contra todas las piraguas fueguinas ». Es la ley de Lynch aplicada a una tribu entera. Ésa es la manera con la cual la civilización se presenta frente a los últimos vestigios del hombre del cuaternario.

Tales procedimientos traen consigo terribles represalias ; a veces un pescador desaparece sin que se pueda encontrar su huella. ¿Se lo tragó el mar del Cabo de Hornos ? ¿Sucumbió quizá bajo las flechas fueguinas ? El eco no repetirá jamás las quejas de la víctima.

Y no es todo. La trata de esclavos, abolida en el antiguo continente, se practica corrientemente en Tierra del Fuego. Jóvenes fueguinos, separados violentamente de sus madres, son arrastrados hasta Punta Arenas y vendidos como domésticos (un niño vale cien piastras). Estas dos causas explican la hostilidad de los naturales hacia los blancos y el cuidado que ponen en huirlos. No solamente los fueguinos no llevan jamás sus incursiones hasta Punta Arenas, sino que además se les ve muy raramente al este del cabo Froward. Esta lengua de tierra proyectada hacia el sur por las cordilleras, separa el mundo civilizado de los salvajes que habitan los archipiélagos. La lucha entre las dos razas se traduce por una guerra de exterminación que despuebla poco a poco las tierras magallánicas. El combate es muy desigual : ¿qué pueden hacer los arpones de hueso de foca, las flechas con punta de sílex contra las balas ? ¿Cómo la piragua informe, hecha de corteza de árbol, podría escapar a la flor de los barcos balleneros ?

Se trata de salvar los restos de estas tribus diseminadas. Una misión inglesa dirigida por un alto ministro de la iglesia protestante se propuso de llevar hasta estos desgraciados las ventajas de la civilización. Podemos creer que el gobierno de la reina no es ajeno a esta tentativa y que los intereses comerciales han sido el móvil determinante. Los misioneros enseñan a los indígenas la lengua inglesa, la agricultura y especialmente el cultivo de la papa, que se da bien en el archipiélago. Se cuenta a este respecto que el pastor hizo sembrar los preciosos tubérculos, pero se devanaba los sesos al ver que no germinaban ; hasta que encontró la explicación al misterio cuando sorprendió los ingenuos catecúmenos desenterrando los tubérculos con el fin evidente de comérselos. Pero estos nómadas tienen una sola idea fija : recuperar la libertad. A pesar de los cuidados que se les prodiga, los adultos vuelven a su piragua y van a juntarse con sus hermanos en el desierto de hielo.

Los mercaderes de la región se sirven de los patagones de la tribu de los tehuelches^(*) como intermediarios. Éstos, en número de cinco o seis mil, ocupan un espacio de más o menos veinticinco mil leguas cuadradas. También son cazadores como los fueguinos, y además son pescadores ; cazan, sobre este vasto territorio, casuares^(**) y guanacos. Las pieles de éstos, las plumas de aquéllos, constituyen la base de de la industria y el comercio patagones.

(*) El autor escribe *tehuelhets*. (NdT).

(**) Se trata más bien del ñandú ; el casuar es originario de la India. (NdT)

Los guanacos circulan en la pampa en rebaños innumerables. Viviendo en el fondo de los pequeños valles, instalan siempre vigías en las crestas, encargados de advertir de la proximidad del peligro. Al más mínimo ruido, al primer jinete divisado en el llano, todo desaparece como por encanto. Los patagones, únicos capaces de burlar la vigilancia de los viejos guanacos, se escurren entre las hierbas como serpientes, rodean los rebaños y se entregan a unas carnicerías espantosas. Desuellan las víctimas en el acto, las pieles son puestas aparte cuidadosamente y formarán la provisión para los intercambios futuros. Los tehuelches heredaron de los españoles la técnica de cazar el casuario: es por medio de las *boleadoras*, instrumento cuyo manejo requiere mucha destreza. Las boleadoras son como un *lazo* que está provisto de una pesada bola en cada extremo. Bajo el impulso dado por el cazador, la bola exterior describe un gran círculo. Si el animal perseguido se presenta en la trayectoria de la circunferencia, la cuerda se enrolla en torno del cuello de la víctima y el ave ya no puede liberarse.

Este pueblo, que goza de una considerable extensión de costas profundamente recortadas, no posee en absoluto piraguas ; es de sorprenderse que la facilidad ofrecida por el mar para los intercambios no les haya llamado la atención. Los patagones son casi sociables y su estatura elevada, que aunque legendaria es real, no les impide ser de cierta suavidad ; desgraciadamente manifiestan una inclinación inveterada por los alcoholes fuertes. Durante el verano descienden a Punta Arenas con el fin de cambiar las pieles de casuario y de guanaco por productos alimenticios. Su presencia trae animación a la ciudad y generalmente da lugar a desórdenes. Se embriagan luego de la conclusión de los mercados ; se puede incluso sospechar que los industriales del lugar les ofrecen previamente abundantes libaciones con la intención de obtener el mejor precio por los objetos de intercambio. Apenas el alcohol hace su efecto, aparece la bestia ; los patagones, de ordinario tan suaves, se vuelven violentos y crueles ; sacan a relucir sus cuchillos por lo que hay que reunir muchos soldados para poder llevar a la cárcel estos atletas que han alcanzado el máximo de sobreexcitación.

Tuvimos la curiosidad de visitar una de sus chozas situada cerca de la ciudad. Los patagones duermen ahí revueltos con los animales que -se puede decir- forman parte de la familia. El techo, formado por pieles cosidas entre ellas, protege el suelo entrecortado por charcos. Dos niños desnudos juegan con los cerdos, mientras que en un rincón tres mujeres cosen pieles de guanaco luego de haberlas raspado con pedazos de vidrio. En medio de la choza se balancea un cuarto de ciervo suspendido ; los hombres partieron a la caza para renovar la provisión.

El 5 de julio, al retomar nuestro camino hacia el sur, pasamos frente a algunos puntos que se hicieron célebres en la historia del país. He aquí la bahía de Freshwater, donde los chilenos se establecieron antes de fundar Punta Arenas ; se vieron obligados a abandonar este establecimiento a causa de los bosques, que hacían imposibles las comunicaciones e impedían cualquier suerte de cultivo.

También la antigua colonia española de Puerto del Hambre, hoy desierta. Se cuenta que los colonos, encontrándose un día a punto de quedar sin víveres, enviaron un buque a procurárselos. Cuando el navío volvió, casi todos los habitantes habían muerto de inanición ; de ahí el nombre de Puerto del Hambre.

Más lejos, gruesas nubes reptan sobre el macizo de San Isidro ; a la izquierda se divisan las blancas sierras de la isla Dawson., que forma parte de la Tierra del Fuego. Echamos el ancla en la bahía San Nicolás. A algunas millas de esta abra se encuentra el cabo Froward (punto meridional de la Patagonia), llamado Forward por los primeros navegantes ingleses ; una falta de imprenta trajo al principio una transposición de letras y el uso, ese mismo tirano que impuso al Nuevo Mundo el nombre de Américo Vespucio, consagró definitivamente este error.

Un espectáculo grandioso nos esperaba al alba : el mar, liso como un espejo, refleja un cielo de una transparencia inimitable, mientras que el sol se levanta resplandeciente, alejando ante sí unas leves nubes cobrizas. Delante, el cabo Froward hunde brutalmente en el mar la selva que lo apreta por todos lados. En torno del horizonte, pirámides plateadas, cadenas que se recortan como dientes de sierra se iluminan con luces anaranjadas. A la izquierda, la cumbre del monte Sarmiento se esconde tras una bruma espesa, mientras que la base, golpeada por los rayos del sol naciente, lanza resplandores rojizos. Detrás, las altas cadenas de la Tierra del Fuego se tiñen de amarillo pálido y de verde de agua que componen, con los vapores blanquecinos, tonos de una delicadeza desconocida en la zona templada.

El sol sube, los vapores dilatados se levantan hacia el cielo azul, los picos relumbran a lo lejos. Pareciera que todo se incendia. Frente a los restos de las convulsiones de la naturaleza, y al ver los adornos resplandecientes que envuelven el paisaje, el hombre reconoce en voz baja su flaqueza y el pintor proclama su impotencia.

El archipiélago de Carlos III estrecha el canal al extremo de dejarle sólo siete ou ocho kilómetros de ancho. Una piragua viene a nuestro encuentro ; los fueguinos que la tripulan gritan « *galleta, galleta* »^(*). La embarcación contiene dos hombres, tres mujeres y tres niños, estos últimos absolutamente desnudos, a pesar de que el termómetro acusa cuatro grados sobre cero. Uno de los hombres lleva por toda prenda de vestir un bonete escocés ; el otro un saco provisto de agujeros que dejan pasar la cabeza y los brazos. Las mujeres llevan pieles de nutria amarradas a la cintura ; una correa de cuero les ciñe la cabeza como un diadema y retiene someramente sus cabellos azules en desorden. Ésa es la miserable imagen del hombre primitivo ; estos salvajes rozan la civilización sin que sus maravillas los alcancen, sin tomarle nada. Yerran desnudos en sus piraguas bajo fríos terribles, sin preocuparse de los témpanos, del viento, del mar ni de la nieve. Cuando un barco franquea estos desfiladeros, los fueguinos se precipitan a su encuentro pidiéndole a ese monstruo un poco de *galleta* y de *brandy*, una palabra en castellano y otra en inglés, que es todo lo que han aprendido ; luego vuelven a tierra, a fuerza de remos.

El 6 de julio echamos el ancla en la Bahía Borja, en la costa de la Península de Córdova. Una piragua no tarda en desprenderse de la orilla : el mismo espectáculo ; de parte de los indígenas, la misma demanda. Una tribu de estos salvajes ocupa el contorno del golfo. A dos pasos de la orilla se encuentra un *wigwan* ^(**) construído con ramas y cubierto de pieles. Siete u ocho naturales de ambos sexos, en cuclillas frente a un gran fuego, nos observan con mirada triste. Los

(*) En castellano en el original.

(**) *Wigwan* : aldea india en los Estados Unidos de América. (NdT)

niños, completamente desnudos, según la costumbre, constituyen la parte más interesante del grupo ; como no son en absoluto ariscos, muestran riendo sus dientes agudos como agujas. Pero dentro de poco, largos cabellos cubrirán a medias una cara hostil, los pómulos se mostrarán salientes y se verá en la expresión este aspecto pasivo, característico de las razas inferiores. Examinando los adultos con atención se está tentado de preguntarse si se está frente a una raza de hombres o a una especie de animales. Darwin exploró estas regiones hacia 1835, cuando en calidad de naturalista acampaba al capitán Fitz-Roy ; no es imposible que el espectáculo de la degradación fueguina le haya sugerido su teoría, que hizo tantos adeptos.

Casi olvido los perros, que establecen alrededor de los *wigwams* cordones sanitarios, que son peligrosos si se trata de franquearlos. A este respecto confieso con toda humildad que mi visita al caserío fueguino me hizo perder una ilusión.

Los perros errantes de Constantinopla son famosos en el mundo entero por su aspecto repelente, su temperamento huraño, su voracidad, comparable a la de los urubúes del Perú ; me había alineado a esta opinión general. Pero hoy reconozco que los perros turcos deben inclinarse frente a sus congéneres patagones ; la vecindad de la nieve los desfavorece, lo que les da la primacía que acabo de indicar.

Los fueguinos de la Bahía Borja cobran un elevado diezmo a los navíos de paso, y deben obtener significativos beneficios, si se juzga por los nombres de los barcos clavados en los árboles, como inscripciones funerarias. Sea como fuere, estos naturales saben mucho sobre los intercambios y conocen a fondo el arte de dar poco y de recibir mucho. Muy confianzudos, hurtan en los bolsillos de los extranjeros a pesar de las protestaciones indignadas de éstos ; incluso se tiran al agua helada con el fin de abordar las embarcaciones y entregarse ahí, casi de viva fuerza, a una mendicidad que no conoce ningún freno.

Después de la Bahía Borja, la costa se hace más árida. Enormes bastiones se oponen aquí uno al otro ; más allá, los bloques parecen haber sido amontonados por una fuerza gigantesca. Se comprende que la imaginación griega haya creado los Titanes. Nubes bajas flotando en la oscuridad del cielo amenazan la tierra, la que por su parte les opone picos agudos. La temperatura se enfría sensiblemente : nos acercamos a los ventisqueros. Luego, entre dos rocas amarillentas de la isla Inés de Sarmiento, aparece un menisco azulado, semejante a una ola a punto de reventar en el abismo. Más lejos, las nubes envuelven un amontonamiento de volúmenes confusos ; aquí y allá se distingue sólo vagamente crestas agudas surcadas de nieve. Sin embargo, los vapores se desprenden, los contornos se precisan y el maravilloso glaciar que dio su nombre a una bahía entera, brilla con toda su majestad.

Tres aspectos impresionan al espectador : la forma, la masa, el color. Aquí estos tres elementos reunidos componen un espectáculo sublime. Entre dos picos negros, erizados, abruptos, el glaciar, tal una cascada cuya caída sepultaría una ciudad, extiende su masa azul cielo. Esta inmensa cantidad de hielo parece inmóvil, pero sin embargo ella desciende de las cumbres como un verdadero río. Los científicos le han estudiado el movimiento y medido la velocidad. Ellos nos indican que el glaciar posee todas las propiedades de un río ; que su velocidad máxima se observa en su centro y que ella disminuye insensiblemente hacia los bordes. Por eso es que el glaciar sigue el contorno de las quebradas, se desparrama sobre las rocas

lisas, se estira en los desfiladeros y crece amenazante cada vez que un accidente del terreno le impide de desarrollar su amplio manto. Pero entonces la velocidad disminuye, lo que provoca tiranteces que se manifiestan en profundas grietas. En la cima del glaciar, el nevero se destaca en blanco sobre el cielo gris. La nieve que lo constituye se transforma poco a poco en hielo por la presión continua de las capas superiores ; ella alimenta el bloque y reconstituye continuamente la pérdida producida por el agua que cae en el mar. Se ve pues el glaciar vivir, nacer y morir ; se comprueba el ciclo perpetuo en el cual torna la naturaleza. Arriba se ve la nieve que resulta de la evaporación de las aguas del mar sometidas a los rayos solares ; el glaciar produce nieve comprimida, la que en su parte inferior funde y el agua que proviene de este cambio de estado vuelve al mar para experimentar una nueva serie de transformaciones. Es así como el equilibrio, roto en un punto, tiende a restablecerse sin cesar, equilibrio inmutable y necesario.

Esto me recuerda el estudio hecho por un eminente profesor sobre el período glaciar. El señor Tyndall (*) pone como principio que este período fue el resultado de una actividad solar más intensa, en lugar de ser la resultante de un enfriamiento, como lo creían sus predecesores, como muchos de sus contemporáneos lo piensan todavía.

El razonamiento es más o menos el siguiente : supongamos que se fabrique agua destilada ; el vapor se desprende de la caldera y pasa al refrigerante, donde se condensa. ¿Qué es lo que se hará si se quiere aumentar la cantidad de agua destilada ? ¿Habrà que aumentar el frío del refrigerante ? Por supuesto que no ; bastará con aumentar la cantidad de vapor producido, es decir, aumentar el calor. A partir de éso, el señor Tyndall dedujo que el sol más activo hacía la evaporación más abundante, la cantidad de nieve caída más grande y por consiguiente los glaciares más numerosos y más extensos. El ilustre físico inglés es, según creo, el primero que propuso tal solución.

El 7 fondeábamos en Bahía Angosta (ancha de cuatrocientos metros y profunda de dos a tres kilómetros), en torno de la cual se despliegan rocas inaccesibles surcadas por cascadas. Al día siguiente retomamos alta mar ; la nieve caída durante la noche cubre las cumbres a lo lejos, mientras que la base de las montañas, al permanecer libre, forma a lo largo de la costa una ancha banda negra. A la derecha tenemos la península de Córdova, a la izquierda, la Tierra de Desolación, que los primeros navegantes la bautizaron justamente : suelo atormentado, conos alineados simétricamente, inmensas aglomeraciones de rocas desnudas, sin otra vegetación que un musgo rojizo que constituye, por decirlo así, un solo cuerpo con el granito. Se diría una serie de obstáculos lanzados por gigantes sobre los bordes del estrecho, barrera inexpugnable, contra la cual un mar furioso viene a romperse desde hace miles de siglos.

Mientras tanto, el desfiladero se ensancha ; entramos en el brazo que los ingleses llaman *Sea reach*. Hacia la una horas, se divisa el Cabo Pilar, punta extrema de la Tierra de Desolación que forma la entrada occidental del estrecho de

(*) John TYNDALL, físico irlandés (1820-1893). Descubrió el fenómeno de *re-hielo* de los témpanos, por medio del cual explicó el desplazamiento de los glaciares. El “efecto de Tyndall” es un fenómeno por medio del cual dos pedazos de hielo se sueldan cuando se les comprime uno contra el otro, efecto que se obtiene gracias a que el punto de fusión del hielo desciende más allá de 0° C cuando la presión aumenta. Tyndal fue también fisiólogo, microbiólogo, óptico. (NdT).

Magallanes. A la derecha del cabo, un espacio vacío ; el cielo y el mar ; este mar es el Océano Pacífico.

A la vista del cabo Pilar, dejamos el estrecho para entrar en los canales laterales de la Patagonia. Así se llama una serie de estrechos comprendidos entre un archipiélago y el continente. Estos desfiladeros proporcionan un medio de evitar el mar que no cesa de golpear el litoral y los vientos impetuosos que, en estas regiones, soplan casi todo el año del occidente o del polo sur. Islas innumerables, recortadas profundamente, ofrecen excelentes abrigos y los barcos ejecutan en estos canales la misma maniobra que en el estrecho : navegan durante el día y echan el ancla en la noche.

Se entra primero en el canal de Smyth, que va de la tierra firme al archipiélago de la Reina Adelaida. Por lo que de ella se puede juzgar, ya que una bruma opaca sólo deja al descubierto el paisaje a intervalos y esconde a la mirada los glaciares que en esta costa ocupan una extensión considerable, se sabe de algunos cuyo largo alcanza cuarenta kilómetros, la naturaleza es la misma que la del estrecho.

Después del canal de Smyth, se entra en el canal de Mayne, sembrado de escollos. Al navegar entre dos muros de granito se bordean islotes verdequeantes, a los cuales suceden rocas de pie como basaltos^(*) y picos nevados de relieve poderoso. Al caer la noche, echamos el ancla en Isthmus-bay, amplio tajo cavado en el continente. Arroyos que parecen hilos blancos corren a lo largo de las lomas ; en las depresiones, dominadas por la roca desnuda, aparecen helechos enclenques y bojés arborescentes. Una bandada de patos, salida de entre los fucos, se escapa cuando nos aproximamos ; pero en vez de emprender el vuelo, estos palmípedos nadan sirviéndose de sus alas como remos, maniobra que les permite tomar una velocidad increíble. Los ingleses llaman a estos patos de alas cortas *steam ducks* (patos a vapor).

La bahía cava una península cuyo istmo tiene muy poco ancho. Ahí el suelo está cubierto de un lodo negro sembrado de troncos acostados : es el medio que emplean los fueguinos para desplazar sus piraguas, como antaño los griegos rodaban sus galeras a través del istmo de Corinto. Los indígenas vienen por aquí frecuentemente, si se juzga por las astillas semi consumidas y las montañas de conchas. Por el momento, los insulares fueron a buscar fortuna en otro lado.

El 10, en la mañana, salida de Isthmus-bay ; el cielo está todavía sombrío, sin embargo una clara permite vislumbrar detrás de la Cordillera de Sarmiento un vasto glaciar bajo el aspecto de una serie de olas azules, que permanecen sobre las cumbres por un milagro de equilibrio.

A la puesta del sol fondeamos en Occasion-cove, seno de la isla Piazzzi, sembrado de islas verdequeantes en forma de canastos, verdaderos oasis en medio del desierto de piedra. La flora se enriquece cada día : los alerces⁽¹⁾, de ramas horizontales como los cedros, elevan sus troncos lisos y derechos por encima de los

^(*) Es posible que el autor haga mención a la *Calzada de los Gigantes*, en inglés *Giants Causeway*, curiosidad geológica del norte de Irlanda formada por unas cuarenta mil columnas de basalto prismático. (NdT).

⁽¹⁾ *Fitzroya Patagonica*. (NdA).

acebos y de los brezos. Continuamente inundado por lluvias diluvianas, el suelo presenta una masa esponjosa capaz de desanimar al excursionista más empedernido. Estábamos a punto de retroceder cuando un hallazgo feliz vino a imprimir a nuestro paseo un encanto inesperado : descubrimos sobre la arena un sílex tallado, abandonado ahí por una tribu fueguina. Porque, ¿no es sorprendente de encontrar en esta tribu primitiva, completamente separada del resto del mundo, un instrumento análogo al que usaron nuestros antepasados ? Este descubrimiento, que nos transporta a la edad de la piedra tallada, demuestra una vez más que los sílex trabajados indican un período necesario a la evolución social. Especímenes de este arte primitivo han sido recogidos por todas partes ; en Europa, en América, en Asia. Como los indígenas de la Tierra del Fuego, los habitantes primitivos de la vieja Europa vivían en estado nómada ; unos recorrían los bosques, viviendo del producto de la caza ; otros vivían en las costas y subidos en piraguas, vestidos con pieles, encontraban su subsistencia en la pesca. De entre ellos, muchos rivalizaron con los audaces fenicios que, desde los tiempos más antiguos, practicaban el comercio del estaño en las islas Casitéridas, y el del ámbar en los fiordos del mar Báltico. Nosotros, los descendientes de aquellos pescadores primitivos nos hemos convertido en los fenicios con respecto a los salvajes de las tierras australes.

Una escala de dos días en Occasion-cove pareció necesaria a causa de la bruma y también de una tempestad de nieve que no permitían navegar en estos desfiladeros angostos. En tiempos de nieve, esta región toma el aspecto más triste. Espesas nubes que invaden las montañas caen con gran pesantez sobre la tierra ; los arroyos chorrean entre las piedras que relucen con un brillo siniestro. El mar, enfurecido por la tempestad que sopla un aire húmedo y penetrante, se precipita sobre las rocas y la cresta erizada de sus olas vuelve a caer convertida en polvo sobre el bosque. Bajo los besos ardientes del mar, las espumas toman un tinte grisáceo que armoniza maravillosamente con la gama de colores circundantes ; largas algas fijas en el fondo del mar lanzan sus cabezas sobre la playa. En este conjunto todo concurre a producir una tristeza inefable.

Al dejar Occasion-cove, se entra en el canal de Sarmiento, el viento sur ha disipado las nubes ; un sol esplendoroso ilumina el paisaje blanqueado por la nieve. Las rocas hinchadas destellan ; cada planta está envuelta en un manto de escarcha y estalactitas de hielo que cuelgan de los árboles, dan la impresión de orquídeas transparentes. La isla Evans a la derecha, la isla Vancouver a la izquierda se levantan alineadas de tal manera que sus formas idénticas hacen pensar en gigantescos mamuts en cuclillas. Se piensa en las olas de un mar atormentado, mientras que la tierra, en estado semi fluído tomaba, al enfriarse, su esqueleto definitivo.

¿A qué fuerza misteriosa se puede atribuir estos extensos canales que serpentean entre colosos de granito ? ¿A qué causa atribuir la formación de estas enormes lomas que se repiten a lo largo de una extensión de mil kilómetros ? ¿Hay que ver en este efecto una sucesión de grietas practicadas por el mar, que no cesa de golpear el pie de las cordilleras ? Y luego, ¿se debe pensar que las corrientes han contribuido, si no a la formación de los desfiladeros, por lo menos a su ensanchamiento ? ¿Hay que creer, por fin, que los glaciares, por su movimiento lento y continuo, hayan aportado su piedra al edificio ? No vemos por qué estas diferentes causas no podrían ser admitidas, considerando especialmente que las

mismas formas al reproducirse por todos lados, la materia debió ser sometida a la acción de fuerzas sensiblemente iguales.

Tratemos de figurarnos el levantamiento prodigioso que hizo surgir, de un polo al otro, la Cordillera de Los Andes y las Montañas Rocosas, esta espina dorsal de las dos Américas. A medida que nos alejamos del ecuador, la fuerza centrífuga es menor ; en lugar de producir levantamientos como el del Chimborazo y los volcanes bolivianos, ella hace emerger crestas menos elevadas. Ése es el primer paso. Los glaciares, tan numerosos todavía hoy, penetran en las cavidades ejecutando el trabajo de pulimento y de excavación observado incluso en nuestros días en el canal Eyre y los canales adyacentes ; observado en el Brasil, donde según el señor Emm. Liais, grietas de cien metros de extensión y de una profundidad de seiscientos metros, han sido cavadas por este medio en menos de un medio siglo. Los vientos violentos del oeste, que sin descanso golpean la costa, sirviéndose del océano como de un ariete, producen cortes en los puntos débiles ; las aguas se precipitan, las corrientes se establecen, los cabos se redondean, las orillas se ensanchan, la profundidad aumenta. Sabemos por lo demás que la misteriosa naturaleza actúa siempre con seguridad, ayudada por sus fuerzas, que pueden parecer tan débiles en comparación con los efectos producidos ; que en un período histórico ella cambia el aspecto de los continentes ; que levanta ciertas regiones y que hunde otras ; ¿qué le importa el tiempo ? ¡Tiene toda la eternidad ! Los hombres, pobres almas errantes que aparecen sólo un instante sobre el planeta, tienen justo el tiempo para constatar tales cambios ; y hay otros, que pueden sospechar apenas.

El 13 de julio fondeamos en Puerto Bueno, en la costa de la Patagonia. Siempre la misma aspereza, el mismo silencio. A creer que se está en una región inexplorada. *Alerces* de tronco blanco, primos hermanos de los pinos piñoneros, elevan a cien pies sus umbelas de un verde oscuro. Árboles muertos recortan sobre la nieve sus siluetas atormentadas y levantan sus ramas al cielo, como brazos torcidos por el sufrimiento. Una multitud de raíces se aglomeran en montones desiguales : los climas gélidos también tienen sus selvas vírgenes.

Después de una hora de marcha en el bosque, se llega al borde de un lago encajonado entre rocas desnudas. Estas masas graníticas de tres mil pies de altura han sido lanzadas una contra otra con tal furia que, luego del choque terrible que resultó de su encuentro, la cresta de una cayó sobre el flanco de la otra, como lo demuestra la superposición de los cimientos. Luego, todo volvió al silencio. La evocación de parecido movimiento confunde la imaginación y contrasta con el manto de agua que refleja la historia de este combate. ¡Qué soledad ! Por todas partes sólo se ve el agua, el cielo, la roca ; ni un ruido, ni un pájaro, ni un insecto. Se diría que todas las fuerzas de la naturaleza se concentraron en la vida vegetal.

Estas soledades de la Patagonia producen una impresión muy diferente de la que sugieren los desiertos de arena. Se sabe que el Sahara es inhabitable, que un calor tórrido hace casi imposible su travesía ; y sin detenerse en las fantasías de personalidades bullangueras que nos lo muestran surcado por ferrocarriles encargados de transportar a través de su extensión real mercaderías imaginarias, nos quedamos aplastados por la inmensidad ; Se contempla con tristeza esta gran línea horizontal, por sobre la cual los escultores egipcios se placieron en dirigir la mirada fija de sus esfinges.

Cerca del polo antártico, el horizonte no tiene en absoluto esta tranquilidad. Ahí la naturaleza fue sometida a formidables levantamientos. Se tiene frente a los ojos pruebas tangibles de estas antiguas convulsiones. Se diría un campo de batalla de hombres desaparecidos cuyas manos poderosas lanzaban montañas y las amontonaban para formar así campos atrincherados. En la Patagonia se siente que la naturaleza ha hecho violentos esfuerzos ; se diría que en el Sahara, ella estuvo siempre muerta.

El 14, a la salida del sol, hubo que abrirse camino a través de los bancos de hielo desprendidos de los ventisqueros. Las rocas arqueadas y macizas se suceden sin interrupción : nos creeríamos al final del período glacial, en los momentos en que el género humano hacía su aparición sobre la tierra. Apenas se ha dejado atrás uno de estos colosos, que ya es remplazado por otro tan árido y tan abrupto como él. Hunden bruscamente su grupa redondeada en el agua verdosa, mientras sus cumbres blanqueadas por la nieve brillan como si tuvieran polvo de diamante.

Subiendo hacia el norte, la vegetación toma mayor importancia ; ahora se ven promontorios verdes que son como una sonrisa en esta naturaleza salvaje. El lugar más apretado del canal (Guia Narrows), se encuentra entre las islas Hanovre y Chatham. Este desfiladero, de doscientos metros de largo, está dominado por un macizo en forma de león echado. La cola del carnicero de granito está formada por una cadena de islotes ; con la cabeza apoyada sobre sus patas, mira correr el agua con ojo indiferente.

Más lejos, costeamos el archipiélago Madre de Dios, barrera entre los canales y el Océano Pacífico. Y, luego de haber rodeado la isla Topar, echamos el ancla en el puerto Charrúa, una de esas ensenadas de la gran isla Wellington.

El puerto Charrúa está dominado por picachos graníticos de mil ochocientos pies; algunos arbustos crecen en la base de las rocas; hasta la mitad de su altura trepan musgos de un verde amarillento. Al fondo de la bahía una estrecha garganta vacía en el mar las aguas espumantes de una cascada ; el agua cae desde quinientos pies en una cuenca rodeada de alerces y de hayas, y transformada en polvo impalpable llena la quebrada de un vaho escarchado. Se llega con gran dificultad al pie de la caída saltando sobre los troncos de árboles echados en tierra como caballos de Frisia, porque una avalancha, precipitada del alto de los picos, vino a abatirse sobre el bosque. Troncos quebrados a medias quedaron suspendidos en el vacío ; pedazos de rocas, arrastrados por las nieves, completan un sistema protector muy eficaz. Aquí y allá hay unas tabletas clavadas en los árboles, que indican el nombre de los barcos que han visitado la bahía. Subiendo la costa, los vapores consumen mucho carbón y en cada escala se mutila el bosque para reemplazar el precioso combustible.

Al día siguiente la bahía, helada durante la noche, refleja los rayos del sol levante ; un vapor violeta invade el desfiladero y se eleva en el cielo color de vincapervinca ; los picachos, cubiertos de escarcha resplandecen ; los árboles, como espolvoreados de diamantes, completan la magnificencia de esta iluminación polar.

Algunas horas después dejamos Puerto Charrúa para subir a lo largo de la isla Wellington hasta el Golfo de Penas ^(*); pero los hielos obstruyen el canal Wide. No era ni expeditivo ni prudente tratar de pasar. Este atollamiento se observa a menudo en invierno; las numerosas bahías que desembocan en este canal arrastran un número bastante considerable de bancos de hielo, que vienen de los ventisqueros, los que pueden provocar una obstrucción completa. Tuvimos pues que alcanzar alta mar por el Canal de la Trinidad (entre el sur de Wellington y el archipiélago Madre de Dios). A medida que nos alejamos de tierra el panorama no para de crecer: el esqueleto calcáreo dominado por los glaciares es digno de ser considerado como el decorado de una epopeya. Más tarde, la costa presenta una fila de conos blancos, rodeados de rompientes, centinelas avanzados en estas tierras inhospitalarias; el espejismo los hace brotar del mar como largos penachos, visibles un instante, para desaparecer repentinamente.

A la caída del sol, los picos se perfilan todavía con nitidez sobre el verde suave del cielo. Por último, todo desaparece, y nosotros nos quedamos cual el centro de un círculo de agua.

^(*) El autor escribe golfo de *Peñas*. (NdT).

II

LIMA DURANTE LA OCUPACIÓN CHILENA 1883-1884

LA SOCIEDAD PERUANA

Ayer, ¿quién se interesaba por Chile y el Perú? Antes de la Guerra del Pacífico el Perú era considerado vagamente como la patria del desorden y de la anarquía; Chile, como la del trabajo y del progreso continuado con esfuerzo. Se sabía apenas que estos dos Estados se disputaban la preponderancia en la costa occidental de Sudamérica, y que los chilenos, asfixiándose entre el Pacífico y Los Andes, comenzaban discretamente la conquista apacible del litoral septentrional fundando sin cesar, en pleno Perú, establecimientos industriales. De tal manera que la lucha entre las dos repúblicas existía desde hacía numerosos años en estado latente. Por un lado, los chilenos establecidos en territorio peruano (particularmente en la provincia de Tarapacá) no pensaban dejar al Perú el fruto de las industrias, que con tanto sacrificio habían logrado organizar. Los peruanos, por su lado, veían con muy mal ojo la invasión, por extranjeros, de sus propios dominios.

Una contienda de cuatro años condujo al Tratado de Ancón, que consuma la ruina del Perú. En razón de los intereses financieros en juego, el viejo mundo no podía permanecer sin pestañear al desmembramiento y a la ruina sin regreso del Perú, su deudor. Europa siguió pues las peripecias de la lucha. Esperamos que se leerá con interés estas notas tomadas en Lima durante la ocupación chilena, y en Valparaíso en el momento en que las tropas victoriosas volvían a sus hogares.

Dos vías férreas de diez kilómetros de largo surcan de manera casi paralela el llano que separa Lima de su puerto, El Callao. Una de estas líneas pertenece a una compañía inglesa; la otra, a una compañía norteamericana.

Luego de haber dejado atrás el grupo de casas de *adobe*^(*) (ladrillos secados al sol) que forma los suburbios de El Callao, la vía atraviesa una ciénaga cubierta de carrizos, entrecortada por matas de tamariscos y de bananos con tonos chamuscados ; de almácigos de eucaliptos y de araucarias. La cabellera desordenada de unos, el aspecto rígido y fijo de los otros hacen pensar en tropas de *bachi-bouzouks*^(**) ubicadas al lado de batallones alemanes. Más lejos se ven cabañas miserables coronadas por cruces de bambú, arbustos tostados por una sequía perpetua, algunos montones de cubos de tierra esparcidos en el campo, inútiles preparativos de defensa ejecutados en 1880 por los peruanos, cuando los dos partidos se llamaban a sí mismos « Titanes » y meditaban en dar una batalla decisiva « capaz de asombrar y espantar al mundo ».

El tono grisáceo de los terrenos, la vegetación desmirriada derraman por todas partes un increíble aspecto de desolación. Aquí y allá se ve una *hacienda*^(***) de colores llamativos, que reposa la mirada del tedio provocado por tanta monotonía ; por todo el rededor hay plantaciones de maíz, arriates llenos de flores conquistados con esfuerzo a los pantanos ; en los caminos encajonados entre los muros arcillosos, rebaños escoltados por pastores a caballo vuelven apaciblemente al redil. Esta especie de abundancia pone todavía más el acento sobre la aridez del desierto circundante.

En el horizonte, los contrafuertes de la cordillera se precipitan hacia el mar en una serie de saltos ; las nieves eternas de las altas cumbres dan nacimiento, hacia el oriente, al inmenso río Amazonas ; del lado oeste, al Rimac, el torrente que atraviesa Lima. Este no tarda en manifestarse bajo la forma de algunos chorrillos de agua amarillenta, perdidos en un lecho de una legua de ancho y rodeando islotes de piedras rodadas en sus repliegues tortuosos. El Rimac es, en efecto, el gran proveedor de las piedras empleadas para empedrar las calles : se encuentra en él lo necesario para empedrar un imperio. Desde lejos, los mil pequeños campanarios y las cúpulas de la antigua residencia de los virreyes, hacen que la más cristiana de las ciudades se parezca a una urbe musulmana.

Aquí se ven algunas paredes desmanteladas; son los arrabales de la ciudad, habitados por la escoria limeña : la fuerza centrífuga rechazó hacia los confines de la capital del oro esta turba en harapos, enterrada en inmundas cloacas, amontonamiento de sobradillos remendados cuyos techos están abiertos al cielo y los muros de tierra reventados por vigas ennegrecidas. Legiones de urubúes, especie de cuervos, encaramados sobre las terrazas, representan el sindicato de obreros del aseo municipal.

En la última estación, el ferrocarril acaba de traer un batallón chileno ; cerca de los vagones descubiertos, las armas yacen en desorden. Soldados, mujeres, niños están encucillados confusamente, conjunto de pañoletas verdes, vestidos rosados, pantalones rojos, chales deshilachados, trenzas flotantes, tintes cobrizos : se diría

(*) En castellano en el texto. (NdT).

(**) *Bachi-bouzouk* : Soldado irregular del antiguo ejército otomano. Los *bachi-bouzouks* formaban una caballería mercenaria reclutada por los sultanes para una campaña determinada. Fueron tristemente célebres durante la Guerra de Crimea, y luego licenciados por Omer-Pacha en 1855, pero reaparecieron en las guerras balcánicas de 1876-1878. (NdT).

(***) En castellano en el texto. (NdT).

grupos revueltos de gitanos ; sin querer se busca dónde están los grandes carricoches de saltimbanquis, las pelucas de payasos y los pantalones adornados con lentejuelas.

Llegamos al *Puente Viejo*, dominado por la roca desnuda de San Cristóbal ; asnos ramonean los ricinos plantados a la buena de Dios en el lecho del torrente ; el viejo puente edificado por los sucesores de Pizarro atraviesa el Rimac y deja escapar cascaditas entre sus arcos redondeados. El tren se detiene.

En el siglo dieciséis, una especie de curiosidad a la cual el espíritu de aventuras y la codicia no fueron extranjeros, desencadenó hordas de filibusteros llenos de malas pasiones y de todo el salvajismo de la Edad Media sobre el Nuevo Mundo. Francisco Pizarro fue uno de ellos. El 18 de enero de 1535, luego de haber conquistado el Perú, favorecido por la lucha entre los dos hermanos incas, Huáscar y Atahualpa, fundó la *Ciudad de Los Reyes* a orillas del Rimac. Fue el primer establecimiento de los españoles en el Perú. El Condotiero buscó durante mucho tiempo un lugar propio a asentar la capital de una colonia sobre las ruinas humeantes del imperio de los *Hijos del Sol* ; y poner en ejecución parecido proyecto no fue en absoluto cosa fácil en esta costa árida. Si era necesario establecerse suficientemente cerca del mar para comunicar fácilmente con él, no se podía pensar en construir una ciudad a orillas del mismo, bajo pena de verla rápidamente saqueada. Por otro lado, esta vertiente occidental del océano Pacífico, encerrada entre el mar y la Cordillera de Los Andes, sólo está regada por ríos sin importancia ; por éso es que el descubrimiento de un río que casi merece este nombre, decidió la elección que hizo el conquistador. La ciudad llamada primero por Pizarro *Ciudad de los Reyes* , tomó más tarde el nombre de Lima, que sólo parece ser una corrupción de la palabra Rimac.

Como las otras colonias españolas, el Perú recibió desde el principio una organización cuyos excesos condujeron, tres siglos más tarde a la guerra de la independencia. Una bula del papa Alejandro VI instituía el rey de España como amo absoluto de las regiones descubiertas. Valiéndose de esta investidura la metrópoli comenzó la explotación de sus colonias, explotación metódica, sin fallas y sin piedad. Prohibió a los colonos la cultura, se reservó el monopolio del comercio y empleó todos los medios para alejar los extranjeros de la práctica comercial. En estas condiciones, el Perú sólo pudo cambiar el oro de sus minas por productos españoles y, desde los primeros días de la conquista, la raza autóctona se vio obligada a explotar, en provecho de los recién llegados, los filones de metales preciosos que surcaban las laderas de las montañas, y especialmente el oro, que ellos llamaban en su lengua « lágrimas del sol », y que antaño adornaba exclusivamente los templos de sus dioses. Estos incas altivos aniquilaron sus tesoros en vez de entregarlos a la rapacidad de sus opresores ; así fue como echaron al lago Titicaca una cadena de oro que era tan larga que podía cerner la ciudad imperial del Cuzco. La codicia moderna ha excavado el lago en todos sentidos, con la misma falta de éxito que sufren los exploradores de la bahía de Vigo, cuando se trata de ubicar los galeones españoles hundidos desde hace más de un siglo por los anglo-holandeses.

Pizarro y sus compañeros trataron los indígenas con suma crueldad : se les golpeaba con varas ; sistemáticamente se les infligía torturas, y cuando trataban de reconquistar la libertad, se lanzaba tras ellos perros alimentados con carne humana... Por éso el odio, un odio implacable y sordo, no tardó en apoderarse de estos

desgraciados. Incapaces de resistir, los más felices se sentaban en corro sobre la arena, lejos de la mirada de los amos ; ahí, resignados e inmóviles, se dejaban morir de hambre.

Es al interior del país que hay que buscar los vestigios del poder arbitrario y despótico que cayó sobre estas tribus. Cuando la fría estadística escribe : « Las minas de la América española echaron a la circulación, en tres siglos, ciento ventidós millones de kilogramos de plata », se ignora lo que estas cifras esconden de sangre y de lágrimas. En los alrededores de Potosí se visita todavía el *corral* donde los españoles encerraban, como bestias de carga, los naturales empleados en los trabajos de las minas. Entregados sin piedad a esas fieras que se llamaban colonos, la mayoría de los indios no volvían a ver jamás el humo de sus chozas y, en los confines del Brasil, los indígenas tararean todavía hoy la endecha fúnebre que antiguamente cantaban sus infelices antepasados cuando se encaminaban, en grupos numerosos, hacia Potosí. Al lado de esta miseria y de estas crueldades, los españoles amasaron fortunas de las cuales ni ellos mismos podían calcular la magnitud. Dos siglos después de la conquista, un nabab insolente preguntaba a la gente de palacio a cuánto se elevaban los gastos del virrey : « Cuatrocientas piastras por mes -le respondieron-. Y el interlocutor replicaba con desdén girando sobre sus talones : Es justo lo que yo gasto en mi mina en *velas de sebo* .» Es verdad que este riquísimo colono pagaba al rey de España un impuesto anual de setenta y cinco millones de francos.

Pizarro, en medio de estos hidalgos que se santiguaban antes de hacer estrangular un inca y de esos monjes que se esforzaban en poner el catolicismo en lugar del culto del sol, construyó primero la catedral con el fin de consagrar la nueva ciudad, un palacio que sería habitado por él mismo, un arzobispado que entregó a Monseñor don Gerónimo de Loaiza. Este catolicismo ardiente que animaba los recién llegados tomó raíz definitivamente en el suelo del Perú : Lima posee cerca de sesenta iglesias y conventos. Es por éso que en las calle se encuentran sacerdotes y monjas de todo color : Padres de la Misericordia, Franciscanos, Capuchinos, Dominicanos, Lazaristas, Agustinos cuya indumentaria se armoniza de maravillas con el cuadro circundante. Los trajes sórdidos de muchos de entre ellos dan testimonio del infortunio y la miseria de todas las órdenes. Es que los tiempos han cambiado mucho ; hace poco el fervor era grande, como también la caridad, y basta con ir quince años hacia atrás para encontrar pruebas de intolerancia. La Constitución de 1867 reconoció sólo la religión católica, prohibiendo la práctica en público de cualquier otro culto. Ya el año precedente, un decreto que reglamentaba las manifestaciones religiosas había provocado, entre las mujeres y el clero, una especie de tumulto. También, cuando las campanas sonaban el *Angelus*, los vehículos y los jinetes se detenían, los peatones se descubrían con respeto, cada uno se arrodillaba humildemente en la calle. Hoy, las campanillas están mudas, la soldadesca llena las calles y las plazas públicas ; el eco no devuelve otro sonido que el de las trompetas chilenas, y lo que más llama la atención, aparte de las monjas, es la profusión de soldados y de banderas chilenas ; el estandarte estrellado flamea por doquier : en los fuertes, en los edificios, en las casas particulares. Las tropas del vencedor acampan por todos lados : en los cuarteles, en medio de las avenidas, en los monumentos. Por este solo hecho, los brillantes carruajes, los vestidos elegantes han desaparecido ; un silencio triste reina en la ciudad, (por lo menos al exterior), el silencio de las ciudades ocupadas por el enemigo.

En este país, donde se goza de una primavera perpetua, los fenómenos meteorológicos son de una benignidad sorprendente; nunca hay lluvias ni ventoleras, apenas una suave brisa surca levemente la superficie del mar; y esto no es en absoluto la historia de la mujer pelirroja^(*): las embarcaciones peruanas llevan inmensas velas, sin que haya medio de disminuir su superficie en caso de mal tiempo. La electricidad atmosférica no juega un papel más importante en el Perú, todo se limita a la iluminación de las crestas de la cordillera lejana, a causa de los relámpagos de calor.

Sin embargo, existe un tipo de fenómeno que no podemos dejar en el silencio y que, en varias ocasiones, es aquí la causa de desastres irreparables. Queremos hablar de los terremotos. La Cordillera se estremece sin cesar, como un león que sacude su melena; estas convulsiones se propagan a través de los contrafuertes hacia los terrenos circundantes; la misma capital peruana podría desaparecer un día en los abismos de una grieta insondable. A veces la rada de El Callao se tiñe de amarillo como esas aguas cargadas de lègamo en los estuarios de los grandes ríos; otras veces ella toma el aspecto lechoso de un *baño de Barèges*^(**); el aire está, pues, cargado del olor característico de los compuestos gaseosos del azufre e hidrógeno.

Sin perjuicio de los movimientos observados cada semana, hay a veces verdaderos cataclismos que dejan el país devastado. El 28 de octubre de 1746, Lima fue casi destruída y El Callao fue transformado en un vasto montón de ruinas. En 1868, un gran número de ciudades peruanas fueron totalmente aniquiladas. Algunos años más tarde (1877), el fenómeno tomó, cerca de Arica, una intensidad tal que enormes olas levantadas desde las profundidades del Océano, fueron a estrellarse contra los roqueríos del Estrecho de Magallanes, sobre las orillas de las Islas Sandwich e incluso sobre las costas de la Nueva Zelandia.

Estas condiciones climáticas y la necesidad de resistir a los *terremotos* determinan el modo de construcción de los peruanos: elasticidad, ligereza son los dos criterios predominantes; el barro, el adobe, las cañas forman la base de ellos. Las fundaciones de ladrillos son consideradas como una fantasía *sardanapalesca*^(***); desprovistas de tal lujo, las antiguas habitaciones resisten muy bien a la acción del tiempo. El polvo que llena la atmósfera en cualquiera estación, se deposita sobre las murallas, se acumula sobre las salientes, se amontona en las anfractuosidades. Así, los edificios producen la ilusión de ser monumentos sólidos y serios.

Secundados así por la naturaleza, los peruanos han dado a sus materiales el aspecto de la piedra de cantería y del mármol. Pero como sucede con los decorados de teatro, no se acerque mucho, bajo pena de sufrir serios chascos: tal frontón de tablas de una pulgada de espesor está sostenido por triángulos horizontales, se ha

(*) Esta es una alusión literaria: „En este país todas las mujeres son pelirrojas y desabridas“. Generalización apresurada de un inglés que al encontrar una mujer de este tipo a su llegada en Francia, concluyó que ahí todas las mujeres eran « pelirrojas y desabridas ». Anécdota contada por Voltaire en « *Las mentiras imprevistas* ». (1750). (NdT).

(**) *Baño de Barèges*, de una localidad de los Altos Pirineos, que posee baños termales sulfurosos. (NdT).

(***) *Sardanapalesca*: que se refiere a Sardanápalo, príncipe asirio de leyenda que ha sido descrito como el último rey de Asiria y que se habría encerrado en Nínive, donde pereció acompañado de sus esposas, en una inmensa hoguera levantada por él mismo. (NdT).

alargado tal vivienda por medio de un rectángulo de tela pintada ; tal campanario de iglesia está formado por tablas dispuestas en forma de pirámide regular, cubiertas con bandas de tejido.

Lima está apenas a 12° del Ecuador, la misma latitud que Java, el norte de la isla de Madagascar, el Congo ; a pesar de ello la temperatura recuerda la de la primavera en Europa. La razón de tal anomalía hay que buscarla en esta corriente de agua fría que corre a lo largo de la costa, de sur a norte. Estudiada y descrita por A. de Humboldt, este río de mar, nacido en las regiones antárticas, es el verdadero bienhechor del Perú : hace que las dunas del litoral sean habitadas, porque tempera el ardor de los rayos de sol ; transporta mar adentro la mezcla de algas, de limo y de espuma arrojada desde el fondo de las erupciones submarinas ; arrastra innumerables peces agrupados en masas compactas, los que a su vez atraen bandadas de gaviotas y de cormoranes, tan densas que a veces la luz del día se oscurece, lo que no es en absoluto una metáfora como podría suponerse. En sus torbellinos tumultuosos, estas aves cubren las islas de un producto que no hace mucho fue la fortuna del país : el guano.

Supongamos por un momento que Cécrops y Cadmos, en vez de colonizar el Ático y la Beocia, hayan sido arrojados a bordo de sus galeras sobre las playas del Perú. No cabe duda que el politeísmo griego, agradecido, habría dedicado un culto a esta corriente austral ; que los poetas, con la frente ceñida de algas marinas, con cabellos azulados y larga barba cubierta de escarcha, imagen del invierno eterno donde tiene su fuente, habrían cantado la divinidad bienhechora. Como la costa peruana no conoce ni la lluvia ni los relámpagos, ni las tempestades, esta nueva deidad no podría compararse al Neptuno feroz y violento de los pelagos. Inmóvil al fondo de la cella, en la media luz donde las ficciones se hacen fácilmente reales, la musculatura del dios prueba que es capaz de franquear espacios inmensos ; náyades y tritones le hacen séquito, como también los animales de todo tipo arrastrados en cortejo. Coronando la cima de un promontorio, su templo de ancho frontón está rodeado de columnas de orden dórico, análogas a las del célebre santuario de Poestum y, en su grandiosa simplicidad, esta arquitectura recuerda la potencia y la fuerza de la divinidad que alberga. En los días de fiesta desfilan las teorías cantando himnos a lo largo de los senderos; los navegantes, al divisar a lo lejos el mármol reluciente de sus murallas, trenzan guirlandas y se entregan a libaciones en honor del Poseidón americano. Pregunte a un peruano si conoce la existencia de la corriente de Humboldt : « Sí, el agua es ahí bastante fresca ; se dice que los españoles enfriaban en ella sus alcarrazas ».

Gracias a la mezcla, en proporciones indefinidas, de las razas blanca, negra, amarilla, roja, se tiene ante sí una población cosmopolita, un pueblo de bronce que tartamudea todas las lenguas de Europa. Son jinetes admirables, mendigos pintorescos, frailes tocados con sombreros inmensos, *rotos* (harapientos), *cholos* (mestizos) y especialmente mujeres envueltas en una *manta*, especie de chal uniformemente negro. La manta cubre la cabeza, un borde de encaje doblado sobre la cara hace las veces de velo ; una parte es echada sobre el hombro y se fija por detrás. Tal es, más o menos, la única indumentaria original que haya llegado hasta nosotros ; porque la ambición más cara de un peruano es la de no parecerse en nada a un habitante del Perú, y en ello se pone tanto empeño que el que se emplea en Francia para ocupar un puesto público. ¿Se creería ? Este furor por las modas

europas ha alcanzado incluso a los súbditos del Celeste Imperio: los chinos encontraron en América una tierra fértil, montañas llenas de oro y plata; establecidos en el Perú sin segundas intenciones, sin esperanza ni deseo de regreso, abandonan la trenza y el traje nacional para adoptar el cuello falso y los pantalones muy anchos en la parte inferior, tan anchos que a primera vista se podría pensar que los que los llevan están aquejados de elefantiasis.

Los gallinazos de cabeza calva afilan sus picos contra el borde de las veredas. Es a estos miles de estómagos constantemente hambrientos, que los ediles limeños confían, con mucho juicio, la limpieza de las calles. Se les ve dar saltitos aquí y allá y tomar el vuelo a dos pasos, con las patas colgando; a veces se alinean graves como jueces en toda seguridad sobre el caballete de un muro de *adobes*, sobre una veranda labrada, sobre una viga ennegrecida, sobre una barandilla dorada. Desde este observatorio se entregan a largas contemplaciones, siempre listos para abalanzarse sobre los desperdicios de todo tipo, prestando así servicios inapreciables.

Los oficiales chilenos, al lado de los cuales se pasa a cada instante, tienen algo de estos *conquistadores* que echaron las fundaciones de Lima, en la vaguada del Rimac; cubiertos de galones, de recamados y de penachos, con las piernas apretadas en botas amarillas, con el bigote de puntas retorcidas, con el quepis sobre la oreja, arrastran sus sables sobre el empedrado, pisan desdeñosamente el suelo conquistado, haciendo resonar sobre las baldosas las rodajas de sus espuelas, mientras que cada uno de ellos pareciera decir: « ¡El Perú, soy yo ! » ¡Ah! si en la calma de las noches las sombras de los compañeros de Pizarro cabalgaran sobre las cúpulas de la *Ciudad de los Reyes* deberían identificarse con estos descendientes rejuvenecidos y modernizados. Estos altivos vencedores cultivan un terror saludable sin parar de mostrar fuerzas imponentes a los ojos de los vencidos. Regimientos enteros desfilan en las calles, con la banda a la cabeza y las banderas desplegadas; soldados con cara siniestra marchan al paso corto, con los riñones ceñidos y un doble cinturón de cartuchos. Al romper filas se dispersan y se entregan, en tabernas de mala fama, a copiosas libaciones con el aguardiente de Pisco. Hacia la noche, se diría que una hada bienhechora desparrama polvo de oro sobre los edificios. Pero este efecto sólo dura un instante, puesto que la media tinta crepuscular es desconocida en estas latitudes. Después de la puesta del sol, las calles quedan desiertas, los almacenes cerrados; algunos indígenas silenciosos erran bajo las arcadas de la Plaza Mayor, donde la sociedad de Lima se paseaba antiguamente en traje de baile. Al frente, como espectro del pasado, la catedral despliega su fachada magnífica. A la luz de la luna se dibujan sobre las terrazas del palacio las siluetas de oficiales del ejército victorioso.

Sin embargo, la ocupación militar del Perú no parece conmover desmesuradamente a los concernidos, y aquí se pueden notar las diferencias profundas que separan estos dos pueblos: los chilenos son considerados como una colonia de vizcaínos y de catalanes; los peruanos, una colonia de andaluces. La lengua empleada en el Perú es a la vez sonora y suave, como en las más cálidas regiones españolas. El idioma de Asturias importado a Chile, se ha hecho casi un lenguaje rudo: los chilenos le imponen sistemáticamente alteraciones de acento tónico, de pronunciación, de ortografía; y entregándose al neologismo pretenden hacer una lengua aparte del dialecto de Pizarro y Almagro. *Yankees de la América*

del Sur, tal es el nombre del cual se jactan ; el patriotismo, la actividad, el espíritu de empresa, la resistencia a la fatiga, pero también la crueldad y la dureza los distinguen particularmente y, de una manera general, del mismo modo que éstos son positivos y prácticos, aquéllos son inertes y especulativos.

Al mismo tiempo que pagan regularmente el *cupo* (contribución de guerra), los peruanos no abandonan un solo instante su sed inextinguible de placer. Reuniones de cincuenta personas se van a hacer comidas campestres a los baños de mar de La Magdalena ; otros visitan las ruinas de Chorrillos, este campo de batalla donde se decidieron no hace mucho los destinos del Perú. El verbo español *bailar* parece ser la consigna de los limeños para reunirse ; a su pasaje por los salones abren las puertas de par en par y las parejas se balancean rítmicamente a la luz de quinientas velas. En medio de los esplendores agobiantes, el dueño de casa hace los honores de su *home*, con una gracia perfecta, una cortesía obsequiosa, enfática, desmesurada. Cuando se le presenta un extranjero, toma un tono solemne para decir confidencialmente ; *La casa está a la disposición de usted*,^(*) vieja fórmula española que quiere decir : « Mi morada está a su disposición », pero a la cual es prudente de agregar *in petto* el comentario : « Sírvase ; con ello me dará un gusto. Y si no se sirve, y que no da signos de vida, será mejor todavía ». Por las ventanas abiertas se escuchan a lo lejos los *serenos* chilenos que, en cuclillas en las esquinas, mantienen el orden público y manifiestan su presencia con los sonidos chillones del silbato. En los torbellinos del vals, se olvida la invasión ; los infortunios de la patria no pasan los umbrales de estas mansiones de los príncipes del *salitre* y del guano.

Casi todas estas moradas opulentas están construídas según el principio árabe : misterio y calma desde fuera, comodidad y riqueza al interior. Si la fachada aparece con aspecto modesto, todas poseen un patio interior adornado con estatuas y plantas raras, faroles, acuarios, escaleras de mármol, surtidores. En los departamentos magníficos, serie de salones de siete a ocho metros de alto, el eclecticismo peruano se da rienda suelta ; son verdaderos bazares atestados de objetos de todas las formas, de todos los precios, de todos los gustos. Las murallas desaparecen tras los espejos y los cuadros, algunos de los cuales llevan la firma de Rembrandt, de Van Ostade, de Fragonard, de Murillo, de Velásquez ; pero al lado se muestran impudentemente producciones de autores desconocidos. Más bien se creería estar en la galería de pintura de un gran almacén de novedades que en el salón de un particular : la profusión calculada, el destello de los dorados, el gentío cosmopolita, son los variados factores que dan esta impresión.

Las numerosas casas cerradas llaman la atención ; es la consecuencia de la guerra : los chilenos someten periódicamente los ricos limeños al impuesto (hay que mantener el ejército de ocupación), y cuando los vencidos ya no pueden pagar se les relega a los confines de La Araucanía. Es un poco por esta razón que en la ciudad sólo se ve gente del pueblo, y que los coches señoriales están prudentemente guardados en las cocheras.

Las familias peruanas están corrientemente compuestas de más de doce hijos, y las grandes fortunas del país alcanzan apenas a educar convenientemente toda esta gente. Es en Francia, Inglaterra, en Alemania que los hijos terminan su educación ; por éso es que hablan mucho de Paris, de Londres, de Berlín, en francés, en inglés y

^(*) En castellano en el texto. (NdT).

en alemán. Educados en el seno de estas fortunas que un viento desfavorable aniquila a veces inopinadamente ; rodeadas de un ejército de domésticos, las jovencitas se casan sin dote. Leer Octave Feuillet, copiar las modas francesas, bailar el vals lánguido que se llama *boston*, hablar de trapos y de tenidas de gala, imaginarse sus compañeros de baile como *títeres* y hacerles repetir palabras acompañadas de carcajadas, detenerse largamente en los almacenes, maldecir la invasión chilena, hablar en términos elogiosos del almirante Dupetit-Thouars, que evitó que Lima fuera bombardeada ; compartir el resto del tiempo entre los deberes religiosos y las obligaciones mundanas : tales son las ocupaciones más corrientes de las limeñas. Por éso es que no tienen idea de las cosas de la vida práctica . Acostumbradas desde la más tierna infancia a ver el jefe de familia dirigir, sin el más mínimo contratiempo, vastas *haciendas*, arrendar a los extranjeros terrenos ricos en salitre o en metales preciosos, obtener de ello un ingreso seguro, no podrían imaginar que pudiera ser necesario de luchar para conquistar un lugar bajo el sol.

Sin embargo, mil quinientos soldados chilenos son suficientes para mantener el orden en esta ciudad de ciento veinte mil almas. El general Montero, ex vice presidente de la República, hecho presidente de facto luego de la reclusión de Calderón, fomenta las riñas de gallos en Arequipa y las cosas se quedan en un *statu quo*. ¿Por qué los peruanos permanecen en esta inacción ? Al igual que Fabius Cunctator, desgastó las fuerzas de Aníbal contemporizando con ellas, ¿creen los peruanos que van también a agotar así la primacía de Chile ? ¿O bien los personajes relevantes temen que, luego de haber puesto sus firmas al pie de una cesión de territorio, pierdan la vida en el curso de una revolución, de la cual el retiro de las tropas chilenas será el preludio. La verdad es, según creemos, que unos, gozando gracias a la ocupación enemiga de una seguridad poco común, estiman en voz baja que el deseo de volver al antiguo orden de cosas es *aspirar a descender*. Son pues de la opinión del doctor Pangloss (*): *Todo está muy bien en el mejor de los mundos posibles*. Los otros, sin dudar de nada, se refocilan a la idea de poder pronto celebrar la evacuación de su territorio ; se ilusionan con esperanzas vagas ; cuentan con todo a la vez : con el tiempo, las epidemias, el fastidio general, con una intervención extranjera y yo qué sé. Cuentan con todo, en fin, exceptuando sus propias energías.

Por otra parte, Chile (aunque no quiera confesarlo) piensa a la reducción definitiva de un país en que los habitantes son tan acomodaticios. Los vencedores sienten que la apertura del Canal de Panamá debe traer fatalmente la ruina de la opulenta ciudad de Valparaíso, su principal puerto de mar. Comprenden que, gracias a la abertura del istmo, El Callao se hará el San Francisco de la América Meridional, y puesto que la obra de los españoles en el sur no pueda de ningún modo ser comparada a la de los anglosajones en los Estados Unidos, no se puede prever lo que el futuro reserva a la República de Chile. Su tenacidad, su entereza, su sólida organización, su estabilidad gubernamental, son muy capaces de extender la red del *panchilenismo* a través de una parte de los inmensos territorios comprendidos entre la Tierra del Fuego y Panamá, entre Lima y Montevideo.

Hay una cosa aquí que llama la atención del extranjero : es el número increíble de oficinas de cambio. La cotización del oro y de la plata sufren variaciones constantes ; para convencerse basta con asistir a la Paqueña Bolsa de la

(*) Personaje de *Cándido*, cuento filosófico de Voltaire (1759). Él enseña a Cándido un optimismo plácido, que los peores infortunios no logran hacer vacilar. (NdT)

Plaza Mayor, siempre muy animada. Frente a la desaparición del dinero sonante, el presidente Piérola recurrió en un tiempo a un artificio económico incapaz de tener éxito en otro lado que en Perú. Puso en circulación billetes fiscales, los *incas*, a los cuales les dio curso forzado, bajo pena de multa. El presidente olvidó simplemente que un equilibrio de este tipo no se puede establecer por medio de un decreto, y que la confianza no se ordena. Sin embargo, esta medida trajo un instante de prosperidad ; pero hoy, la moneda de Piérola totalmente depreciada ya no es cotizada donde los cambistas ; los aficionados la coleccionan como se hace con los asignados franceses^(*) : los *incas* ya no *pasan*.

En seguida vino el turno de los *soles papel*, cuyo valor original de cinco francos cayó a 0,30 de franco ; estos rectángulos de papel mugriento, que sólo podían tomarse con la punta de los dedos son actualmente el principal signo de los intercambios al pie de estos Andes, cuyas pendientes esconden tesoros inestimables. « Páguese al portador un sol » (cinco francos) puede leerse sobre estos billetes ; ahora bien, los empleados del erario tomarían por un bromista de mal gusto el ingenuo suficientemente osado como para pedir cambiar por metálico esta moneda tan fiduciaria como sucia. A nuestro parecer habría sido preferible de emitir como simples *Rimac* guijarros recogidos en el lecho del río; nada impedirá de adornarlos con signos cabalísticos indelebles y de asignarles un valor proporcional a su peso ; por lo menos se habría podido lavarlos, en tiempo oportuno, luego de haberse ensuciado en los bolsillos de los *cholos*.

Estas fluctuaciones del valor del dinero crean a veces al comercio verdaderas trabas, a las cuales los peruanos asisten como espectadores indiferentes. Ya hemos visto que no se entregan por sí mismos a ningún comercio ; sabemos que se contentan con *hacer* explotar sus minas, sus *haciendas*, sus yacimientos de guano, sus territorios nitrosos ; se dan, pues, apenas el trabajo de pisar el suelo del Perú. Cibeles merece aquí con toda propiedad el nombre de madre nutricia, puesto que los habitantes, sin trabajo, prosperan y se enriquecen.

En la principal plaza de la ciudad (Plaza Mayor), se sitúan el palacio nacional, la catedral, la municipalidad y el arzobispado. Aunque su superficie es de una hectárea, esta plaza es aplastada y empequeñecida por la maciza catedral. Al lado de este montón de barro y de mármol la fuente central parece un juguete, el arzobispado una excrecencia, la municipalidad un dado para jugar.

Dos de los lados de la Plaza Mayor están bordeados de arcadas con pilares coloreados : ahí se ven orfebres y libreros de viejo, almacenes de novedades, casas de cambio ; viejos negros encucillados y cubiertos con un *poncho* rojo de lana tienden a los transeúntes una mano suplicante, aunque sin molestarse ; indios de cara cobriza con largos cabellos lisos y lacios, cambian en las tiendas el producto de su caza o de su industria por billetes de soles-papel.

En medio de la plaza, una columna rodeada por algunos árboles muertos, sirve de pedestal a una Fama cubierta de un gorro frigio. Leones de bronce alineados

^(*) *Assignats* : billetes emitidos en Francia como empréstito del Estado a interés. Los bienes del clero eran su respaldo como garantía ; ellos fueron declarados luego papel moneda y se depreciaron rápidamente. Su emisión fue de 1789 a 1796 ; ella fue detenida para ser cambiada por *mandats territoriaux*. En 1797, el Directorio decidió la supresión de los *assignats* y de los *mandats*. (NdT).

en torno de un ancho pilón vomitan hilos de agua que bajo los rayos del sol toman un tinte irisado.

El palacio nacional, donde se entra como Pedro por su casa, conjunto de edificios azules con terraza, dédalo de patios interiores, se levanta sobre un enredo de tenderetes y de tabernas que se pegan como verrugas a la creación del Conquistador. Cuántas veces el palacio resonó al grito de « ¡mueran los españoles ! ». ¡Cuántas tragedias grotescas o siniestras ! ¡Cuántos motines ! ¡Cuántas imprecaciones ! De 1535 a 1824 fue ocupado por cuarenta y tres virreyes, desde Pizarro hasta don José de la Serna, que capituló frente al ejército republicano en Ayacucho. A partir desde esta época, innumerables presidentes ejercerán un poder efímero, lo que fue una verdadera linterna mágica de potentados elegantes, editores de pronunciamientos animados, que cayeron bajo el puñal o buscaron en la fuga un medio de escapar a la anarquía.

En 1872 había que nombrar un sucesor al presidente Balta, cuyo mandato estaba a punto de expirar ; el nombre del demócrata Manuel Pardo circulaba de boca en boca. Gutiérrez, ministro de la guerra, contando con el ejército donde sus dos hermanos servían en calidad de coroneles, se apoderó de Balta y se proclamó dictador. Pero a su causa solo adhirió un número ínfimo de sus conciudadanos. Frente a la insistencia de los electores, Pardo desembarcó de la escuadra peruana, donde había buscado refugio y en medio de un entusiasmo indescriptible , entró triunfalmente en Lima. La bestia feroz y sanguinaria que se llama multitud, se precipitó sobre los aborrecidos partidarios de Gutiérrez. Perseguidos por las vociferaciones del populacho, los tres hermanos son colgados del campanario de la catedral. ¡Qué picotas esas dos torres ! Durante muchas horas los cuerpos rígidos de los revolucionarios se balancean en el vacío ; los intrépidos gallinazos describen en torno de las víctimas círculos cada vez más pequeños. Y la muchedumbre tumultuosa, precedida de sordos clamores, crecía y crecía ; el flujo de esta marea humana llenó las calles vecinas et hizo irrupción en la Plaza Mayor. Las cien mil almas de Lima venían a insultar los cadáveres. Para terminar, los cuerpos son entregados a las llamas. De estos tres hombres que casi sometieron el Perú a su dominación ya no quedó más que un montón de cenizas, que los más fanáticos dispersaron al viento, como las de la célebre envenenadora.

En ese momento, Manuel Pardo triunfante trataba de consolidar su poder asumiendo los cargos acumulados por su predecesor ; no tardaría en perecer también bajo un balazo tirado por un sargento de su guardia.

Durante la invasión del Perú, la sucesión de presidentes continúa. A fines de 1879, Prado abandona el palacio nacional dejando un manifiesto que se hizo famoso, en el cual declara que « los intereses supremos de la patria me ordenan de partir al extranjero ». Mas tarde escribía : « Volveré pronto, aseguraré al Perú una brillante victoria o moriré sepultado por las aguas ». Inútil decir que ni la promesa ni la amenaza, han recibido nada que se parezca a una puesta en ejecución. Don Nicolás de Piérola, sucesivamente abogado, periodista y ministro de finanzas, se apoya en la raza indígena, declarándose católico-indio. Los *cholos* y los *rotos*, hez de la población, se declaran pierolistas y aclaman a Don Nicolás. El nuevo dictador quiere reorganizar las finanzas y para ello emite los *incas*. Luego, a continuación del choque de los ejércitos en Chorrillos, encontrando que los asuntos son bastante

enredados, repite la maniobra de su predecesor y desaparece bajo el pretexto falaz de ir a sensibilizar las potencias europeas a propósito del infortunio del Perú. Desde entonces Piérola viaja entre Perú y Nueva York ; mantiene una correspondencia con sus amigos de Lima y de Arequipa ; debrá reaparecer de un momento a otro, y la mayoría del pueblo parece desear su regreso : ¿Podría ser Piérola como antaño fue Bolívar, el libertador ?

García y Calderón, elegido por los civilistas, partido de los especuladores y de los abogados, busca el apoyo de los Estados Unidos ; incluso trata de ganarlos ofreciéndoles una cesión de territorio, lo que sólo le valió la reclusión en Quillota por orden de los chilenos. El gobierno peruano ya no existía.

Un piso con veranda amarilla, encastrado en el macizo del palacio, representa la antigua morada de la Perricholi. Se sabe que ese nombre era llevado, en el siglo diecisiete por una india que contaba con los favores del virrey Amat. La omnipotencia de la cual gozaba no le hizo olvidar su origen y muchas veces su influencia le sirvió para obtener la gracia de condenados indios, los que tenían como excusa la arrogancia y la crueldad de sus nuevos amos. La tradición cuenta que, para obedecer a los caprichos de la Perricholi, el virrey, ligeramente vestido, se encontraba a menudo obligado a ir, en medio de la noche, a tomar agua de la fuente de la Plaza Mayor, agua que poseía según parece, una limpidez especial. Un día esta sultana *Validé* (*), yendo en carroza cruzó un sacerdote que llevaba el viático, al cual obligó a tomar su lugar. Luego después no quiso servirse nunca más de su vehículo, arguyendo que se sentía indigna de subir a un coche que había transportado el cuerpo de Nuestro Señor. Murió a los noventa años rodeada del respeto general.

Se conoce la opera cómica en la cual la Perricholi juega un papel importante. El libreto ha alterado un poco la tradición y, es necesario decirlo, precisamente no en favor del virrey. Esta pieza, representada una vez en Lima, no tuvo ningún éxito ; hubo que sacarla de la cartelera luego de vivas protestas de los descendientes de la familia Amat.

La catedral, fundada por Pizarro y destruída por el terremoto de 1746, fue reedificada por el virrey, Conde de Superunda. La fachada, flanqueada por dos torres, amarillenta por el polvo y tostada por el sol, está atestada como un anaquel : se ven ahí columnas de pórfido, molduras de todas formas, un ejército de santos protegidos por frontones curvos o puestos en nichos. Esta riqueza de ornamentos contrasta con las paredes laterales absolutamente desnudas y coronadas por enormes fierros de lanza cuadrangulares.

No hay ninguna vista de conjunto al interior. El macizo del coro, rodeado de capillas y de rejas en primer lugar impide entrever el altar mayor. Este coro, esculpido en roble, se extiende sobre los grandes órganos, el Cristo en tamaño natural ocupa el fondo de él, mientras que alrededor una muchedumbre de apóstoles y evangelistas forma una serie ininterrumpida. Canónigos en muceta color violeta salmodian las vísperas en torno de un facistol polvoriento recargado de in folios. El sol rasguña con luces vivas los tubos del órgano ; juega sobre los cráneos pulidos de los ancianos y con los rizos blancos de sus cabellos. La bóveda ya no repercute los

(*) *Validé* : pronunciación turca del árabe *wālidā*, que quiere decir *madre* y que pasó al francés como *sultana Validé*. (NdT).

acordes de las trompetas celestes ni los trémolos resonantes. El órgano está mudo y, bajo el ojo del enemigo, la voz lenta y grave sube suavemente hacia el cielo.

Largos tapices de terciopelo rojo, tendidos sobre los pilares cuadrados, enmarcan el altar mayor resplandeciente de oro y coronado por un baldaquín con columnitas grisáceas : son los famosos pilares de plata maciza que los peruanos cubrieron con pintura cuando los soldados de Chile se aproximaban. Vana precaución porque los chilenos no se atrevieron a atacar el clero, potente y numeroso. Sin embargo, hay que hacerles justicia; todo lo que podía ser tomado fue sustraído a los laicos : utensilios de laboratorio, las colecciones, las bibliotecas, las anclas, las cadenas e incluso los pisos de los cuarteles de Lima.

Una amplia cripta cavada bajo el altar mayor contiene los restos de Pizarro. Curioso por visitar la tumba del conquistador, me dirigí a un sacristán : « Señor -me dijo-, el arzobispo ordenó sacar la llave del sepulcro y la conserva donde él, porque teme que los chilenos se apoderen de la reliquia ». Al día siguiente divisé un canónigo, que me dijo : « Señor, el general Lynch ordenó cerrar la cripta para estar seguro de que el esqueleto de Pizarro no sería cambiado por otro. En esas condiciones había que dirigirse al arzobispo o al general chileno Lynch, gobernador de Lima. No quise importunar tan eminentes personajes. Se comprenderá, por lo demás, que la sepultura del héroe permanezca escondida a la mirada de los profanos ; ciertos coleccionistas han comenzado a descuartizar metódicamente el esqueleto y pronto ya no quedará nada de él si la turba ávida de forasteros tuviera la oportunidad de penetrar libremente en la cripta.

La sacristía contiene los retratos de los veintidós arzobispos de Lima, tanto españoles como peruanos, desde Monseñor Gerónimo de Loaiza, que vivió en los tiempos del conquistador. Envueltos en la púrpura romana, los jueces inmóviles de este areópago son graves y tristes. Los prelados españoles parecen lamentar las pompas de aquí abajo ; los arzobispos peruanos se muestran inquietos por saber cuándo se terminará la vergüenza de la invasión. Los dos monaguillos que se instituyeron como nuestros cicerones, alargan obstinadamente la mano reclamando la *limonista* ; yo miro hacia arriba, antes de salir ; el yeso se ha despegado de la bóveda ; se divisa el azul del cielo entre las varillas de bambú.

El arzobispado, edificio azul con verandas hundidas y adornadas con cristales trizados, se acurruca contra la catedral y parece, ya lo hemos visto, bastante exiguo al lado de su protectora. En la planta baja hay un letrero colgado frente a una tienda y nos informa que se hace exportación, al por mayor y al detalle. La parte inferior del palacio es arrendada a baratilleros, entre los cuales se puede encontrar mantillas, sombreros, estribos peruanos.

El patio está constelado originalmente de dibujos formados por guijarros y por tibias hundidas en tierra hasta el nivel del suelo. Protegido por estas murallas, el arzobispo sólo cuenta con la sombra del poder. Animado por las mejores intenciones y deplorando el estado en que cayó el clero de su país, ha tratado de introducir reformas importantes ; pero amenazado con un tratamiento a la dinamita por los interesados, el prelado tuvo que encerrarse en un silencio prudente.

La estaua ecuestre de Simón Bolívar se levanta en medio de la plaza que lleva su nombre, frente a la Cámara de Diputados. Fue erigida en 1858, el 9 de diciembre, aniversario de la batalla de Ayacucho, sangriento combate que selló la independencia del Perú. El monumento representa sin duda la entrada de Bolívar a Lima : el *Libertador* saluda la multitud, que lo aclama y el caballo se encabrita con el ruido del cañón. Los chilenos han sido acusados, quizá falsamente, de haber querido llevarse la imagen del héroe, este paladín de los peruanos ; se agrega que fue el peso de la estatua la única causa que hizo abortar el proyecto ; *si non e vero, e bene trovato*.

Dos líneas de tranvías atraviesan la ciudad ; una conduce a los jardines de la Exposición, abierta aquí en 1876. El palacio se levanta al medio de macizos de verdura y de flores, frente a los muros de la cárcel de Lima. Un pórtico monumental da acceso al parque ; en la cima, la República Peruana tocada con el gorro frigio está vestida con una túnica de verdadera muselina, cuyas hilachas agitadas por el viento, dejan al desnudo por intermitencias formas poco esculturales. Al medio de las calles enarenadas, bajo los bosquecillos de árboles cultivados con gran esfuerzo, se estableció el campamento de un escuadrón chileno. Caballos pacen los nuevos brotes ; cartucheras, mochilas están suspendidas de las ramas ; las marmitas del vivac humean a la sombra de las yucas.

Al final de la ruta del Callao a Lima, en un terreno baldío bordeado de murallas torcidas con balcones de madera esculpida que hacen pensar a las ruinas árabes, sobre una base de granito, se levanta la columna rostral del *Dos de Mayo* : es el monumento conmemorativo de la defensa de El Callao contra los españoles, en 1866. Haber hecho ceder al enemigo infligiéndole pérdidas importantes fue considerado como un gran éxito de las armas del Perú. Los defensores del Callao volvieron triunfantes a Lima, la población de la capital salió en masa a su encuentro ; en medio de un entusiasmo frenético se decidió, en este mismo lugar, que la misión de transmitir a la posteridad el recuerdo de la gloriosa jornada sería confiada al bronce y al granito. Una columna corintia flanqueada de rostros y de cuatro figuras simbólicas, sostiene un genio brillante de oro. En la parte anterior, el ministro de la guerra, José Gálvez, muerto en la acción, expira teniendo un trozo de espada en su mano desfalleciente ; sobre el jefe está la figura de la República Peruana envuelta en los pliegues de la bandera nacional. Sobre el pedestal se lee : « A los defensores del Perú y de la América que, renovando las glorias de la guerra de la independencia, rechazaron la invasión española y sellaron definitivamente la unión americana en El Callao, el dos de mayo de 1866. La patria reconocida levantó este monumento para perpetuar la memoria de este hecho de armas, con el fin de que sirva de ejemplo a las generaciones futuras. 1873 ». Todas las figuras en bronce, más grandes que el natural, hacen resaltar la elegancia y la delicadeza de la columna. El monumento, perfilándose sobre el cielo puro, es de un efecto sobrecogedor.

Desde tiempos inmemoriales, las corridas de toros han contado con el entusiasmo de los españoles ; teníamos que encontrar en Lima pues este tipo de entretención. Pero mientras que en España se rodea este espectáculo de todos los refinamientos de la destreza y de la agilidad, aquí sólo es una lucha entre animales inofensivos y hombres sin audacia, frente a un público irritado.

La arena, al aire libre, está rodeada de graderías capaces de contener diez mil personas, y el favor con que cuentan las *corridas* es tan grande que las tribunas se completan en una pestañada. El público, compuesto únicamente de gente del pueblo, fuma cigarrillos, come ensalada y cebollas bajo la férula de los centinelas chilenos.

El cerro de San Cristóbal y las cumbres lejanas de la Cordillera, componen el más bello decorado que podría soñarse : sin quererlo se piensa en los griegos que también escuchaban tragedias frente a las montañas azules inmersas en un aire límpido ; se piensa en los circos de Roma, dominados por las cumbres de Los Apeninos, donde cien mil ciudadano reclamaban a grandes gritos la muerte de un gladiador, el que empleaba todo su arte para expirar con gracia, en un hermoso movimiento, bajo las miradas del pueblo rey.

Las puertas se abren de improviso : los *toreadores* y los *picadores* hacen irrupción en el circo ; los primeros, a caballo, vestidos con paletós negros y cubiertos con sombreros de paja, no tienen realce. Los *picadores*, por el contrario, llevan ricos trajes : chaqueta y taleguilla de terciopelo color hoja seca o azul cielo, con borlas y bordados de metal o seda negra. A la cabeza va el *primera espada* en un traje de terciopelo violeta bordado de plata ; es un hermoso negro bien plantado, muy ágil y a veces larga dichos graciosos. Preside la ceremonia con actitud desdeñosa un joven oficial chileno de apenas veinticinco años ; él es quien da la señal para las corridas, hace subrayar por la banda musical los pases relevantes ; de manera insolente deja caer billetes de banco destinados a los *toreros*.

Se abre la puerta del *toril*, un toro blanco se precipita al galope en el ruedo y no tarda en dar todos los signos de un profundo asombro ; luego de dar algunos pasos se detiene, levanta las orejas y echa una mirada fija delante de él. Los *toreadores* a caballo despliegan sus paños de colores vistosos y hostigan la bestia, que se lanza a diestra y siniestra persiguiendo los caballos. Los *picadores* a su vez agitan *banderas* ; saludan la asistencia con gracia ; pican en el cuello del rumiante con una destreza notable, flechas en forma de anzuelo, que se agarran de la piel sin poder salir de la herida cualquiera sean los movimientos del animal. De la arena se levanta polvo ; las lentejuelas de oro y plata brillan al sol ; los caballos se encabritan y estremecen de miedo ; los espectadores más amodorrados se levantan espontáneamente a fin de seguir las últimas peripecias del combate. El toro pasa frente a la asamblea agitada que llena las tribunas ; los pañuelos sacudidos son una miríada de puntos blancos en medio de este hormiguero humano ; aplausos frenéticos estallan por todos lados. Es verdad que estas muestras de entusiasmo se vuelven frecuentemente silbidos agudos, sin que se pueda establecer claramente el móvil.

La *primera espada* despliega con una mano la *bandera* roja y con la otra tiene una espada desnuda, sobre la cual el toro se precipita a cabeza gacha : el arma penetra en el codillo ; ella debería atravesar el corazón y en consecuencia causar la muerte instantánea si fuera guiada de manera conveniente. Pero en Lima no sucede nunca así. El tipo arranca la espada de la herida y la enjuga gravemente en los pliegues de la *bandera*, con el desdén soberbio del verdugo que acaba de ejecutar la orden sumaria del Califa de Granada (véase el cuadro de Henri Regnault). El animal herido, jadeante, echando espumarajos, no se preocupa más de las *bandas* que se agitan frente a él. En ese momento el *matador*, un negro viejo (ex coronel peruano),

protegido por un sombrero de paja, con las manos en los bolsillos, agarra un puñal y corta el bulbo del rumiante, *secundum artem*, con la precisión que da fe de una añeja costumbre. El toro cae ; se le engancha a cuatro caballos montados por postillones. Todo desaparece a galope tendido en una nube de polvo, con gran satisfacción de los gallinazos que planean en lo alto del circo y lanzan gritos estridentes esperando el encarne. Resumiendo : las arenas de Lima no son otra cosa que un matadero carnavalesco, donde los matarifes se disfrazan en saltimbanquis.

¿Y qué diré de las iglesias de Lima ? Aquí estamos muy lejos de los templos góticos donde los fieles, perdidos bajo la alta bóveda, apoyados en un conjunto de elegantes pilares en la media luz misteriosa y la claridad coloreada de los vitrales y las rosáceas, creen ver animarse las estatuas de piedra ; donde el eco repercute la voz triunfal o el canto lúgubre de los órganos mientras que la oración sube al cielo con el humo del incienso. Del mismo modo que los arbustos del viejo mundo trasplantados al Perú producen sólo frutos bastardos y muy diferentes de los que conocemos en Europa, del mismo modo, digo, la religión cristiana se desnaturalizó al hundir sus raíces en el suelo de la América española. Parece que las almas peruanas sean poco accesibles al misticismo de nuestras basílicas ; parece que, para hacerse oír, se esté obligado de emplear las formas menos poéticas del *naturalismo*. Se presenta a los creyentes los objetos bajo su aspecto más triste ; se le hace ver la muerte del lado más horrible ; se les muestra sangre y osamentas ; los predicadores no paran de amenazar sus feligreses con las llamas del infierno, en lugar de enseñarles un Dios compasivo y misericordioso. En Navidad, durante la misa del gallo, el mugido de los bueyes, el rebuzno de los asnos, el balido de los borregos, verdaderamente muy bien imitados, entrecortan los cantos de los fieles : así es como se proponen decorar el establo de Belén ; pero esta mezcla de profano grotesco y de sagrado, nos choca profundamente. ¿Se trata de una procesión ? Maniqués articulados, cubiertos de ornamentos magníficos, levantan los brazos como para lanzar anatemas a las poblaciones. En las iglesias, fieles arrodillados, los brazos abiertos en cruz, invocan en voz alta e inteligible la Virgen o el santo preferido. Con ayuda de la imaginación exuberante toman insensiblemente la representación por el mismo personaje, y el emblema se hace ídolo. El catolicismo de los hispanoamericanos confina con el fetichismo.

No es mi intención de levantar el catálogo de las sesenta iglesias de Lima ; solamente me ocuparé de las que ofrecen el mayor interés por su origen y su arquitectura. Pizarro llevó consigo siete dominicanos, los que fundaron, desde 1549, el primero de los conventos de Lima, Santo Domingo. El claustro se compone de dos patios interiores rodeados de arcadas con pilares incrustados de antiguos azulejos cuyos tonos armoniosos contrastan vivamente con los colores gritones modernos. Siempre el mismo tipo de preocupaciones : sobre las puertas un círculo blanco cubierto con cinco manchas rojas resume, sin lugar a dudas, el martirio de Jesucristo. Bajo los arcos se ve aparecer monjes blancos ; otros, sentados a la sombra de las anchas hojas del banano, fuman cigarrillos conversando animadamente algo que parece no tener relación alguna con la teología.

El claustro está en un estado de deterioro completo : los azulejos caídos al suelo, han dejado en el conjunto manchas blanquecinas ; los ladrillos se han separado y vuelto verdes por la humedad ; los jardines, casi sin cultivar, se cubren de plantas y de malas hierbas que crecen por casualidad. Subamos al primer piso por la

escalera desigual, apoyada a la muralla sucia ; fisuras en el cielo raso dejan ver el cielo azul. En todos lados

Un viejo embaldosado ondula bajo las puertas. ()*

Se vive continuamente con el temor de pasar a través del piso, que con el peso de los paseantes experimenta movimientos de oscilación inquietantes. Los pilares abiertos muestran la astucia del arquitecto : una gavilla de bambúes forma el armazón ; alrededor, otras perchas verticales, plantadas en cuadrado, están recubiertas de arcilla y enjalbegadas con cal : es la incuria de extremo oriente. Si llegara a llover, todo se derritiría y de este amontonamiento ya no quedaría sino que un montón de lodo. Los monumentos de Lima, simple apariencia engañosa, se parecen a esas momias bilivianas tan bien conservadas en los terrenos arenosos : tóquelas con el dedo y todo se vuelve polvo.

Entre dos letanías, nuestros domínicos se apiadan de los repetidos desastres sufridos por los ejércitos peruanos ; dan libre curso a su mal humor sobre los muros, resultado de sus disgustos patrióticos : ¡Viva el Perú ! ¡Muera Chile ! Algunos empleos son provistos por elección. Pero los miembros del capítulo, atraídos por el afán de lucro, no llegan a entenderse ; votan con la pistola en la sien y a veces se pelean a balazos. Últimamente fue todavía peor: una revuelta general de los religiosos de Santo Domingo ocasionó la pérdida del poder al superior de la orden, mientras que los monjes, abandonando sus células, se dispersaron por la ciudad. Tal es el grado de decadencia en el que cayó esta orden instituída para evangelizar el mundo desde hace seis siglos, desde el día en que Santo Domingo, en éxtasis en la basílica de San Pedro, vio aparecer los apóstoles Pedro y Pablo, que le dijeron : « Va y predica ».

En la capilla del convento, guirlandas de flores artificiales serpentean en torno de las columnas salomónicas ; santos en hábito índigo, Cristos vestidos de terciopelo violeta, santas con vestidos rosados con volantes y flecos de plata son presentados a la adoración de los fieles. Cerca de la puerta se nos hace notar un pilón verde transformado en pila de agua bendita : es la fuente bautismal donde se bautizó los primeros indios. ¡Cuántos de entre estos desgraciados, catecúmenos sin saberlo, luego de haber recibido el sacramento caían bajo el hacha del verdugo ! ¿Quién no recuerda el destino del emperador Atahualpa, pero también el del último inca, Tupac Amaru ? El primero, codenado a muerte por los conquistadores recibió la promesa de escapar con vida, y además de recobrar la libertad si aceptaba de recibir el bautismo y de (los españoles no olvidaban sus propios intereses) llenar de oro hasta la altura de un hombre una pieza de veintidós pies de largo por dieciséis de ancho. Apenas hubo ejecutado las condiciones fue amarrado a un poste y estrangulado. El otro se rindió al gobernador de Toledo, que hizo cortarle la cabeza luego de haberlo hecho bautizar.

Santa Rosa es la patrona de Lima ; por éso el convento de Santa Rosa, que contiene su tumba, es objeto de una veneración particular. En él se ve el jardín que la santa cultivaba plantado de bananos y de rosales, su pozo y la célula donde recitaba sus oraciones. Como turista concienzudo pedí y obtuve el favor de coger una rosa de

(*) Verso de un poema de Victor Hugo : « *Il faut qu'un vieux dallage ondule sous les portes* », extraído de « Las Voces Interiores »(1837). (NdT).

su tumba, mientras que, con voz quejumbrosa, mi guía recordaba los principales momentos de su vida : Santa Rosa es la primera santa del Nuevo Mundo a la que la iglesia haya concedido un culto público. Nacida en Lima en 1586 y bautizada con el nombre de Isabel, los colores delicados de su faz hicieron que se la llamara con el nombre de Rosa. Así, la leyenda dice que antes de salir tenía la costumbre de frotarse la cara y las manos con pimienta con el fin de alterar la frescura de su tez. A su entrada al convento y retirada en una célula apartada, llevaba sobre el cuerpo un cilicio y en la cabeza un círculo con puntas agudas. Muerta a los treinta años, después de haber edificado América por su fervor y sus mortificaciones, se le hizo funerales magníficos. El duelo fue conducido por el arzobispo ; los canónigos, los senadores quisieron transportar sus despojos. Medio siglo después se la canonizó. Desde entonces el pájaro considerado desde tiempo inmemorial como el amigo de la especie humana, objeto de un respeto universal lindante con la superstición, puesto bajo la protección de los dioses penates, este insectívoro (tan útil en los climas cálidos donde los insectos abundan), que anida en los campaniles de los conventos y que revolotea todo el año en torno de las cúpulas de Lima, sin emigrar como en Europa para escapar a los fríos del invierno, en una palabra, la golondrina, es llamada por los limeños la *santa rosa*.

El convento de *La Merced* fue antiguamente más rico que el de Santo Domingo, si se juzga por las ruinas que el tiempo ha preservado. Se compone también de dos claustros de aspecto muy diferente. El primero, compuesto de una sucesión de portales blancos con molduras azules está dominado por viejas cúpulas donde se posan los gallinazos. Al centro hay macizos de verdura, daturas con florecillas blancas acampanadas; araucarias erguidas y graves se levantan en los rincones sombríos ; plantas trepadoras abrazan los pilares y suben a las terrazas.

Los rumores de la ciudad no llegan hasta el claustro ; algunos pájaros revolotean en el follaje ; un chorro de agua canta en una pila. ¡Qué favorable al estudio es este silencio y su aislamiento ! Pero la regla de San Benito no ha atravesado el Océano.

El segundo patio está abandonado; los muros parduscos revestidos de una librea siniestra están adornados con esculturas melladas ; maíz y repollos sembrados por el portero del convento crecen en desorden en el suelo devastado. El piso de la planta alta está cubierto de viejos ladrillos, y el solo hecho de caminar descalzo sobre esta superficie gastada, desigual, erizada de puntas constituye ya una penitencia capaz de redimir de muchos pecados. Los muros están salpicados de frescos pueriles : el Santo Sepulcro, el retrato del rey don Jaime, fundador y protector de la Orden, la abadía de Montecasino, una vista de Barcelona, una Magdalena en su gruta, cautivos rescatados de los piratas berberiscos. En una célula, un Padre en hábito blanco estudia en medio de un in folio poloriento. Cuatro soldados chilenos, destacados como guardias del convento y encargados de protegerlo contra las depredaciones, trasladan poco a poco las bibliotecas por cuenta propia. Se cree en un sueño cuando se piensa en la riqueza que poseían algunos de estos establecimientos religiosos. La cofradía de Nuestra Señora del Rosario, la más opulenta entre todas, poseía antiguamente, entre otras maravillas, una corona engastada con más de quinientos dimantes ; hoy no queda ni siquiera el engaste. Resumamos en tres palabras nuestra impresión sobre los claustros peruanos : soledad, suciedad, miseria.

Estos tres substantivos, aplicables por lo demás a varias partes de la ciudad, son el resultado de la anarquía, de los reveses de fortuna, de la invasión. Una tarde, en los alrededores de Lima, el sol desparramaba sus últimos rayos sobre la llanura desierta. Nosotros pensábamos en la *Ciudad de los Reyes*, en su origen sangriento, en su presente humillante, en su futuro incierto. A medida que uno se aleja de la ciudad, la cadena de Los Andes se agranda a ojos vistas ; picos ocultos muestran primero su cabeza rojiza por sobre el segundo plano ; las cumbres nevadas aparecen por último ; el ruido de las revoluciones peruanas no podría turbar la serenidad de estos gigantes calcáreos : al pie de la masa grandiosa, Lima es solo un montón de polvo.

Poco a poco se apagan los rumores de los suburbios ; con las sombras de la noche, un silencio solemne envuelve la planicie ; pronto ya no se escucha sino el murmullo de las cañas agitadas por la brisa y el susurro de las cascadas en el lecho del Rimac. Ya sólo se divisan los campanarios amarillentos, parecidos a briznas de totora que erizan el campo recientemente segado.

Gallinazos negros salidos de los cuatro puntos del horizonte se pusieron a planear sobre las viejas cúpulas lanzando grandes gritos. Luego de haber dado vueltas en el aire largo tiempo, la nube siniestra se abatió de golpe sobre la *Ciudad de los Reyes*. Y el espectro de la invasión se levantó delante nuestro : ¿Estas aves de rapiña, no son la imagen de la horda extranjera que acaba de precipitarse sobre la ciudad ? ¿No son la imagen de estos aventureros que sustituyeron su omnipotencia a la de los semi dioses incas ? Estorbados en su marcha por una diplomacia prudente y preocupada de salvaguardar los intereses de sus compatriotas, los invasores modernos no pudieron seguir el ejemplo de ese procónsul que rechazó las águilas romanas a las puertas de Corinto y permitió a los legionarios el pillaje y el aniquilamiento de esta capital de las letras y las artes. Muy diferente fue la conducta de los españoles, ávidos de carne y sangre, que se precipitaron antaño como una tromba sobre el reino de Manco Capac. Entregados a las pasiones más dañinas, a la ambición, a la codicia, a una especie de desafío por alcanzar lo que llamaban impropriamente la gloria, sin ningún freno, ninguna consideración política o religiosa, ningún sentimiento generoso los retuvo en la vía de la moderación ; cubrieron de ruinas y de cadáveres esta América refinada. De los monumentos antiguos no queda piedra sobre piedra ; solamente una cantidad de momias en actitud resignada, últimos vestigios de una civilización apagada, conserva a través de los siglos la memoria del martirio de los Hijos del Sol.

.....

Acabábamos de volver a la carretera, cuando de repente una patrulla de caballería chilena nos cerró el paso

- ¿Quiénes son ustedes, señores ?
- Viajeros franceces.
- Eligen ustedes muy singularmente sus horas para ser simples turistas ; ¿tienen armas ?
- Ninguna.

Y a un gesto del oficial, los jinetes echan pie a tierra, manejan sus caballos, nos rodean, nos registran con una precipitación que lindaba con la rudeza. Habiendo partido al galope, la tropa estaba ya lejos cuando constaté la desaparición de mi

portamonedas ; y al pasar de nuevo las fortificaciones de la ciudad nos decíamos :
« Los chilenos son perfectos en el arte de la guerra ».⁽¹⁾

⁽¹⁾ La anécdota que contamos aquí no podría ser causa de ninguna protesta. Queda sobreentendido que no pensamos hacer responsable a Chile de un hecho aislado, al que no damos sino una importancia secundaria. (NdA).

III

VALPARAÍSO Y LOS CHILENOS DESPUÉS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

1884

La imaginación castellana era la única capaz de dar a Valparaíso el nombre que la ciudad lleva todavía ; Valparaíso significa *valle del paraíso*. Aquí nada recuerda el paraíso y en vano se busca el valle. Fundada en la mitad del siglo XVI, esta colonia sufrió las más crueles vicisitudes ; saqueada varias veces por los ingleses, fue especialmente maltratada por Drake, enemigo irreconciliable de todo lo que fuera español.

En 1578, el célebre filibustero encontró aquí veinte casas ; las destruyó de arriba abajo. Pero no fue ése el fin de su infortunio ; los terremotos de 1822 y 1829 la destruyeron casi enteramente ; fue incendiada en 1843 y bombardeada en 1866 por los españoles. A pesar de estas adversidades continúa siendo el primer centro comercial de Chile, como Santiago es el centro agrícola y la capital de las letras y las ciencias. Se comprende fácilmente el papel de Valparaíso, puesto que su ancha rada acoge un movimiento de navíos que se eleva a dos mil quinientas o tres mil entradas y salidas por año.

La ciudad se prolonga entre el mar y a los pies de montañas áridas, cuyos últimos contrafuertes redondean sobre ella sus declives. El principal de entre ellos, llamado *Cerro Alegre*, es el punto de estadía de los extranjeros y de la alta sociedad chilena. Los otros montículos están erizados de cabañas multicolores donde viven los *peones* (obreros) y los lavaderos. Estos constituyen, en notable proporción, la población de Valparaíso, que se eleva en su conjunto a cien mil almas.

De la rada se divisan , a la derecha los edificios de la aduana ; al centro el barrio comercial y populoso ; a la izquierda el suburbio San Juan de Dios. Se desemboca cerca de la estación (la línea une Valparaíso a Santiago en un recorrido de ciento veinticinco kilómetros). Las locomotoras echan sus campanas al vuelo en los andenes ; a lo lejos desaparecen los trenes con destinación a Santiago, mientras que los viajeros que llegan de la capital echan pie a tierra en medio de carretas y de jinetes, de vendedores de sandías y de naranjas.

Al lado del ferrocarril, la Bolsa encierra entre sus dos alas una plazoleta adornada de rosales y de estatuas simbólicas de cobre fundido. Las palabras *Val d'Osne*, grabadas en el zócalo de cada una de ellas, no dejan duda sobre el valor de

esas *obras de arte*^(*). Pasando por la Bolsa se llega a la Plaza Rafael Sotomayor, amplio cuadrado al centro del cual se levanta la estatua del Almirante Cochrane, este aventurero que los españoles llamaron *El Diablo*. Dotado de muy diversos talentos este hombre, de origen inglés, fue miembro de la Cámara de los Comunes, luego Almirante, y además registró dos patentes de invención sobre aparatos de iluminación industrial. Habiéndose lanzado en la especulación, se le acusó de estar afiliado a un grupo que provocó una fuerte alza en la Bolsa al hacer correr la noticia falsa de la muerte de Napoleón 1°. Encarcelado, luego expulsado de la marina inglesa, debió dejar la Inglaterra. Extraño destino el de este condotiero ávido de acción, que vino a proseguir en Sudamérica un sueño de gloria y de notoriedad. Obtuvo primero algunas victorias por cuenta del Perú y su renombre se extendió lejos. Un día del verano de 1818, un barco llevando Cochrane y su familia anclaba en la bahía de Valparaíso. En la noche, la ciudad desbordó de cantos y de luces y Cochrane, cuando supo que tales honores le estaban destinados, resolvió poner su espada al servicio de Chile; luchó, en efecto, durante varios años por esta nueva bandera. Los chilenos, reconocidos, le levantaron la estatua de la que hablábamos.

Frente a este monumento se ve la intendencia general, residencia del gobernador de Valparaíso. Este funcionario ejerce un poder independiente, amplio, muy bien retribuido. Tiene a su mando las fuerzas de tierra y de mar; además detenta el poder administrativo, siendo a la vez alcalde y prefecto. El palacio de la intendencia presenta incrustadas en su fachada, como un estigma, las balas de cañón del bombardeo de 1866, que amontonó ruinas sin producir resultados. El almirante español Pareja acababa de notificar el bloqueo a la opulenta ciudad de Valparaíso, cuando una cañonera española fue capturada por un barco chileno. El almirante fue presa de tanta vergüenza y desesperación que se suicidó, después de haber escrito con mano febril estas palabras, expresión de un odio feroz: « Pido como gracia, que mi cuerpo no sea echado en aguas chilenas ». Se respetó esta voluntad suprema: el cuerpo del almirante fue lanzado en las profundidades del océano, muy lejos de la ciudad. Pocos días después, Núñez, sucesor de Pareja, inmoló la ciudad al odio español y sólo dejó un montón de escombros, a los gritos mil veces repetidos de « ¡Viva la Reina! ».

Uno de los lados de la plaza está ocupado por un edificio de mucha clase y muy blanco, adornado con estatuillas y panoplias: es el cuartel general de los bomberos. Los chilenos profesan, y con razón, un culto especial a este cuerpo selecto; porque la mayoría de la ciudad estando construida de madera, los incendios toman aquí rápidamente proporciones inquietantes. Por lo demás, los extranjeros establecidos en Valparaíso ayudan bastante los bomberos autóctonos. La distribución de las bombas por nacionalidad asegura, entre las diferentes compañías, una especie de emulación que produce excelentes resultados; agreguemos que se mantiene razonablemente esta abnegación por medio de recompensas y de concursos públicos.

En cuanto al resto, la administración chilena que no molesta a nadie, siempre que no se trate de sus asuntos de aduana, no importuna en nada estos auxiliares preciosos. Gozando de una completa autonomía las compañías se administran solas y nombran sus jefes por elección. La planta baja del cuartel general acoge, a su derecha, las bombas inglesas y norteamericanas; a la izquierda, todo el aparato

(*) *Val d'Osne. Osne-le-Val*, en el Alto Marne en Francia, abrigaba altos hornos y fundiciones. (NdT).

alemán. Con gran pena se ve la compañía francesa (lleva el número 5) relegada en una calle adyacente. Fundada en 1857, no posee, como las primeras, aparato a vapor y maniobra una simple bomba manual.

Al doblar a la izquierda, se llega a la Plaza de la Justicia. Toma su nombre de una estatua de Temis^(*) de pie sobre un pedestal, el personaje posa sobre la cadera el puño izquierdo y con el derecho lleva una larga espada. Esta obra hace pensar al Mercado Central, sección pescados y mariscos.

La calle Arturo Prat cambia de nombre tres veces, una vez por kilómetro ; es la más animada, la más bella, y la más larga. Su nombre viene del comandante de la goleta chilena *Esmeralda*, echada a pique el 21 de mayo de 1880 (sic) frente a Iquique, por el monitor *Huáscar*. En el momento de hundirse, Prat saltó al abordaje sobre la cubierta del enemigo ; el ruido del cañoneo ahoga su voz ; el humo de la pólvora lo hace invisible ; llegó solo a bordo del *Huáscar* donde cayó acribillado a balazos, al pie de la torre del monitor. En un estilo más enfático que convencido, con cierta exageración lírica, esencia del carácter hispanoamericano, la prensa argentina imprimía poco después : « Que el respeto entone himnos al pie de su tumba y que los soldados llamados a combatir bajo sus banderas se inspiren del heroísmo de Prat ». Se habló menos, en Francia, del alférez de navío Bisson^(**), que hizo estallar la presa que mandaba (el *Panayotti*), para no caer en manos enemigas. Lorient, su ciudad natal, se contentó con levantarle una estatua, y el público habría olvidado este acto heroico si, en 1883, la Cámara de Diputados no hubiera asignado a la persona de su sobrina la renta vitalicia de la que gozaba la hermana del héroe. Nosotros olvidamos rápidamente las abnegaciones sublimes, en este siglo en que la erección de estatuas se hace una institución nacional. En Chile, los procedimientos cromolitográficos reproducen hasta el infinito el retrato del capitán de *La Esmeralda* ; cada uno lo cuelga piadosamente en su muralla ; no existe un solo niño que no sepa recitar el episodio del combate del *Huáscar*. Un monumento de mármol, llevando en su cumbre Arturo Prat coronado por la Fama, será próximamente inaugurado en el muelle de Valparaíso.

A cualquier hora, una multitud compacta se apresura en la calle Arturo Prat ; mucha gente ocupada, algunos paseantes, una cantidad enorme de oficiales, especialmente de coroneles. Pero en esta oligarquía, designada por eufemismo bajo el nombre de República chilena, el gran número de oficiales hace que la casta militar no cuente con la consideración pública (salvo algunos nombres consignados por la historia y que cuentan con el entusiasmo del país). Cada chileno debe traer, cuando nace, la pasta de un banquero, de un negociante o de un abogado. Si por desgracia el destino no realiza esta esperanza, el desafortunado debe entrar al ejército, estimado como un refugio para los fracasados de la banca, de la abogacía, de los negocios. Antes de la guerra del Pacífico, el ejército regular en Chile no llegaba a 4.000 hombres ; fue necesario reclutar 40.000 para vencer un enemigo cuyas cabezas renacían como las de la hidra de Lerna. Los reservistas se enrolaron, pero estaban seguros de ponerse a la cabeza de sus asuntos una vez que la paz hubiera sido firmada. Esta noble ambición se realizó. En el mes de julio de 1884 comenzó la evacuación, por pequeños grupos, de las guarniciones del norte. Cada uno colgaba

(*) De la mitología griega : Titánida, hija de Urano y de Gaia. Simboliza el derecho y la justicia. (NdT).

(**) Hippolyte BISSON, marino francés, muerto en el Mediterráneo Oriental al mando del brik *Panayoty*, el que hizo explotar con su tripulación a bordo con el fin de no entregar su navío a los piratas que lo atacaban. (NdT).

en las panoplias el revólver que lo acompañaba en el desierto de Atacama, y esas espadas en forma de cruz latina, parecidas a las que llevan los cantantes en *Hamlet*, y *Roberto el Diablo*^(*). Un coronel tomaba las funciones de agente de una casa de ventas al por mayor ; un capitán se entregaba de nuevo a la confección de píldoras en el laboratorio de una farmacia. Y todo sin reclamar, sin murmurar, sin encontrar el descenso degradante. Por otro lado, el gobierno, siempre circunspecto, se había preocupado de antemano de asegurar un trabajo a los soldados que daría de baja ; hacía estudiar tres trazados del ferrocarril y enviaba hacia la línea de La Araucanía los pelotones de tropas a medida que desembarcaban.

Así, el elemento civil es predominante en Chile, y el partido en el poder (compuesto de financieros y abogados) se muestra muy desconfiado. Siendo la dictadura militar el objeto particular de su aversión, separa por precaución todo sujeto susceptible de ser partidario de ella. Uno de los héroes de la guerra peruano-chilena, el general Baquedano, bien ubicado como para cambiar el curso de las ideas, se vio colmado de honores y fue recibido como un triunfador romano ; la poesía cuenta sus proezas ; en cada ciudad una calle lleva su nombre ; pero su candidatura a la presidencia de la República fracasó estrepitosamente. Sometido a una disciplina admirable, el partido civil puso todo en práctica para alejar el ilustre general y, bajo su égida protectora, el señor Santa María ganó de lejos. Esta derrota del partido clerical y militar en la persona del general Baquedano, conforme a los deseos de la clase dirigente, parece haber asegurado la estabilidad gubernamental. El actual presidente, el señor Santa María, es omnipotente; su partido, compuesto de ciento cincuenta personajes, dispone de las dignidades, de los puestos y casi de la fortuna públicos.

Valparaíso, ciudad comerciante, tiene más de un parecido con la antigua Cartago. Recibió fríamente los soldados que volvían de Chorrillos, luego de una campaña de cinco años. En verdad, las banderas de la nación sembradas con profusión ondulaban en las ventanas, mientras que la población de los *cerros*, agrupada en los muelles, esperaba ansiosamente el desembarco de las tropas. ; una madre iba al encuentro de su hijo ; una mujer, al encuentro de su marido. ¡Cuántos no volvieron ! Sin embargo, la multitud está silenciosa, sin manifestar ningún entusiasmo. Un señor, subido en un carro, el alcalde de la ciudad, según me informan, pronuncia un discurso salpicado de las palabras « patria » y « coraje », sin hablar del reconocimiento al que tenían derecho estos infelices. Estos soldados, porque se les pagaba, ¿no estaban obligados a hacer el sacrificio de sus vidas ? Entre esos hombres macilentos, fatigados, esqueletos vivientes en su mayoría, había un *granadero* de barba gris ubicado detrás del orador, él resumió de manera admirable la situación cuando gritó : *¿Qué es lo mejor, el hacer o el hablar ?* Ése fue el castigo del alcalde.

Lo repito, muchos espectadores, pero ni una corona, ni una flor para estos vencedores que ayer todavía combatían por la patria y empujaban sus fronteras tan lejos hacia el norte. A pesar de la canción nacional tocada por las bandas militares, se hubiera dicho un ejército de mercenarios desfilando frente a capitalistas, ávidos por ver si las fatigas de la campaña no han depreciado mucho sus *cosas*. Detrás de

(*) *Robert le Diable*, héroe de varios poemas franceses de la Edad Media. Hijo de un duque de Normandía, fue reputado por su crueldad, lo que le valió el apodo de Hijo del Diablo. Habiéndose arrepentido de sus pecados, murió en una ermita. (NdT).

los soldados y a respetuosa distancia, marchaban en tropa compacta las *rabonas*. La rabona es la compañera tan inseparable como ilegítima del soldado.. Ella está a su lado en tiempos de paz ; ella lo sigue a la guerra ; ella carga el equipaje, los víveres, los cartuchos ; cocina y prepara el campamento. En una palabra, el cuerpo de rabonas reemplaza la intendencia, que existe aquí sólo en estado de proyecto. Pero su papel no se limitaba a todo éso : durante la refriega, estas Euménides desenfrenadas, con ojos extraviados y con las manos y la cara ennegrecidas por la pólvora, disparan contra el enemigo ; luego, arrojando el arma por inútil a causa de la falta de municiones, se precipitan a la carga con la *navaja* en la mano.

Aunque se enorgullece de sus recientes victorias, Chile sufre una crisis financiera de la cual saldrá honorablemente con gran dificultad. ¿Podrá el cobre chileno soportar la concurrencia del cobre americano ? ¿Se encontrará nuevos yacimientos de guano de buena calidad ? ¿Será en el futuro el nitrato de soda más demandado en Europa ? El cobre, que constituía la principal riqueza del país (antes de 1870, Chile producía más de la mitad del cobre explotado en el mundo entero) y para el tratamiento del cual ocupa aquí un gran número de obreros, no encuentra ya salida, desde que se descubriera en Estados Unidos extensas minas de este metal. Los medios de extracción más perfeccionados y el flete mucho más barato aseguran a los cobres norteamericanos la preferencia de los consumidores europeos. Por otro lado, un contrato de un millón de toneladas de guano, firmado con una sociedad francesa, fue rescindido porque las capas inferiores, mezcladas con arena, sólo presentaban una ley disminuída y que en suma la materia extraída de los yacimientos no contaría con las proporciones de azote especificadas en el mercado. Por último, al nitrato de soda, sacado en cantidades increíbles de los territorios que Chile acaba de anexar, es menos solicitado en Europa, ya sea porque se pone otras substancias en la composición de los abonos químicos, o bien porque estos abonos ya no cuentan suficientemente con el favor del público.

Sin embargo, el turista que acaba de desembarcar en Valparaíso estará tentado de creer que Chile alcanzó la plétora de la riqueza. Estimamos que más bien son los éxitos los que han enceguedo la joven República al punto de aumentar su confianza más allá de los límites permitidos por la prudencia. Saliendo de la guerra, Chile esperaba obtener grandes beneficios de los territorios conquistados ; Perú definitivamente vencido, agobiado, incapaz de hacer sombra a sus vecinos, sin fuerzas para levantarse ; la superficie de Chile doblada ; el ejército cubierto de gloria ; todas estas causas permitían a los vencedores (por lo menos lo creyeron) de esperar todo, de atreverse a todo. Fue bajo el imperio de esta audacia y de esta esperanza, que el Estado emprendió inmensos trabajos. Puso al estudio tres líneas de ferrocarril ; construyó en Valparaíso un molo de desembarco provisto de los medios mecánicos más modernos ; construyó en la rada una larga estacada destinada a servir de pedestal al monumento de Arturo Prat, el héroe de la guerra del Pacífico ; fundó en Talcahuano un arsenal marítimo al abrigo del *temporal* y del bombardeo. Pero contrariamente a sus esperanzas, Chile reconoció demasiado tarde que el Perú, esta mina inagotable, se transformó en una carga muy pesada de arrastrar ; el fantasma peruano mutilado no pudo, materialmente, pagar los gastos enumerados más arriba. Los extranjeros que sufrieron perjuicios a causa de la guerra reclamaban indemnizaciones. El equilibrio no se establece y el país sufre las consecuencias de tanta imprevisión y precipitación.

¿No habría sido mejor que Chile pagara su deuda de reconocimiento a los inválidos, víctimas de su ambición? Los héroes oscuros de Chorrillos, de Tacna, de San Juan, de Miraflores, de Tarapacá, erran miserablemente en las calles mendigando un pan que el Estado les niega. Un día un soldado me pidió limosna, y como yo le daba una moneda blanca, me dijo: «-Oh señor, ¿no podría usted darme dos? ¿Dónde encontraré trabajo? ¿Quién querrá emplearme ahora?» y me mostraba una pata de palo y su brazo derecho amputado. Pero esta parte de América permanece sorda a las teorías filantrópicas. El chileno es positivo, rudo, huraño incluso, cuando la educación no ha suavizado las asperezas de su carácter. Los jinetes en el campo, por ejemplo, en los combates singulares los adversarios se precipitan el uno contra el otro a galope tendido; así es raro que uno de los combatientes no perezca en el choque. Por lo demás, todo buen chileno esconde en sus vestiduras o en su bota, un arma parecida a la *navaja* catalana, arma temible si la hubo, y que abre un hombre de un solo tajo. Convencido de que su destino lo llama a regenerar la América del Sur, el chileno hace alarde de un soberano desprecio por los otros pueblos; como respuesta al relato de las guerras europeas alza los hombros diciendo: «Denos cuarenta mil hombres (cuarenta mil chilenos, por supuesto) y daremos victoriosos la vuelta del Viejo Mundo». O mejor todavía: «El sitio de Sebastopol no es nada en comparación con la toma de Arica». Lejos de nosotros la idea de querer denigrar un joven pueblo que ha dado pruebas de bravura; los propósitos aquí transcritos han sido pronunciados delante nuestro y muestran la tendencia del espíritu propio de la clase media. Por lo demás, ¿no es la soberbia un defecto como cualquier otro? Por supuesto que no puede traer consigo la condena del pueblo o del individuo que la manifiesta.

Estos hombres altivos y violentos presentan, en general, una apariencia robusta y aunque la belleza generalizada en las clases altas deba atribuirse en parte a la contribución de sangre extranjera, no hay que perder de vista que, porque las chilenas ricas no tienen otra dote que su belleza, los extranjeros sólidamente establecidos en el país, sólo esposan las más hermosas de entre ellas; así se forma una selección en provecho de la alta banca, del mundo político, del gran comercio. Al examinar los *peones* se podrá pensar que la nación entera es víctima de la injusticia del destino: el raquitismo y la anemia imprimen en estos tristes sujetos estigmas indelebles; pero, lo repito, al examinar las clases altas se cambia de parecer.

He aquí la calle O'Higgins; hay que constatarlo: las repúblicas sudamericanas no tienen una larga historia, pero saben honrar sus héroes, desde el más oscuro al más célebre; a cada paso se encuentra un nombre, una fecha, un monumento inspirados en los anales de las luchas encarnizadas por la independencia. No es sorprendente que los hispanoamericanos conserven preciosamente el recuerdo de los grandes ciudadanos que entregaron sus nombres a la causa nacional. La América del Sur, incapaz de acordarse sin horror de la época de la dominación española, honra muy justamente el período siguiente y se enorgullece de las proezas que permitieron sacudir el yugo metropolitano.

O'Higgins es este famoso patriota chileno, hijo de un Capitán General de Chile, el Marqués de Osorno. Los enemigos del marqués pretendían que su temperamento estaba formado «de mucha cera y de poco acero». Y la sabiduría de los pueblos, que creó esta sentencia, más notable por su concisión que por su justeza,

de « tal palo, tal astilla », recibe aquí un desmentido formal. O'Higgins, el hijo, tomó la parte más importante en los acontecimientos que condujeron a la derrota del régimen español. Bloqueado en Rancagua y sin poder resistir, tiró sus últimos cañozaos con monedas en guisa de metralla y a la cabeza de trescientos jinetes, únicos restos de su ejército, hizo una brecha a través del enemigo. Luego de una serie de acontecimientos que el mundo moderno considera como lógicos, después de haber sido uno de los brillantes actores de la lucha contra la metrópoli, O'Higgins fue investido como dictador y encargado de organizar la República. En este nuevo cometido el héroe tuvo el buen sentido de pensar que un soldado no está forzado de ser administrador, financiero, diplomático y se rodeó de hombres especiales que le dieron el apoyo de sus respectivas experiencias. Sin embargo, no pudo dejar de lado su predilección por la obediencia pasiva, lo que fue causa de que las masas populares terminaran por cansarse del yugo terrible que pesaba sobre ellas. Un día, un grupo de notables intimó a O'Higgins de dejar el poder. En esta ocasión el dictador parodió la entrada insolente de Luis XIV al Parlamento ; penetró, cubierto de su sombrero, en el recinto donde estaban reunidos los mandatarios del pueblo de Santiago.

-Ustedes no me asustan, gritó; desprecio la muerte aquí como la desprecié en los campos de batalla.

Fue muy difícil de hacerle comprender que no se trataba de éso, que nadie pensaba intimidarlo, sino que su magistratura se había vuelto insoportable.

Se decidió a abdicar. Y en lugar del dictador que había entrado hacía un momento en la asamblea, salió un simple ciudadano.

Valparaíso, en progreso manifiesto después de la guerra, puede definirse así : gran ciudad europea en miniatura. Sus casas tienen raramente dos pisos, pero sus fachadas, ornadas de columnas, de bajo relieves, de pilastras y de follajes, hacen pensar en la reducción de viviendas parisinas en piedra de Meudon. Aquí, como en el Perú, la arquitectura aparece llena de artificios: poco o nada de piedras talladas, sino ladrillos revocados con cemento, todo disimulado con habilidad por los pintores de brocha gorda. Estos edificios livianos se construyen rápidamente ; apenas un incendio ha devorado un barrio, que los damnificados se ponen manos a la obra y reparan los daños en algunos días. Las piedras puntudas importadas de España son destronadas por el pavimento de madera probado en París. La *manta*, importada de los bordes del Manzanares^(*), ya no es llevada solamente por las mujeres del pueblo. En cambio, las modas europeas, modificadas por el gusto autóctono, cubren con plumas los sombreros elegantes, y de terciopelo de marca prestigiosa los hombros de las mujeres de sociedad. Se siente como un vago perfume de Europa, pero con cierto sensible tono de exageración.

A decir verdad, Valparaíso solo posee una sola calle muy larga entregada a un tráfico extraordinario, prueba de una excelente organización de la compañía de tranvías, que distribuye a sus accionistas muy buenos dividendos. Esta calle presenta, sobre todo al anochecer, una animación que contrasta con la calma lúgubre de las ciudades peruanas. Bajo el resplandor de las luces eléctricas, tranvías, coches, jinetes y carretas se mezclan en un barullo indescriptible.

^(*) Manzanares, río que riega Madrid. Referencia sin duda a la mantilla española. (NdT).

Almacenes europeos llenos de novelas francesas y de artículos de París se extienden sin interrupción hasta la Plaza Victoria. He aquí un almacén chino ; sobre el mostrador domina un verdadero *Celestial*^(**). La admiración general no es causada por los dragones de porcelana ni por las bolas de marfil esculpidas concéntricamente con prodigios de paciencia ; el mercader amarillo (es lo que provoca una sorpresa legítima), abandonando todo prejuicio cortó su trenza, sin tomar en consideración los aprietos de Buda cuando bajará a la tierra para izar al cielo nuestro comerciante. Este chino, privado del famoso apéndice capilar, indica el comienzo de una espantosa revolución y puede ser el comienzo de la conquista del mundo por los Hijos del Cielo. ¡*Caveant consules* !^(***)

Llegamos a la Plaza de la Victoria, dominada por un cerro de cuatro a quinientos metros de altura. En medio de un bosquecillo de aromos, una fuente monumental con cuatro náyades de bronce, sentadas espalda con espalda y rodeadas de guirlandas de farolas. A sus pies, monos del mismo metal se entregan a una lucha encarnizada ; serpientes retorcidas fascinan una presa imaginaria, mientras que ranas colosales parecen listas a saltar sobre los peces del estanque. Al lado de los edificios de la policía hay un teatro incendiado que deja ver el azul del cielo entre sus arcadas abiertas y ennegrecidas. A pesar de la excelente organización de los bomberos chilenos los teatros terminan, aquí como en Europa, tarde o temprano por derrumbarse en llamas. Un lado de la plaza está ocupado por la residencia del señor Edwards, el más rico banquero de Chile. Este capitalista forma parte de todos los consejos de administración, su nombre se pronuncia en todos los negocios importantes y su imagen puede verse en los billetes emitidos por su propio banco. Esta construcción baja, maciza, sin gusto ni estilo da a este colosal financista simplemente la ocasión de mostrar a los ojos de un pueblo presuntuoso varios millones.

La catedral, ubicada igualmente en la Plaza de la Victoria, está construída con ladrillos revestidos de cemento pintado y barnizado ; el conjunto simula hasta dejarse engañar la piedra de talla y el mosaico. No volveremos sobre el tema de las estatuas vestidas que figuran también en las iglesias de Valparaíso ; simplemente diremos que aquí, como en otros lados, se siente esta lastimosa impresión causada por la vista de objetos llevados demasiado lejos en su grado de imitación. Esta impresión es todavía más fuerte en la *Matriz* (antigua catedral), relegada lejos del centro comercial y de los barrios elegantes. Completamente de madera pintada, este edificio es tan viejo que se juzgó prudente proceder a su refección.

En una hornacina color añil, un Cristo más grande que el natural lleva en torno de la cintura un paño de muselina verdadera ; las encarnaciones están consteladas de salpicaduras y surcadas por hilillos de sangre. Muy verdad es que lo feo en el naturalismo no fue resucitado ni por los pintores impresionistas ni por el señor Zolá. El púlpito está transformado en depósito de herramientas ; los carpinteros, rodeados de virutas, silban al cepillar las tablas ; la bóveda, que antiguamente repetía el eco de himnos sagrados, repercute hoy estribillos de canciones pícaras, el ruido de los martillazos y los chirridos agrios de la sierra.

(**) Es posible que el autor haga mención al globo « celestial » o « celestial sphere ». (NdT).

(***) ¡*Caveant consules* ! « Que los cónsules tengan cuidado ». Primeras palabras de una fórmula que se completa con *ne quia detrimenti republica capiat* « a fin de que la republica no sufra ningún perjuicio », y por medio de la cual el senado romano otorgaba a los cónsules los plenos poderes en momentos de crisis. (NdT).

De la Plaza de La Victoria parte la calle del mismo nombre, que conduce al extremo norte de la ciudad. En el ángulo de la plaza se encuentra la logia masónica, verdadero monumento, prueba que estas sociedades misteriosas, un poco discreditas donde nosotros, han encontrado un refugio en Chile.

Los países de ultramar son, con respecto a Europa, lo que es la provincia con respecto a París : las instituciones anticuadas florecen ahí, lo mismo que la moda está ahí siempre en atraso. La colonia francesa fundó aquí la « Estrella del Pacífico » ; los chilenos, sometidos a un rito diferente, se reúnen aparte en el mismo establecimiento.

El « venerable » nos hace los honores de la logia y, sin divulgar los secretos que deben ser conocidos únicamente por los iniciados, nos conversa largamente sobre los neófitos, de la bóveda de acero, de las pruebas preliminares y de Hiram^(*), el fundador de la secta. Pero si los ritos ofrecen algunos matices, ellos no impiden que los masones se reúnan frecuentemente, y entre dos obras filantrópicas encuentran en los ágapes fraternos un agradable medio de matar el tiempo.

Siguiendo la calle Victoria se encuentra, al lado de hermosas residencias, ruinas de adobes, construcciones en chapa ondulada, cabañas de tablas rebeldes a la ley del alineamiento. Este barrio no está todavía terminado, aunque se embellece cada día. La estatua monumental de Cristóbal Colón adorna un cruce. « *A Colón, el pueblo de Valparaíso* », se lee en su pedestal.

El célebre navegante muestra con la mano izquierda el suelo americano ; y en la mano derecha tiene una espada, símbolo del mando que le dieron Isabel y Fernando. Es la mejor obra que existe en la ciudad. A cada paso hay embotellamientos ; largas filas de carretas, tiradas por cuatro pares de bueyes, se empujan en medio de la calzada ; vendedores de limonada, a caballo, trotan sobre el pavimento resbaloso ; los tranvías van y vienen ; coches de punto inverosímiles, cuyos caballos dejan lejos detrás la caballería legendaria de los pequeños carruajes, sufren violentos sobresaltos al rodar sobre las piedras desiguales. Los cocheros, vestidos con un *poncho* rojo, fumando con descuido gruesos cigarros azotan con toda fuerza su caballos. Tan amables como los nuestros, no dejan de lanzar algún epíteto sonoro al pasar cerca de sus colegas.

Aquí está el jardín municipal, cuya creación remonta a la guerra del Pacífico ; las plazoletas de Lima han contribuido de manera importante a su ornamentación. En medio de bosquecillos de cedros y de aromos hay estatuitas de mala calidad, en falso bronce, que están condenadas, por delitos desconocidos, a ocupar sobre zócalos de falso mármol posiciones de equilibrio inestable.

Los *cerros* no son los barrios menos interesantes de Valparaíso. Aquí, nada de grandes calles, nada de animación ; caminos cortados por los terremotos e inclinados en 45°, puentes suspendidos sobre abismos, escaleras que la gente del lugar suben a

(*) Hiram, orfebre fenicio, hijo de un tirio y de una mujer israelita, fundió, para el Templo de Salomón, los vasos y ornamentos en metal. Según la tradición masónica, Hiram fue asesinado por tres *compañeros*, envidiosos por su talento. La historia de su muerte figura todavía simbólicamente entre los principales ritos de las logias durante las ceremonias de recepción al grado de *maestro*. (NdT).

caballo. Los numerosos pasajes que conducen a ellas desembocan en la calle principal ; un ascensor inaugurado recientemente lleva en dos minutos a la cumbre del Cerro Alegre. Al comienzo de uno de estos caminos abruptos y embarrados se encuentra una estatua que, teniendo en cuenta la forma de su sombrero, podría tomarse como la de un policía ; pero la manguera replegada varias veces sobre sí misma al pie del personaje, saca de dudas : esta imagen representa un bombero.

Este monumento, levantado a la memoria de un grupo de héroes oscuros, Blackwood, Rodríguez y Lawrence, muertos en un incendio, lleva la leyenda : « *Muertos en servicio, el 24 de febrero de 1869 ; fueron virtuosos cumpliendo su deber ; ¡honor a los que morirán así !* ».

Lo que está muy bien. Esta leyenda, llena de enseñanzas, de glorificación del sacrificio, merece todo nuestro respeto ; pero, ¿por qué disfrazar esta glorificación bajo una forma tan poco artística ? Chile no es el lugar indicado para seguir lecciones de estética.

Al llegar al Cerro Alegre se encuentran muchos niños con pantalones cortos y con cabecitas rubias de cabellos rizados que hacen pensar a las orillas del Támesis y a las del Sprée^(*) . Por lo demás, las habitaciones de los alrededores recuerdan de manera sorprendente las casas de campo inglesas ; todo, por lo menos en el exterior, parece concurrir a obtener esta comodidad que a nuestros vecinos del otro lado de La Mancha les gusta tanto. Estas casas de recreo que, aunque sin elegancia son tan limpias, transportan el *home, sweet home* a las orillas del Pacífico. Aunque, en homenaje a la imparcialidad, debemos señalar el gusto dudoso con que se las ha decorado : los muros pardos brillantes, con frontones blancos y postigos verdes ; las puertas verde claro, los balcones amarillos sobre fondo color carne sorprenden el ojo sin alegrarlo. El cerro está surcado de caminos dirigidos hacia el mar, o en sentido perpendicular. Al cabo de los primeros se ve, a lo alto, la montaña pelada ; abajo se ve la rada dominada por las cumbres nevadas de la Cordillera. En los extremos de las arterias transversales se divisan los otros cerros coronados por *casitas* rojizas.

Al borde de las terrazas se goza de una vista magnífica. La amplia bahía de Valparaíso, atestada de navíos de todas las partes del mundo, se extiende al pie de los contrafuertes de la Cordillera de Los Andes ; el Aconcagua, gigante entre los volcanes de la cadena, domina el conjunto desde lo alto de sus 21.000 pies. Casitas multicolores se empinan sobre esos contrafuertes, se apretan en los valles, se amontonan en la cima de las crestas, se estiran a lo largo de las laderas, o, suspendidas sobre pilotes, ellas parecen a punto de derrumbarse al más mínimo soplo. Caminos tortuosos desuellan el flanco del cerro hasta la ciudad, cuyos techos plomizos chispean. La tierra rojiza está erizada de áloes y de cactus, de plantas carnosas parecidas a haces de cirios. De la terraza a la ciudad es un dédalo de escaleras, de barreras en zigzag, de senderos escabrosos, de cenadores verdegueantes ; es un amontonamiento de casas encaramadas, de muros verticales sobre el abismo, de campanarios singularmente recortados.

Hemos visto que la población de Valparaíso se eleva, en cifras redondas, a cien mil almas. Se comprenden en este número mil franceses, italianos, ingleses y especialmente alemanes, cuya influencia no cesa de acentuarse. El gran comercio

(*) Spree : Río de Alemania, que atraviesa Berlín. (NdT).

está de tal manera entre las manos de Su Majestad Británica y de S. M. Guillermo de Prusia, que se les puede considerar como los abastecedores habituales de la República de Chile, la que hace como que no sabe. Entre los extranjeros, son los alemanes los que gozan de la más grande consideración ; son por lo demás bastante numerosos y su inmigración tomó proporciones alarmantes después de la guerra con Francia. Egresados de esas escuelas comerciales que son en Alemania tan numerosas como las universidades, llegan aquí poseyendo una instrucción extensa y persuadidos de que la probidad continúa siendo la primera piedra de todo edificio comercial. Trabajan lentamente pero seguramente ; su amor por el *Vaterland* no les impide de casarse con chilenas y de arraigarse definitivamente en Valparaíso. La costa del Pacífico terminará por convertirse en una verdadera colonia alemana. Lo que hace, en parte, la fuerza del colono alemán es que el consumidor tiene ventajas cuando se abastece donde él. Desde 1870, se diría que la Alemania, extirpándonos nuestros miles de millones, ha penetrado nuestros secretos de fabricación y que ha asimilado una parte de nuestro gusto nacional. Hoy Nuremberg, Goettinguen, Magdebourg, fabrican esas inutilidades a las que se da el nombre de artículos de París, casi tan bien y con más ventaja que nosotros, porque la mano de obra es allá menos cara que en Francia. Esto es tan real, que tal comerciante francés, incapaz de vender con un beneficio suficiente los productos de origen auténtico, pide estos artículos a la Alemania, y él mismo tiene dificultades para reconocer su origen, incluso luego de un examen muy atento.

Por otra parte, los chilenos emplean de buen grado ingenieros y médicos venidos de Europa ; pero entre estos útiles auxiliares efectúan una selección, y los franceses en particular, que en Perú gozan de algunas simpatías, son aquí universalmente detestados. Dos razones han sido la causa de esta aversión aguda. Se sabe que hacia el final de la guerra del Pacífico, los chilenos querían bombardear y destruir la ciudad de Pizarro, después de haberla previamente saqueado. Este proyecto siniestro iba a pasar a las vías de hecho y los chilenos distribuían ya a sus regimientos, a manera de boleta de alojamiento, las calles que se les cedía para el pillaje. El almirante francés Dupetit-Thouars protestó enérgicamente ; el almirante inglés se pronunció en el mismo sentido y los chilenos se inclinaron, pero sin perdonar. Además, en el mes de abril de 1884, las potencias europeas levantaron una protesta contra ciertas cláusulas del tratado concluído en Ancón entre Chile y el Perú. Con razón o sin ella, los chilenos creyeron que Francia estaba a la cabeza del movimiento. Todavía se acuerdan.

Conclusión : La influencia francesa, representada por lo demás en Chile por un número ínfimo de nuestro compatriotas, tiende a atenuarse y a desaparecer frente a la alemana que, al contrario, agranda cada día.

IV

LOS INTERMEDIOS (PUERTOS SECUNDARIOS)

DEL PERÚ Y DE CHILE

El Callao.- Arica y Tacna (caravanas de llamas).- Pisco (Islas Chinchas).- Iquique (visita a las salitreras de La Noria).- Pisagua.- Lota (minas de carbón).

Perú es una de esas palabras mágicas que evocan en el espíritu del bajo pueblo una idea de riqueza y de hermosura ; se imagina con entusiasmo un paisaje magnífico, na población rica, ciudades suntuosas. Estas ilusiones no resisten a la primera mirada. A lo largo de cinco mil kilómetros, la costa peruana no presenta otra cosa que un vasto desierto sin un átomo de tierra vegetal. Aquí y allá algunos álces agudos como hojas de sables rompen este suelo ingrato, vegetación embrionaria que contiene en gérmen los bosques del futuro. Senderos oblicuos, trazados por las caravanas sobre el flanco de los morros, unen las mesetas a las ensenadas del litoral, donde duermen navíos al ancla. De espacio en espacio, los acantilados son cortados por anchas *quebradas*, al fondo de las cuales se divisa muy alto, en las nubes, las cumbres nevadas de la Cordillera.

Y sin embargo la raza humana se aferra a esta tierra maldita y, por decirlo así, forzó la naturaleza, creando de la nada centros industriales y depósitos : Callao, Pisco, Arica, Pisagua, Iquique, Antofagasta, Caldera, Coquimbo, Lota ; todos están a la cabeza del ferrocarril, que permite el intercambio de materias indispensables a los trabajadores contra los productos del interior. Estos productos son más abundantes que variados : en Pisco son los vinos ; en Arica es el comercio boliviano ; en Pisagua e Iquique, es el nitrato de soda ; en Antofagasta y Caldera son los minerales ; en Coquimbo es el cobre ; en Lota, el carbón.

1

EL CALLAO

Cerca del Callao, roqueríos horribles muestran su cabeza rodeada de espuma ; los peruanos, muy aficionados a las metáforas, las llaman *palomitas*. Mas lejos, la isla de San Lorenzo levanta a cuatrocientos metros sobre las olas su pardo espinazo flaco. Se diría que una mano gigantesca derramó sobre la cresta de esta isla torrentes

de arena que se derraman ahora en las hendiduras. El peñón amarillento, rayado de estratos de hulla, tiene el más desolado aspecto ; sobre las protuberancias, el guano se desparrama en manchas blanquecinas ; de pie, en la base, piedras extrañamente esculpidas hacen pensar a los ídolos de la Isla de Pascua. Los pelicanos baten pesadamente sus alas ; las focas, arrastradas por la corriente fría del polo, vienen a respirar ruidosamente en la superficie del mar ; grandes peces saltan fuera del agua y sus escamas, azotadas por un rayo de sol, chispean como láminas de plata.

Se acostumbra llamar rada del Callao a un brazo de mar comprendido entre tierra firme y la isla de San Lorenzo. La afluencia de navíos es tal que, desde el mar, El Callao se reduce a algunas manchas de color dominadas por los macizos de la Cordillera. Apenas se divisa el campanario de la catedral, la torre de la estación americana ; un fuerte dañado, reventado, demolido por los proyectiles chilenos, en el cual los españoles, acosados por todas partes, se defendieron durante largo tiempo hacia el final de la guerra de independencia. La fortaleza fue sitiada por el ejército republicano y los víveres comenzaron a faltar. Un día el comandante supo que la palabra « capitulación » circula de boca en boca. Inmediatamente reunió la guarnición y le dijo más o menos lo siguiente : « Ustedes saben que la resistencia se hace cada día más difícil y más penosa, nos faltan los víveres, razón por la cual pienso poner la ciudadela entre las manos de los rebeldes. Sin embargo, antes de decidirme, me gustaría conocer vuestra opinión ; ¿que los que piensan que hay que rendirse, que rompan fila ! ». Salió una docena. El coronel los puso contra un muro y los hizo fusilar incontinentemente. Los españoles pudieron resistir todavía seis meses más.

Callao, ciudad marítima, ciudad cosmopolita está atravesada por calles derechas con casas bajas pintadas con colores vivos. Verandas y campaniles, perfiles inesperados, conjuntos más raros que agradables a la vista. La calle de la *Constitución*, bordeada de casas de madera pintada, debería llamarse calle de los Cambistas : ahí se encuentran a cada paso los negocios de cambio, lo que por lo demás se comprende, visto el gran número de extranjeros y las fluctuaciones diarias de la tasa de las monedas. Luego de haber dejado atrás un cuartel color sangre de buey coronado por un frontón blanco, se llega a la Plaza de la Catedral. Miradores azules y rojos se destacan contra el cielo ; microscópicos molinos de viento destinados a elevar el agua, pero de un efecto decorativo mediocre, coronan las viviendas. Al centro, una reja de fierro delimita una plazoleta en miniatura ; los barrotes quebrados en varios lugares y reunidos por medio de alambres, dejan ver que el ejército de ocupación pasó por ahí. Hacia el sur, en Tacna, los chilenos hicieron peor : se entretuvieron decapitando las estatuas de mármol. *Lugete, Veneres Cupidinesque*^(*).

Un lado de la plaza está ocupado por la catedral ; al acercarme retrocedo de horror : una fuente, llena de monedas, está puesta sobre una mesa entre dos calaveras. Este espectáculo naturalista, usado frecuentemente en los países de influencia española, tiene por fin de recordar que los *centavos* y los *soles* debidos a la generosidad de los fieles servirán a pagar misas por el reposo de las almas del purgatorio. La estación del *Ferrocarril Transandino* está frente a la iglesia ; es la

^(*) *Lugete, ó Veneres Cupidinesque*. Verso latino que quiere decir Llorad, Venus y Cupidos, primer verso del pequeño poema de Cátulo (87 aC-54 aC), sobre la muerte del pajarillo de Lesbia. Este verso es empleado para deplorar la pérdida de un ser bello y gracioso. (NdT).

cabeza de línea de este ferrocarril que, por innumerables circuitos, debe unir las dos vertientes de Los Andes, franqueando un paso de cinco mil metros de altura.

En esta plaza se hacen sorteos de una lotería en provecho de una Sociedad de Beneficencia. Dos caballetes que sostienen un tablado, un pedazo de tela en guisa de tienda, es todo el aparato. Sobre la tarima, tres *caballeros*, rigurosamente vestidos de negro apuntan los números salidos. En Perú casi no se hace limosna por otro medio que la lotería.

Las tiendas, alternativamente francesas, inglesas, alemanas, italianas, chinas, españolas, se suceden sin interrupción. En esta torre de Babel uno se pregunta : ¿Y dónde se esconden los peruanos ? No obstante, el parecido no llega a provocar la confusión de los idiomas : cada tienda arbora un letrero en el que se lee : *Todo al contado* ; los compradores inspiran una confianza moderada. Y este mismo texto invariable se ve tanto en los almacenes donde se confecciona zapatos y prendas de vestir, que en aquéllos en que se expende canela o bien ataúdes.

De los dos lados de la calzada erizada de piedras puntudas, los alineamientos de las casas bajas van a morir en el valle de Lima. Hacia los extremos de la ciudad, casitas construídas en un nivel más bajo que el de las veredas, ya no son otra cosa que una serie de tabernas de mala fama y de restaurantes chinos iluminados, la noche, por lámparas humeantes. Estos tugurios de veinte pies cuadrados presentan, en grado sumo, las características de las viviendas insalubres. En un rincón hierve una cacerola ; un chino, grave como Buda, dormita frente a una mesa cargada de pescados secos, de carne ahumada, de patos lacados, de ajíes colorados.

En la noche sólo se encuentran soldados ebrios y algunos autóctonos atrasados ; los silbatos de los *serenos*, los acordes melancólicos de la guitarra son los únicos que turban el silencio nocturno. Algunas veces hay pianos mecánicos instalados frente a las tabernas; un hombre con *poncho* rojo da vueltas gravemente a la manivela ; grupos de aficionados hacen ondear los pañuelos bailando la *zamacueca* (**). Los transeúntes se detienen, forman corro y miran sin pestañear los diversos pasos de la danza nacional, mientras que los sonidos agrios se repercuten de eco en eco.

Toda la actividad del Callao se concentra en *Muelle y la Dársena*, de la Sociedad General. Se llama así un puerto artificial donde los náufragos descargan su cargamento con rapidez y seguridad. En 1869, el gobierno entregó la concesión de esos docks a un grupo de negociantes peruanos. Pero según la costumbre éstos, no habiendo podido reunir los capitales suficientes, se dirigieron a la Sociedad General, que tomó el asunto en mano e invirtió en trabajos diversos una suma evaluada en alrededor de sesenta millones.

El puerto mide quinientos metros de largo por doscientos cincuenta de ancho. Sus malecones son de albañilería, cosa bastante rara en este país donde todo se construye en tablas. Los remolcadores de la Compañía van a buscar los navíos al exterior ; éstos cargan y descargan en el Muelle ; en seguida se les reconduce a la rada luego de pagar un derecho de aproximadamente diez francos por tonelada de carga y de cinco francos por tonelada de los navíos. Encima de un bosque de

(**) El autor escribe *semacuca*. (NdT).

mástiles flotan los pabellones de todos los pueblos. Los paquebotes que traen los frutos del Norte y el ganado del Sur derraman sus contenidos sobre los muelles por medio de grúas a vapor. Las locomotoras cargan todo sobre una vía conectada con las dos grandes líneas del Perú.

El Muelle, verdadero arsenal, fue organizado por el señor comandante de Champeaux, de la marina militar francesa. Antes de la guerra peruano-chilena, la Compañía fabricaba el gaz necesario a su alumbrado ; ella agrandaba los docks día a día ; subvenía por sí misma a las reparaciones de sus construcciones y de sus máquinas. Pero durante la lucha, en ejército peruano transformó el gasómetro en reducto, los malecones en murallas almenadas y obstruyó los canales hundiendo en ellos algunos navíos. En cuanto vino la paz, todo fue devuelto a sus funciones primitivas. Balas oxidadas, algunos viejos cañones, los navíos de la marina peruana puestos de nuevo a flote y utilizados como depósitos de carbón quedan como únicos testigos de la lucha pasada. No lejos de la entrada del puerto se divisan otros navíos echados a pique hace un tiempo por las balas de cañón chilenas ; algunos gallinazos encaramados sobre las cuerdas y apretados unos contra otros, parecen largos rosarios de semillas negras.

II

PISCO

Miren, a través de los pelícanos que dan vueltas, esta mancha verde en medio de la arena, y esas casas acampadas en torno a un campanario : Éso es Pisco. Hasta ahí la costa es tan árida que el pequeño oasis parece un maravilloso Edén. ¡Pero cuánto trabajo para llegar a él ! Primero se franquea una escollera de seiscientos metros de largo que conduce a una duna de arena. Un tranvía une, según se dice, el embarcadero a la ciudad ; se asegura que parte cada media hora. Lamento de haber divisado sólo los rieles. Concebir el proyecto de franquear a pie, bajo un calor tórrido, la interminable duna es sin duda una resolución digna de los tiempos antiguos. El camino es *ascendente, arenoso, difícil*^(*) ; uno se hunde hasta la rodilla en la arena blanda. Cañas plantadas a cada lado del camino parecen repetir, al entrechocarse, lo que contaban del rey Midas^(**). Por fin se ven algunas higueras, las casas, la catedral ; casitas bajas y miserables, iglesia en ruinas ; éso es el *pueblo* ; chinos y negros sórdidos, arrugados, en harapos, ésa es la *población*. Pisco ya no es nada desde que se agotaron las islas Chinchas ; sólo es el depósito, el puertos si se

(*) *Montant, sablonneux, malaisé* : primer verso de la fábula « El coche y la mosca », de Juan de La Fontaine (1621-1695). Fábula conocida en castellano con el título de « La mosca y los caballos ». (NdT).

(**) Según la leyenda, Midas fue castigado por Apolo, quien le dio orejas de asno. Para esconder su defecto Midas se ponía un gorro frigio. El único que conocía su secreto era el barbero, al que le prohibió divulgarlo. No pudiéndolo soportar, el barbero hizo un hoyo en la tierra, le murmuró el secreto y luego lo tapó. De ahí nacieron cañas que cuando eran movidas por el viento contaban que Midas tenía orejas de asno. (NdT).

quiere, del oasis de Ica el cual, según dice la gente del lugar, produce vinos capaces de rivalizar con los nuestros.

El cónsul de Francia, consiente en recibirnos y nos muestra la iglesia, único monumento a visitar aquí. La basílica cristiana tuvo en otro tiempo su momento de esplendor. Hoy se diría que cayó entre las manos de los *gentiles*. Las campanas permanecen mudas ; los dos campaniles se levantan tristemente ; el yeso de las murallas se cae de vetustez ; las cruces colocadas en la cima de los frontones se inclinan de tal manera que su caída parece inminente. Empujemos la puerta carcomida : el chirrido de los goznes hace resonar la bóveda, un rayo de sol se pierde en la profundidad iluminando, al final de la nave desierta, el altar mayor dorado con sus columnas salomónicas, sus hojas de acanto, su baldaquín, sus follajes. Durante la guerra del Pacífico, la bandera chilena flameaba en Pisco, mientras que los soldados extranjeros, menos respetuosos aquí que lo fueron en Lima de los bienes eclesiásticos, fueron los héroes de una aventura que todavía hace el gasto de las conversaciones. Un oficial, habiendo encontrado en la iglesia una Virgen que le gustó, juzgó oportuno apropiársela. Entonces hubo una amarga queja del cura, reclamación del arzobispo de Lima, sumario ordenado por el almirante Lynch, comandante de las fuerzas chilenas, y por último allanamientos al cabo de los cuales se encontró el famoso lienzo. Desde entonces ya no figura en el lugar santo ; escondido de todas las miradas, las peticiones más apremiantes encuentran inflexible el guardián encargado de su custodia.

Esta porción del litoral es por excelencia la morada de los peces y, naturalmente, de las aves marinas : los unos no van sin los otros. Por éso es que en Pisco se encuentran los yacimientos de guano más importantes del Perú. Desde la ciudad se divisan las famosas islas Chinchas, cuya explotación acopió durante tan largos años la mayor parte de los ingresos peruanos. Estas islas están hoy desiertas ; las rocas horadadas forman arcos y puentes ; los lechos calcáreos sondeados, explorados rastrillados en todos los sentidos muestran desgarraduras y barrancos. El guano de estas islas era el más solicitado porque, al no sufrir ningún lavado (no llueve nunca en Pisco), el amoníaco se conserva integralmente ; y como el precio de la materia se establece según el número de *unidades de azote* que contiene, este valor alcanzaba aquí su máximo. Esto es tan verdadero que la diferencia entre el precio del abono recogido en las islas Chinchas y el de otras proveniencias, se elevaba a hasta veinticinco francos por tonelada. Antes de la conquista española, los Incas industriosos utilizaban ya este producto para mejorar sus tierras, y los peruanos continuaron utilizándolo hasta que, en 1802, A. de Humboldt lo dio a conocer en Europa como materia fertilizante. Pero el Viejo Mundo, que presume de progreso, sólo lo utilizó cuarenta años después. Desde entonces, su consumo en el extranjero aumentó rápidamente : en 1877 se exportaba 279.983.125 toneladas de guano, produciendo al Perú un ingreso neto de 32 millones.

Al principio, el gobierno tuvo la intención de proceder por sí mismo a la explotación. Para obviar a la falta de brazos, hizo llamados incesantes a los chinos. No es necesario de recordar aquí las escenas de las cuales las islas Chinchas fueron el teatro. ¿Quién no ha escuchado hablar de los rigores y de la crueldad con los cuales se trató a los culis ? En 1873 Sir Charles Wingfield hacía resonar la tribuna de la Cámara de los Comunes con el relato de esas infamias, y un estremecimiento de horror recorría esta asistencia, la que sin embargo no puede decirse que tiene una sensibilidad excesiva. Los tormentos sufridos por estos desgraciados merecen

permanecer en todas las memorias. La mayoría trabajaba en la oscuridad. Descendidos al fondo de grandes pozos, manejaban la picota bajo el ojo alerta de los capataces. A la más leve disminución del ritmo de trabajo, grandes negros ensangrentaban las espaldas de los trabajadores por medio de látigos con puntas agudas. En otros casos, un ayudante arroja el trabajador de cara al suelo y si la víctima trata de levantarse se retiene su cuerpo trémulo apoyándole un pie entre los hombros. Al mismo tiempo los negros golpean con violencia, dejando al chino muerto en el lugar. En la noche, encadenados de a dos, las negras sombras de estos condenados desfilan lentamente sobre las crestas rocosas. Sólo las máximas de Confucio entregan a estos desafortunados consolaciones impotentes. La mayoría de entre ellos buscaban en el suicidio un alivio a sus males. Esta escapatoria, hecha una práctica general, terminó por ser considerada en las cuentas de pérdidas y beneficios. En veinte años perecieron más de cien mil. El sistema de los *Conquistadores* con respecto a las poblaciones aborígenes reaparecía a la luz : era retroceder tres siglos.

El Perú no siempre pidió al Imperio del Medio estos auxiliares indispensables. Indígenas de los archipiélagos de la Oceanía, arrancados brutalmente del suelo que los había visto nacer, fueron trasplantados aquí para servir de instrumento a la codicia de los explotadores. En 1863 varios navíos arbolando pabellón peruano, echan el ancla en la Isla de Pascua. Animados por intenciones pacíficas, los insulares acuden en masa en sus piraguas, cuando de repente los remeros son capturados, encadenados, raptados y arrojados en la islas Chinchas. Entre estos esclavos, muchos perecieron. Aquéllos que el gobierno peruano devolvió a su isla volvieron aquejados de una afección contagiosa, la viruela, que hizo estragos entre sus compañeros. Así, la incursión que hizo el Perú en la Isla de Pascua fue doblemente funesta ; su acción se perpetuaba a la distancia por el cruel azote, cuyos sobrevivientes habían llevado los gérmenes.

El Perú, para eximirse de los mil cuidados y de la previsión exigidos por una explotación de ese tipo, arrendó más tarde los depósitos y dejó excavarlos por un precio convenido. Todos los pueblos obtuvieron con esta medida inmensas ventajas. En cuanto al gabinete de Lima, él firmaba y obtenía con ello las sumas prometidas. En los últimos presupuestos de ingresos, el guano figuraba por una cantidad de más de cien millones. Hoy día, lo hemos dicho, los yacimientos de las islas Chinchas están agotados.

III

PISAGUA

Un puñado de casitas multicolores echadas en el fondo de un embudo de granito : así es Pisagua. Esta aldea, cuya única razón de ser consiste en la

explotación del nitrato de soda, posee sólo una calle, paralela a la orilla del mar ; a la derecha y a la izquierda hay viviendas de madera pintada o de lata ondulada, algunos almacenes y muchas tabernas. Los comerciantes duermen al fondo de oscuras tiendas en medio de plátanos y de sandías traídos cotidianamente por barco. Porque el suelo de Pisagua no produce más que los puertos adyacentes. Ahí se vive como sobre un navío : todo viene del exterior. En la extremidad de las callejuelas cerradas por roqueríos abruptos, trenes con salitre descienden las pendientes pronunciadas ; la arena se desliza a lo largo de los terraplenes y a pesar de los sacos llenos de piedra que sirven de muro de contención, ella se acumula en verdaderas dunas. Este ferrocarril que se prolonga hasta Agua Santa (a noventa kilómetros hacia el interior) pone en comunicación las *oficinas*⁽¹⁾ de las mesetas. Es el canal por donde pasan todos los salitres. Esta línea, construída por un peruano, fue en seguida cedida (es el caso general) a una compañía inglesa, su acreedora sobre hipoteca. Esta explotación, erigida desde el comienzo en monopolio, es de lo más remuneradora ; ella no para nunca y los gastos de mantención son casi nulos.

Las exportaciones de Pisagua alcanzan a la mitad de las de Iquique, su rival, o sea doscientos cincuenta millones por año. Generalmente hay siete u ocho barcos en la rada de este pequeño puerto, pero anualmente solamente un navío francés llega aquí. Diez de nuestros compatriotas, incluyendo en esta cifra los de las usinas, llevan una existencia poco envidiable. Uno de ellos, víctima del incendio producido por un bombardeo chileno (1879), perdió en un día el fruto de diez años de trabajo y de exilio ; con gran coraje se puso de nuevo manos a la obra. Iquique y Pisagua, los dos rivales, son muy envidiosos uno del otro, y cuando un siniestro golpea uno de ellos, el otro no puede impedirse de dejar ver su alegría. Un día del mes de abril de 1884, el telégrafo traía la noticia desastrosa : « ¡ Iquique arde desde hace cinco horas ! ». A pesar de su compañía de bomberos, Iquique estaba en efecto en llamas, por la sexta vez desde su fundación.

Pisagua, construída igualmente con madera para paliar a los riesgos de los *terremotos*, debe temer grandemente los incendios, pero menos feliz que su rival no posee la más mínima bomba. En 1879, el desembarco se hizo a la luz de las llamas provocadas por el bombardeo. Y como lo decía de manera muy acertada el compatriota de que hablábamos hace un instante : « Estamos todos condenados a morir por el fuego ; sólo es cuestión de tiempo ». Es seguro que las casas recalentadas por un solazo, bajo un cielo siempre límpido, se incendian como una gavilla de paja. Los desafortunados habitantes están a merced del primer individuo que, por malevolencia o por torpeza, dejará caer un fósforo en una casa. ¿Existe una vida más precaria ?

⁽¹⁾ Usinas de nitrato de soda. (NdA).

IV

ARICA Y TACNA

Imposible imaginar un sitio más desolado, un paisaje más triste que el del Valle de Azapa, al borde del cual el *pueblo* de Arica reúne sus casas sombrías. En el valle cabalgan fantásticos levantamientos, cabezas arenosas entre las cuales algunas pinceladas verduscas simulan pequeños oasis. Pero aquí, como en el teatro, hay que contentarse con el efecto lejano : olivos de follaje apagado, matas de boj dispersas, componen ramos de verdura, proyectándose los unos sobre los otros.

Arica está construída sobre un centro de acción volcánica, por lo que muchos desastres sucesivos determinaron el tipo de construcciones. Extremadamente bajas, parecen todavía más aplastadas por un peñón de cuatrocientos pies de altura, el Morro, se levanta al sur de la ciudad. Siete u ocho calles perpendiculares (muchas de ellas no llevan nombre : ¿quién puede decir si mañana no estarán cubiertas de ruinas ?) atraviesan Arica de parte a parte ; bordeadas de casas rojizas o azules, están pavimentadas con piedras redondas, según la costumbre española. Las terribles lecciones dadas a los habitantes por los *terremotos*, han dado sus frutos : de tarde en tarde hay espacios vacíos que permiten a la población de acampar en caso de nuevo cataclismo. Cuando la tierra comienza a moverse, cada cual se precipita al exterior y espera, golpeándose el pecho, que suceda lo que venga. Después de la guerra del Pacífico, la bandera chilena flamea en lo alto del Morro. Este cerro, que los peruanos creían inexpugnable sirvió de último refugio a los defensores de Arica. En vano los peruanos instalaron sus baterías eléctricas bajo la protección de la cruz de Ginebra, esperando así engañar al enemigo ; los artefactos destinados a hacer volar a los chilenos, destruyeron los fuertes de Arica matando más defensores que atacantes. El ejército chileno desembarcó sin obstáculo, escaló las pendientes abruptas y derrotó a la artillería peruana instalada en la cumbre de la eminencia. El comandante del fuerte habiéndose despeñado con su caballo sobre las rocas de la playa, a una profundidad de cuatrocientos pies, el Perú hizo de este personaje el héroe de una epopeya, elevando este accidente al rango de resolución caballeresca. Ellos dicen que este oficial se precipitó en el abismo con el fin de no caer entre las manos de los enemigos, que fusilaban todos los prisioneros, temiendo que estorbaran la marcha si los conservaban.

A toda hora del día las calles están casi desiertas; algunos chinos transportan corriendo agua en dos cubos metálicos, suspendidos por medio de cuerdas en cada extremidad de una vara puesta horizontalmente sobre el hombro ; se ven *cholos* curvados bajo el peso de bultos increíbles, negros montados en asnos pequeñitos, indias que llevan sombreros de hombre, escasos europeos que han llegado al último grado de la anemia ; estos desgraciados no pueden resistir las *tercianas* (fiebres palúdicas) provocadas por los miasmas del valle de Azapa ; jinetes indígenas entran en las tiendas sin bajarse de sus monturas. En un patio se divisan dos plantas de

maíz ; en otro una araucaria descarnada. En Arica, el lujo de las plantas recuerda las fantasías de Sardanápalo

En la intersección de dos calles hay un punto marcado por un pozo que se relaciona con un triste recuerdo. En 1868, durante el famoso terremoto que destruyó la ciudad, un comerciante llamado Vacaro acababa de sufrir una amputación ; incapaz de huir iba a desaparecer bajo los escombros, cuando uno de sus servidores lo depositó en un bote y lo abandonó a su suerte ; la embarcación, habiéndose convertido en el juguete del maremoto, se fue mar adentro, volvió con las olas y finalmente encalló frente a la iglesia. Pero este desgraciado, salvado milagrosamente, no iba a tardar en perecer. Porque algunos meses después su cajero cometió una falsificación e hizo unas malversaciones. Vacaro descubrió que en vez de ser rico se encontraba en una situación vecina de la inopia. Incapaz de soportar parecido revés, se precipitó en el pozo de la calle San Marcos, y ahí se ahogó, por supuesto.

En un extremo de la ciudad, al borde del mar, se encuentra la estación de ferrocarriles hacia Tacna. Los vagones ruedan hasta los muelles de embarque, lo que permite a los navíos de cargar con una relativa rapidez. En los alrededores hay muros grises que levantan tristemente sus paredes, mientras que el sol aparece resplandeciente entre los intersticios. Bandadas de gallinazos planean sobre estas ruinas, ávidos por descubrir alguna presa. Este paisaje, en que los tintes neutros predominan, tiene un aspecto siniestro.

Antes, la ciudad era más importante, si se juzga por las ruinas dispersas en la planicie. El nuevo *pueblo* sólo dará una magra materia al próximo *terremoto* ; todavía no se atreven a construir sobre las antiguas fundaciones, pero la audacia no tardará a venir. Uno se acostumbra a todo, incluso a la amenaza constante de una destrucción total.

Arica debe sus riquezas al tráfico con Bolivia, lo que obliga a pensar que es por esta razón que se la reconstruye con obstinación. Su pasado está lleno de estas tentativas. En 1605 fue arruinada por una primera catástrofe, y ya en 1680 se había reconstruido al punto de que el filibustero Dampier, que vivió tanto tiempo a expensas de las colonias española, no desdeñó de saquearla de arriba abajo. Dos siglos más tarde y en dos ocasiones diferentes (1868 y 1877), fue destruida de nuevo por sacudidas volcánicas. Como el ave fénix, Arica renace siempre de sus cenizas.

La ubicación de Arica y los terrenos circundantes no cesan de elevarse ; el mar se retiró de ciento cuarenta y cinco metros en cuarenta años y a cada terremoto las aguas vuelven a sus antiguos límites ; se diría que el Océano tiene ciertas veleidades por reconquistar, de un golpe, el terreno que abandonó poco a poco. Fue en el valle de Azapa que las olas del maremoto de 1868, dotadas de una velocidad irresistible, se estrellaron con sus volutas gigantescas ; la espuma saltaba al pie de las montañas, el agua subió muy alto sobre sus laderas inclinadas. De la ciudad industriosa sólo quedaron las casas en ruinas y el puerto devastado.

Bajo un cielo casi siempre azul, mientras que el sol irradia sobre la planicie, los vapores se aferran a las crestas de la Cordillera. Pero al declinar el día, cuando los vapores se levantan, se goza de un espectáculo magnífico. Esta ancha planicie, ella

misma tan desnuda, tan árida, tan triste, inundada de una luz rojiza, se vuelve casi hermosa. Las sombras alargadas ponen singularmente en valor los claros de las murallas y de los montículos ; los macizos de Juan Díaz se tiñen de violeta ; los ángulos del Morro se suavizan y todo se funde en una armonía universal. Estériles, privadas de vegetación y de vida, las cimas redondeadas cada vez más altas se suceden hasta las cumbres de Los Andes que recortan sobre las nubes sus aristas agudas. Por encima de Arica tenemos el Parinacota, el Sahama, el Gualateiri. Mirando hacia la izquierda se divisa, a más de quinientos kilómetros, el Misti, volcán de Arequipa ; luego, sobre la meseta del Titicaca, esas pirámides plateadas que se llaman Chipicani, Ancochallani, Kenuta ; el más pequeño de estos gigantes levanta su cabeza a veinte mil pies sobre el nivel del mar.

Arica está unida a Tacna por un ferrocarril que recorre ochenta kilómetros. Esta última ciudad es la capital del departamento de Moquegua. Esta línea se prolongará próximamente hasta el lago Titicaca, sobre el altiplano de Bolivia. Otra línea férrea une el puerto de Mollendo a Arequipa y Puno, ciudad situada a orillas del lago y que está en comunicación con la capital boliviana, La Paz, por un servicio de barcos a vapor.

Así, los productos bolivianos tienen dos salidas : Puno-Arequipa-Mollendo y Puno-Tacna-Arica. Hasta el tratado de paz, concluído a fines de 1883 entre Chile y Perú, la flota chilena bloqueaba el puerto de Mollendo con el fin de recoger en Arica todos los derechos que gravaban el comercio boliviano. Las mercaderías, pasando todas por Tacna y Arica, la aduana de este último puerto recogía más de un millón cada mes. Este período fue eminentemente provechoso para el ferrocarril Tacna-Arica, que se dio prisa en elevar sus tarifas hasta el precio exorbitante de cincuenta francos por tonelada. Inaugurada hace veinte años, esta línea pertenecía primero a una sociedad peruana, que contrajo deudas ; hoy es explotada por una compañía inglesa bajo la razón social de Campbell and C^o. Este ferrocarril atraviesa en cuatro horas el desierto de arena que separa las dos ciudades. Tacna, enteramente rodeada de verdura, está regada por un río que lleva la fertilidad a un territorio de alrededor de dos kilómetros cuadrados, en medio del cual se construyó la ciudad. La verdadera riqueza de Tacna reside en su tráfico con Bolivia. Este comercio tiene aspectos muy especiales. Considerando la falta de vías de comunicación y las dificultades inmensas de un trayecto efectuado en pleno desierto, él no puede llevarse a cabo si no es por pequeñas cargas llevadas a lomo de mula, de burro o de llama. Este último cuadrúpedo, muy común en la región, se prefiere a los otros dos : marcha más lentamente, pero también el precio del transporte por cada llama es más barato ; ellas no se exponen jamás a la falta de alimento porque en todos lados se encuentra la *paja brava* (única vegetación de las montañas que rodean el lago Titicaca), hierba despreciada por las mulas y los asnos y que la llama ramonea con una filosofía digna de interés. Sin embargo, las llamas soportan un solo viaje por año ; el peso de su carga no excede un quintal español (cuarenta y seis kilogramos), y su ritmo es de sólo seis leguas diarias. Las mulas, por el contrario, cargan ciento treinta y ocho kilogramos (tres veces más que las llamas), con una velocidad de doce a quince leguas por día. En general, las mercaderías llegan de Europa ya acondicionadas para el viaje a lomo de mula; ellas están empaquetadas en cajas que pesan sesenta y nueve kilogramos y cada animal lleva a cuestas dos de estas cajas.

No obstante y de manera excepcional, se transportan objetos más pesados ; los pianos, por ejemplo, instrumento indispensable a toda boliviana que se respete, son llevados sobre el lomo de bestias más vigorosas ; en este caso, el flete sube hasta trescientos *pesos* (alrededor de mil doscientos francos). En circunstancias ordinarias el flete aumenta proporcionalmente a la distancia por recorrer. Para La Paz, oscila entre cincuenta y ciento diez francos ; para Cochabamba, ciudad situada en el corazón de Bolivia, alcanza a ciento sesenta francos.

Los *arrieros* (conductores de caravanas) son todos indios bolivianos ; bondadosos, serviciales, pacientes, conducen las llamas, las cuidan y si hay necesidad se sirven de auxiliares. La moralidad relativa de estos indígenas asegura la libertad de las transacciones ; se les dice respetuosos del bien ajeno. Muy conocidos en las plazas de Bolivia y del Perú, propietarios de un gran número de bestias de carga, transportan a menudo plata en lingotes y desde tiempo inmemorial nunca nada ha sido robado. A la partida se entrega conocimientos a los arrieros como se hace con los capitanes de los buques mercantes^(*) . Sin embargo estos documentos no llevan la mención « Amo después de Dios », porque el jefe no actúa con severidad con sus empleados, y la caravana se parece a una gran familia. Animales y gente franquean los desfiladeros de la Cordillera, pasando de un calor sofocante cuando se está al sol a un frío glacial en lugares de sombra. Atraviesan uno tras otro llanos ardientes y pasos de una altura de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, desafiando el frío, el calor, el hambre, la sed, el *sorocho* (sofocación producida por la rarefacción del aire en las regiones elevadas).

El arriero descarga sus llamas cada noche al llegar al campamento, cerca de un río, porque en Los Andes no hay ni aldeas, ni casas, ni caravanserrallos ; los únicos habitantes de estas regiones salvajes son los cóndores, contra los cuales a veces las caravanas tienen que luchar. Al día siguiente se toma de nuevo la ruta y estas marchas pueden durar un mes y más.

Hay que ver los arrieros en el mercado de Tacna, cargando sus bestias y dando órdenes en esta lengua gutural, hablada en tiempos de Pizarro por los súbditos de Manco Capac. En cada campamento hay un hormigueo de hombres y animales, un abigarramiento de colores picado de centelleos metálicos. Médicos indios circulan de grupo en grupo ofreciendo los socorros de su arte. Vestidos con telas en las cuales cada decímetro cuadrado contiene todos los tintes del espectro solar, llevan sobre las espaldas un saco lleno de hierbas y raíces. Venden simples, administran filtros y practican operaciones quirúrgicas. Echan la buenaventura y poseen una panacea universal que, según dicen, hace maravillas. Tales son los descendientes de los adivinos que en la época de los incas consultaban las entrañas de las víctimas para leer en ellas el porvenir.

Bolivia es uno de los países más ricos del mundo. Sus montañas encierran todos los metales conocidos y, por la naturaleza del suelo, que parte del nivel del mar para levantarse a seis mil metros, se encuentran en él tanto las producciones originarias de Europa que las de los trópicos. Y a pesar de ello el suelo boliviano está todavía virgen ; el cultivo casi no existe y las minas son mal explotadas porque hay falta de brazos, de vías de comunicación, de máquinas, de capitales, a causa de

^(*) **Conocimiento** : documento que se da al capitán de un buque mercante, donde se declara tener embarcadas en él ciertas mercaderías que deben ser entregadas a la persona y en el punto designados por el remitente. (NdT).

la inestabilidad gubernamental. Un minero me decía, mostrándome un fragmento de cuarzo vetado de oro : « -Poseo diez minas en la Cordillera ; la muestra que usted ve es producto de una de ellas ; pero son casi inaccesibles y no puedo pensar en explotarlas, porque los gastos absorberían los ingresos ».

Desde hace largo tiempo se busca una salida hacia el Atlántico para los productos bolivianos, sea por el Pilcomayo y el Paraná, sea por el Madeira y el Amazonas. Esta última vía, la más corta a primera vista, no parece ser la del futuro a causa de las cataratas del Madeira y también porque la región del Amazonas es desierta o poblada de indígenas enemigos de todo extranjero. El Paraguay, por el contrario, riega ciudades considerables que entregarían recursos a los viajeros y un nuevo impulso al comercio.

Se conoce el fin trágico del desafortunado Crevaux^(*). El intrépido explorador buscaba esta vía comercial entre Bolivia Oriental y el Atlántico; subía el Pilcomayo cuando, a punto de alcanzar su objetivo, fue asesinado por los indios tobas. Otros viajeros seguirán las huellas de Crevaux. Ya en 1883 el señor Thouar, bajando el mismo río, adquirió la certeza del asesinato y recogió nuevos documentos.

Se puede esperar que en un futuro próximo los productos bolivianos cesarán de ser tributarios de las aduanas de la costa occidental.

V

IQUIQUE

Quien ha visto el Oreb y el Sinaí puede hacerse una justa idea de los alrededores de Iquique : rocas violáceas, macizos graníticos emergiendo de montañas de arena, aridez característica, desolación tan universal que,

^(*) Jules CREVAUX, explorador francés (1847-1882). Consagró su vida a la exploración de la América del Sur y fue muerto en el Chaco por los indios tobas. (NdT)..

instintivamente, se tiene piedad de los siervos de esta gleba. Pero pronto todo se explica : los habitantes sólo hablan de *salitre*⁽¹⁾ y mineral de plata.

Construído al pie de un montículo de arena, cuya sola vista da una sensación de sed inextinguible, su única razón de existir es, en efecto, la proximidad de yacimientos de nitrato de sodio y la metalurgia de la plata. Sobre las pendientes abruptas están alargadas grandes V con ángulos muy agudos ; sus ramas extendidas a lo largo de la cornisa llegan en zigzag a las altas mesetas ; es la vía férrea. La rada, muy frecuentada, contiene a menudo más de cien navíos al ancla, en medio de capas de espuma que se parecen a la nieve y operan un efecto singular bajo la roca incandescente.

Derechas, alineadas, perpendiculares, las calles de Iquique terminan bruscamente en el desierto y la atmósfera se espolvorea en torno de las últimas viviendas. El autor que escribirá en el futuro un guía de la costa americana, se hará digno de la humanidad al recomendar al turista de quedarse en su casa cuando el sol, llegado al zenit, la sombra del desdichado cae a sus pies mientras que un polvo salino lo enceguece y le quita la mitad de sus facultades. Por supuesto que haber transformado en caminos sensiblemente transitables una parte de las dunas donde se edificaron las viviendas, ubica el cuerpo edilicio chileno más allá de todo elogio. Pero el riego de las calles y de las plazas públicas por medio del agua del mar provoca más de un inconveniente. La razón de esta originalidad es muy simple : Iquique no tiene ni lluvias, ni río, ni manantiales ; el agua potable viene de Arica o de la destilación de las aguas de la rada.

Después del tratado de Ancón (1883), desde que el departamento de Tarapacá es parte integrante del territorio chileno, Iquique ha ganado mucho. Los chilenos se preocuparon en primer lugar de poner orden en las finanzas ; la Aduana de Iquique produce cinco cincuenta mil piastras (seiscientos mil francos) por mes, suma que en tiempo de los peruanos era insuficiente para pagar incluso el personal. Hoy, los chilenos no sólo lo pagan bastante bien, sino que el excedente lo emplean en el embellecimiento y la limpieza de la ciudad. Bajo esta administración previsora y honesta las calles se hacen transitables, se construyen nuevas residencias, los desastres causados por los incendios son inmediatamente reparados. Antes, no se conocía aquí el reino vegetal si no era de oídas, mientras que, llegada la noche, había que salir armado hasta los dientes. Actualmente, la calle principal está adornada con plantas trepadoras que crecen bajo el ojo tutelar de los nuevos ocupantes. Éstos, desde su llegada han puesto además la primera tabla (iba a decir la primera piedra) de una prisión ; esta construcción sirve de refugio involuntario a los vagabundos, a todo individuo sorprendido en infracción, a aquéllos que no pueden pagar la multa. En la mañana, usted encuentra estos amables pensionistas de la *cárcel*, entre dos soldados, barriendo las calles o transportando la cal, que es fabricada por medio de la arena conchífera de la playa. Y esta precaución no es inútil; porque cabe hacer notar que una parte de la escoria del mundo viene a encallar en este puerto. Iquique es el refugio de los desertores de todas las naciones, atraídos por el incentivo de los salarios : el más modesto obrero gana aquí seis piastras (veinticinco francos) por día. Pero todo es relativo ; los alimentos, las cosas necesarias a la vida cuestan muy caros en este lugar, que recuerda más bien un navío que una verdadera ciudad. Y digo

⁽¹⁾ La palabra española *salitre* (nitrato de potasa) designa el nitrato de soda, que se encuentra en esta región, al estado nativo, en yacimientos considerables. (NdA).

navío, porque como el suelo no produce nada, todo viene de afuera, incluyendo el agua.

En Iquique todo es provisorio ; se siente que el día en que los yacimientos de salitre serán agotados, la ciudad podría ser abandonada sin inconvenientes. Y ella lo será con toda seguridad. Sus casas de tablas pintadas de colores diversos son muy bajas, a causa de los terremotos. Frecuentes y terribles, estas sacudidas del suelo provocan verdaderos desastres. El mar, expulsado violentamente de su lecho, hace irrupción en la ciudad y aplasta barrios enteros bajo el peso de sus volutas. Uno de esos cataclismos hace tiempo echó sobre el islote Blanca (al occidente de la rada) un barco a vapor que se quedó largo tiempo derecho sobre el arrecife, como para servir de lección a los autóctonos. La calle principal, bordeada de almacenes cosmopolitas donde se expende al mismo tiempo revólveres y cuellos falsos, sombrillas y jarrones, lleva a la Plaza Arturo Prat, donde se levanta el monumento del héroe chileno⁽¹⁾, simple torre cuadrada de madera, que tiene un reloj gigantesco. Esta torre está sostenida por un grupo de columnitas, entre las cuales reposa sobre un cipo el busto de Prat. Alrededor hay algunas plantas, capuchinas y yuccas regadas varias veces por día con agua destilada. El mantenimiento de este jardín en miniatura no cuesta menos de cincuenta mil francos al año. A este respecto los chilenos, bromistas en sus ratos perdidos, cuentan una anécdota que se puede comparar con las *Cartas Persas*^(*). Un comerciante de Iquique, hijo de un importante *salitrero*, vivió en su región hasta la edad de treinta años. No conocía pues otra cosa que el desierto de piedra y arena y no había visto el agua bajo otro aspecto que el de grandes olas que se precipitaban sobre los arrecifes de su ciudad natal. Un día, su padre lo envió a Tacna para concluir un negocio. Al ver los bosquecillos y las flores, su admiración no tuvo límites ; ninguna palabra le pareció suficientemente justa para alabar el arte por medio del cual los peruanos hacen brotar los árboles en plena tierra, sin que se les vea consagrarles especiales atenciones. Se quedó con la boca abierta frente al arroyo que riega la Alameda. No se le podía convencer que esta agua fuera agua potable. « Si fuera agua dulce -no paraba de repetir- sería una locura dejarla perderse así ». Y se internó bajo una avenida de eucaliptus preguntándose si era presa de una alucinación o víctima de una broma.

Iquique era sólo una aldea de pescadores cuando, hacia 1830, George Smith comenzó ahí su explotación de salitres. Desde entonces los terremotos y los incendios la han destruído varias veces ; pero los salitres producen tan buenos beneficios que se la reconstruye sin cesar. Como los yacimientos de nitrato se encuentran en el altiplano, se explota el *caliche* ⁽¹⁾ en el lugar mismo y se envía a Iquique el producto refinado ; o bien se baja el mineral bruto con el fin de refinarlo en la ciudad. De cualquier manera que se haga es pues imposible de evitar los gastos de transporte, puesto que las minas más próximas están a treinta kilómetros de la ciudad, y que la Compañía de Ferrocarriles sabe aprovechar de su monopolio. Antes de la inauguración de la vía férrea estos transportes se hacían a lomo de mula, lo que obligaba a inmovilizar un capital de ochenta a cien mil piastras (tres a cuatrocientos mil francos).

⁽¹⁾ Se sabe que el combate de *La Esmeralda* contra el monitor peruano *Huáscar* tuvo lugar a la vista de Iquique. (NdA).

^(*) *Cartas persas* (Lettres Persanes), publicadas en 1721 en Amsterdam, sin nombre de autor, por Montesquieu. A través de ellas hace la crítica de las costumbres parisinas y propone mejorar las instituciones. (NdT).

⁽¹⁾ Mezcla de nitrato de soda, de tierra y de sal marina. (NdA).

Un francés, el señor F....., se propuso de evitar el diezmo impuesto por la compañía inglesa a cada *salitrero*. Por medio de un sistema de tubos, una disolución que sale de las mesetas llega a la usina situada en Iquique, a la orilla del mar. Teóricamente no debía producirse ningún atascamiento; la experiencia demuestra, en efecto, que si el pesasales marca 36° el nitrato no puede cristalizar ; sería suficiente entonces de mantener la disolución por debajo de ese máximo. Este establecimiento es lo que queda de una antigua sociedad peruana con un capital de un millón de dólares, la cual sufrió todos los infortunios : pérdida de dinero, ingeniero incompetente que gastó la mitad del fondo social en instalaciones absurdas que se tuvo que demoler ; para terminar, desastres considerables causados por el terremoto y el maremoto. En el sistema imaginado por el Sr. F....., la disolución mezclada de nitrato de soda y de sal marina llega a las cubas después de haber recorrido treinta kilómetros de tubos ; en seguida pasa a los vaporizadores, donde tiene lugar la concentración. Los líquidos se superponen por orden de densidades ; la sal marina cristaliza antes que el nitrato de soda y se deposita en el fondo. El agua, cargada de nitrato, es recogida en otros depósitos ; cuando está en cristales se le extiende sobre secadores en badén con el fin de servir de la gravedad para facilitar el desagüe del líquido que queda. En lo que respecta a las aguas madres, se les envía a las primeras cubas, donde se mezclan con el producto acuoso que llega de la mina.

Al comienzo de la guerra del Pacífico, el Sr. F....., provisto del consentimiento de los accionistas de la explotación, firmó con el gobierno chileno un tratado en los términos del cual se comprometía a entregar un millón quinientos mil quintales de nitrato de soda por año. Pero durante las hostilidades se apoderaron de las tuberías y las desplazaron con la intención de hacer llegar el agua a la ciudad de Iquique, que moría de sed. Porque el enemigo bombardeaba las chimeneas humeantes a tal punto que no podían entregarse a la destilación del agua de mar. De ahí, proceso ; la usina, privada de su órgano esencial, entró en un período de paro que todavía dura. Por todas partes no se ve otra cosa que calderas reventadas, material fuera de uso, albañilerías de las cuales sólo quedan los esqueletos.

También al borde del mar, una planta inglesa trata los sulfuros y los cloruros de plata para extraer de ellos el metal. Dos minas, Huantacaia y Santa Rosa, situadas a dos leguas de la ciudad suministran el mineral. La metalurgia de la plata es demasiado simple y demasiado conocida para que una descripción detallada pueda encontrar aquí su lugar. Bastará con recordar que el mineral molido hasta ser convertido en polvo impalpable y mezclado sucesivamente al agua y al mercurio, se transforma en lodo que se pone a secar al sol : el mercurio se apodera de la plata. Luego se practican varios lavados para separar la amalgama y se elimina por compresión el exceso de mercurio. Entonces la amalgama se pone en un horno de calcinación donde el mercurio, volatilizado, se condensa en un vaso especial. La plata casi pura es fundida una segunda vez y vaciada en lingotes de sesenta kilogramos. La totalidad del mercurio empleado viene de España. La usina hace trescientas mil piastras por año (un millón doscientos sesenta mil francos, más o menos).

En el departamento de Tarapacá hay más de cien salitreras en explotación. La aldea de La Noria, situada en la meseta a cincuenta y cuatro kilómetros de Iquique y a mil cien metros sobre el nivel del mar, es un centro importante de oficinas salitreras. No se puede pasar por Iquique sin visitar este grupo industrial, excursión

que por lo demás se hizo fácil por el estado actual de cosas. Diríjase a los chilenos, los amos absolutos por el momento, y además que el gesto halagará su amor propio, la firma de sus altos jefes equivale al « Ábrete sésamo », de *Los Cuarenta Ladrones*.

Según el sistema americano, ninguna barrera protege la vía, y los bloques proyectados aquí y allá por la mina quedan de pie como menhires a lo largo de la línea. Con la marcha del tren los terraplenes experimentan movimientos de oscilación que hacen dudar de su solidez ; en otros lados, para proteger los rieles de los derrumbes, sacos llenos de piedras se alinean en largas filas. Las múltiples curvas y las pendientes que alcanzan a 0m,06 por metro, hacen esta explotación muy curiosa. Agreguemos que de Iquique a La Noria no se encuentra una sola gota de agua natural. No se observa ninguna curva en todo el recorrido ; el tren sigue la rama inferior de una gran V ; en el punto de intersección una aguja lo hace cambiar de vía y entonces toma la rama superior y de zigzag en zigzag llega sobre la cresta. Este ferrocarril es el alma de la región : desciende con cargamentos de salitre y sube con hulla. Este último producto representa una gran cantidad de movimiento y de agua potable, es decir que es, para los desheredados del altiplano, la existencia misma.

Durante el primer tercio del camino, el convoy viaja suspendido sobre abismos de mil pies. Entre la base del acantilado y el mar se levanta una duna de arena colosal que, bajo la influencia de los vientos reinantes, avanza tranquilamente hacia la ciudad. Las olas arenosas forman al pie de este amontonamiento un revoltijo indescriptible. En una extensión de varios kilómetros, la cresta aguda de la cumbre, neta separación entre la luz y la sombra, se retuerce como una serpiente y la masa entera se destaca con vigor sobre el fondo azulado: se diría terciopelo acolchado en deliciosa armonía con las rocas que cierran el horizonte. Entre los lineamientos de embudos profundos, de extensos anfiteatros, graderías y quebradas, se divisan a lo lejos las casas de Iquique en cuclillas sobre una lengua de tierra, el islote Blanca rodeado de espuma y los barcos alineados en varias filas como los pelotones de un regimiento listo para desfilar.

Aquí está la primera estación: *Molle*, donde se depositan los equipajes en una cabaña ; la locomotora parte y alcanzamos la primera planicie. El tren marcha a veces entre dos declives de granito rosado, a veces sobre un llano arenoso, a veces a través de extensas pilas de guijarros redondeados. De tiempo en tiempo, el horizonte se estrecha, para ensancharse de nuevo ; las crestas suceden a las crestas ; las colinas suceden a las colinas. Sobre las pendientes, regueros rojizos descienden de las cimas pizarrosas ; los diferentes colores yuxtapuestos forman verdaderos espectros solares. Ningún ser animado, ni un insecto, ni un pájaro, ni siquiera una brizna de hierba⁽¹⁾. Aparte las caravanas de mulas y de llamas que bajan cuesta abajo por los atajos en pendientes de 45°, la vida aquí es sólo recordada por la muerte bajo la forma de esqueletos blanquecinos desparramados a cada lado de la vía. Pero he aquí carros enteros cargados de salitre. Una choza de madera es la segunda estación: Santa Rosa. Un poco más lejos un arbusto - el único encontrado en esta región- está al lado de la cabaña de un guardián. Este funcionario riega puntualmente el fenómeno con agua destilada y, con mucha razón, parece orgulloso de su obra. Siempre el mismo aspecto: sombrío, desolado, punzante ; es el dominio de los colosos

⁽¹⁾ Es el límite del desierto de Atacama, que los chilenos atravesaron durante la guerra. Verdadera hazaña renovada del Inca Yupanqui, el cual, a la cabeza de sus ejércitos, franqueó estas terribles soledades y llevó los límites de su imperio hasta el río Maule, en el Chile actual. (NdA).

minerales que desmenuzan su grandeza formando depósitos arenosos. Arena, siempre arena : se piensa en el desierto de Arabia, sin los oasis. El aire caliente hace temblar las colinas lejanas ; pequeños torbellinos de polvo se levantan en columnas blanquizas ; *camanchacas* (neblinas espesas) se escurren a lo largo de las colinas, y en los intervalos de sol, en medio de los valles abiertos hasta perderse de vista, los depósitos salinos se extienden en regueros gris azulados, simulando lagos, cascadas y ríos. Simples efectos de espejismo ; poco a poco las formas se hacen flotantes, indecisas ; la ilusión desaparece, sólo queda el desierto árido e inmenso.

Los comerciantes de Iquique, como gente sagaz, pusieron las grandes rocas al servicio de la publicidad, ayudados en ello por la misma naturaleza. En efecto, basta con raspar la roca para hacer aparecer el color blanco de las eflorescencias salinas y del carbonato de cal ; estas huellas claras sobre fondo amarillento se divisan de muy lejos y es esta propiedad que se ha utilizado : a una distancia de cinco o seis kilómetros se lee, en grandes letras, sobre un pico : *Joyería Suiza de Julio Merz, fundada en 1879*. Aquí y allá en la planicie hay hoyos circulares, restos de excavaciones infructuosas o de explotaciones abandonadas. Porque el nitrato de sodio, igual que la sal gema, se acumula en los bajos fondos y por lo menos en los alrededores del ferrocarril existen pocas depresiones que la sonda del minero no haya interrogado. Esta observación es válida especialmente a partir de la estación central (tercer paradero) ; en todas partes la arcilla está dada vuelta y escarbada ; de tarde en tarde aparece una oficina abandonada a causa del agotamiento del suelo circundante. Por falta de medios de transporte las construcciones y las máquinas dejadas tal cual en el lugar han tomado el aspecto más lamentable.

Verdaderamente asombra que haya seres lo suficientemente desheredados como para venir, de buena voluntad, a instalar su carpa en medio de estas piedras, y todavía más cuando los establecimientos industriales se encuentran aquí en condiciones completamente especiales, ya que la región no produce absolutamente nada : ni víveres ni agua. Es que la riqueza mineral de este desierto es un poderoso estimulante para los intrépidos pioneros que penetran al interior en búsqueda de nuevos yacimientos. Sin recursos en esta región salvaje, muchos de ellos dejan sus huesos desparramados sobre la arena. ¡Cuántos de entre aquéllos que partieron llenos de esperanza y de coraje no volvieron nunca !

Por último, en una extensa hondonada rodeada de montañas violáceas, tras las cuales se divisan los picos nevados de Los Andes, aparece La Noria, aglomeración de cubos de tierra y de chimeneas de usinas. Los terrenos de los alrededores, dados vueltas en todos los sentidos, parecen haber sido labrados por un arado de Brobdingnac^(*).

Al llegar se encuentra una *posada* llena de bestias de carga, de ociosos, de viejas indias que fuman cigarrillos y que están luchando constantemente contra nubes de moscas. Se ve salir vagones llenos de mestizos de colores diversos, representantes de todas las nacionalidades ; *mantas* del Perú, modas europeas anticuadas, que tienen gran aceptación en Chile, vestidos con velos tomados a la raza conquistadora por los descendientes de Manco Capac. Envueltos en sus

^(*) *Brobdingnac* : País imaginado por Jonathan SWIFT en “Los Viajes de Gulliver”, habitado por gigantes. (NdT).

ponchos multicolores, los salitreros montan un caballo y desaparecen en una nube de polvo blanco : aquí, como en los Estados Unidos, « *time is money* ».

No lejos de la estación se divisan las chimeneas de la oficina La Limeña (Gibbs and C°) ; este establecimiento considerable es el más próximo del punto de llegada, por lo que los visitantes le dan generalmente la preferencia. Desafie un sol de plomo, camine durante un cuarto de hora siguiendo los jinetes por un camino polvoriento sembrado de enormes bloques y de piedras que ruedan, y usted llega ante la puerta de la oficina. Y el gerente, a pesar de su rigidez británica, le explica cada detalle con una paciencia y una precisión que provocan la admiración de todos. La Limeña ocupa seiscientos obreros ; saca de las aguas madres el yodo y el nitrato de sodio (noventa a cien toneladas diarias de este último producto). La sucesión de operaciones, por lo menos por el nitrato, es bastante simple : una vez molido y mezclado con agua, el mineral o *caliche* termina de disolverse en grandes calderas. Luego se le hace pasar por una serie de cristalizadores ; al cabo de cierto tiempo se deja escurrir el líquido y secar el producto. Es de esta agua, liberada del nitrato de sodio, que se extrae el yodo.

Fundada en 1870, la Limeña no pudo adoptar los progresos sucesivos que han mejorado esta industria. Además, ella trata solamente un caliche que no es muy rico ; por éso, ella irá a establecerse más lejos y, como sus antecesores, abandonará en el lugar la mayor parte de su material.

VI

L O T A

El puerto chileno de Lota no es otra cosa que una gran usina. Comprende dos barrios : *Lota baja*, al borde del mar ; *Lota alta*, en la cima de una inmensa colina que domina una península cubierta de establecimientos industriales. Tal península está prolongada por una estacada de dos pisos en la cual el piso superior soporta una vía férrea. Vagones cargados de hulla, venidos directamente de la mina tirados por

bueyes o caballos, vierten su contenido al final del muelle sobre las cubiertas de los navíos que deben efectuar este tipo de cargamento. El nivel del embarcadero se encuentra bajo el nivel del puente donde llegan las locomotoras, los vagones son bajados por medio de básculas, mientras que sus pesos sirven para levantar los vagones vacíos, que en seguida toman el camino hacia los pozos de explotación.

Un camino profundamente cortado por las lluvias desciende rápidamente el flanco del cerro gredoso que sirve de zócalo a *Lota Alta*. Por ambos lados son sólo zanjas profundas, senderos de cabras, pendientes abruptas, extensos montones de ladrillos refractarios y de tejas barnizadas ; la industria consiste en tomar la tierra del cerro y cocerla al horno, luego de haberle dado la forma conveniente. Los habitantes se entregan en el mismo lugar a este tipo de fabricación que no necesita, por decirlo así, ningún tipo de herramienta.

Con gran pena se llega a la cumbre del montículo donde *Lota Alta* desparrama sus casas de madera dominadas por el campanario de la iglesia, agudo como la punta de un pararrayos. Las chozas de tablas mal ensambladas, dispersas aquí y allá, presentan el aspecto de la más espantosa miseria. Acerquémonos de una de esas madrigueras : un humo opaco sale por la única abertura, por lo demás obstruída en parte por un montón de carbón de piedra : es la ración diaria que la administración de las minas otorga a los indigentes. En un rincón arde un fuego de hulla sobre un suelo con protuberancias y cuyas cavidades están llenas con el agua que filtra, gota a gota, a través del techo. Una mujer borda un refajo blanco ; harapos sórdidos están tendidos sobre cordeles. Una vieja abandona su cabellera gris entre las manos de una niña que se entrega a búsquedas minuciosas sobre la cabeza de su abuela. Como una amarga ironía del destino, el símbolo de la ciencia y del progreso, bajo la forma de un cable telegráfico, pasa frente a este tugurio.

¿Cómo pueden estos desgraciados vivir en estas horribles chozas, donde la cantidad de aire respirable, para empezar insuficiente, es tan exageradamente viciado por el humo espeso del carbón, humo que cubre las tablas de un polvo negro exhalando un olor fétido? A esta pobre gente se podría aplicar, en su integridad, el cuadro de vida de los campesinos esbozado por La Bruyère hace dos siglos^(*).

Mientras más cerca están de la ciudad, las casas se hacen menos miserables ; los ladrillos reemplazan los adobes ; en el interior, pequeños hornos para pan en forma hemisférica se adhieren al exterior, como verrugas ; las escorias que vienen de la fábrica sirven de fundaciones de las cabañas más fastuosas ; las chimeneas comienzan a surgir por encima de los techos ; el geranio muestra sus flores rojas entre las tablas de los cercos.

En el camino circulan, como en Andalucía, pequeñas carretas con ruedas macizas, tiradas por bueyes. Los jinetes protegen su tez morena bajo el ala de un sombrero de fieltro ; tienen gran estilo bajo los amplios pliegues del *poncho* tradicional ; las piernas apretadas por botas amarillas, los pies metidos en estribos que cubren toda la parte inferior de la tibia, socavan los flancos ensangrentados de sus caballos con las anchas rodajas de sus espuelas. Envueltos en una nube de polvo trotan hacia el campo y sus siluetas aparecen contra el cielo al final de la subida.

^(*) Jean de La Bruyère, moralista francés (1645-1696). Escribió una serie de retratos y de tipos de su tiempo en su obra *Caractères de Théophraste*. (NdT).

Involuntariamente se piensa en Cervantes ; sin sorpresa se vería esos *caballeros*, con yelmo en la cabeza y la lanza al puño atravesando odres y peleando con molinos.

Hay niños que, montados en puercos de cerdas erizadas, se ejercen en la equitación y echan carreras entre ellos. Hay hombres con los brazos colgando y mujeres curvadas bajo pesados fardos, que como bestias de carga marchan con los pies descalzos en el barro. Una vejez precoz causada por el horrible trabajo al que están obligados, los ha aruinado y gastado, como el suelo de su país. Son más bien fantasmas que criaturas vivientes. La mayoría de entre ellos, luchando por la vida, son empujados hacia las entrañas de la tierra ; enterrados a mil pies de profundidad, expuestos a la irrupción del mar en las galerías y a las explosiones del grisú ; chapotean en un barro espeso, mantenido líquido por el chorreo de la bóveda y de las paredes, en medio de una atmósfera húmeda y fría que hace que la mina se parezca a una tumba. En los pozos, la lámpara Davy^(**) reemplaza la luz del sol ; los mineros se vuelven, como las aves nocturnes, incapaces de soportar la luz fuerte ; en cuanto a sus caballos, ellos no ven nunca más el día y se vuelven completamente ciegos. No hay término medio: los habitantes de Lota trabajan en una caverna (la mina) o en un infierno (la fundición). Y como el medio ambiente ejerce una influencia importante sobre los seres, estos hombres tienen una expresión siniestra, aspecto feroz y trazos duros. Sin embargo no es ése el proletario de las huelgas como nos lo pinta el señor Roll^(*). Estos amables chilenos, presa de instintos salvajes, arreglan sus diferendos por medio de luchas a cuchillo. Los cadáveres de las víctimas, que a menudo no se descubren, ruedan en las quebradas, dejando detrás de ellos una huella ensangrentada. No sería sorprendente de encontrarlos en un rincón del bosque pidiendo la limosna armados de una escopeta, llevando el sombrero en una mano y el arma en la otra. Los jinetes desprecian las luchas cuerpo a cuerpo de esa pobre gente ; ellos se atacan precipitándose uno contra el otro al galope tendido de sus monturas, y el duelo se termina a veces con la muerte de los dos adversarios.

He aquí que se ven ventanas adornadas con visillos blancos : *Panadería Alemana*, nos dice un letrado, mientras que un poco más abajo se lee Carlos Bittner. Los emigrantes alemanes fundaron aquí una verdadera colonia. Más allá encontramos algunas casas construidas con ladrillos, tipo de construcción que tiende a generalizarse desde que se fabrica en el lugar la alfarería en grande. Así fue construido el mercado en 1881 ; es un gran cuadrado al centro del cual se ve una pila, sin agua. La región casi no ofrece recursos : algunos cuartos de carne, huevos de pata, ajíes y bolas de mantequilla blanca, parecidas a las bolas de billar. Los comerciantes conversan con animación, jugando sobre las baldosas la ganancia del día.

Cerca de este establecimiento, un camino inclinado de cuarenta y cinco grados desciende a *Lota Baja* cuyas chozas amarillas, adosadas a la montaña, se alinean regularmente frente a una playa de arena.

Lota, tan miserable, tan triste durante el día, ofrece en la noche un cierto carácter : el cerro de arcilla se destaca en negro sobre el cielo ; el destello del gas

^(**) Sir Humphry DAVY. Físico y químico inglés (1778-1829). Entre otros trabajos, se le debe la invención de la lámpara de seguridad de los mineros, que evita la explosión producida por el gas grisú. (NdT).

^(*) Alfred Philippe ROLL, pintor francés (1846-1919). Ejecutó un cuadro llamado "*La Huelga de los Mineros*", expuesto en el Museo de Valenciennes. (NdT).

rompe, de tarde en tarde, la oscuridad ; los hornos de afinado, donde la temperatura llega hasta a 1.500°, lanzan resplandores casi comparables a los de los fogones eléctricos, las altas chimeneas, alineadas y coronadas con penachos rojos, se parecen a grandes faros o a la iluminación de una ciudad de gigantes.

Desde *Lota Alto* se tiene una vista extensa, a la derecha el inmenso Parque Cousiño, que cubre de verdura un promontorio entero, verdadero oasis en medio de este desierto de carbón, recorta en el cielo su silueta erizada de árboles magníficos. Abajo, la fundición de cobre vomita por sus sesenta chimeneas torrentes de gas deletéreo ; más allá está el golfo de aguas verdosas, cerrado por la isla Santa María.

Lota, a pesar de su inmensa maquinaria y su numeroso personal, ocupa un punto imperceptible a orillas de la extensa bahía de Arauco. La costa en semicírculo desciende poco a poco hasta juntarse con el mar. En la lejanía brumosa, detrás de los montículos violáceos se esconde Arauco, ciudad de esta Araucanía de la cual Chile, tan orgulloso de sus victorias sobre los peruanos, no ha podido todavía avasallar la población, aunque haya fundado una verdadera red de colonias militares en medio de este territorio. La lucha dura desde hace tres siglos, porque ya los conquistadores llamaron a los araucanos *Aucas*, es decir, rebeldes, indomables. Antiguamente sometidas a caciques, estas tribus no cesaron de resistir a pie firme, provocando pérdidas importantes a los regimientos de España. Mas tarde los chilenos trataron de explotar las envidias de los jefes de tribus con el fin de obstaculizar una acción común, esperando así reducirlos más fácilmente.

La Araucanía estaba en este estado cuando un procurador judicial de Périgueux^(*), el Señor Don Antoine de Tounens, llegó al país. Mostró a los indígenas la vía fatal en la que se habían imprudentemente comprometido : « Formen un haz -les dijo-, y resistirán a los invasores ». Los persuadió de tal manera que terminaron por proclamarlo rey bajo el nombre de Orélie-Antoine 1^{er}. Pero le faltó el nervio de la guerra y vio fracasar estrepitosamente los sucesivos viajes que emprendió con el fin de interesar la Francia en la causa araucana. «Una cosa me da mucho que pensar -decía durante uno de sus viajes a París-, cada tipo que comienza por llamarme Majestad, termina siempre por pedirme dinero prestado ». A pesar de su fracaso, volvió varias veces a América, e incluso fue catalogado como alienado por la Corte de Apelaciones de Santiago de Chile. Por último, volvió definitivamente a Europa hacia 1874.

En Lota hay tres cosas que ver : la fundición de cobre, las minas de carbón y el Parque Cousiño. Baje de nuevo el cerro siguiendo los senderos resbalosos, y usted llegará frente a esta inmensa fundición, que llena con torbellinos de humo la bahía de Lota. Los edificios de la usina son una sucesión de cobertizos de los cuales nacen inmensas chimeneas ; ahí sólo se ven murallas ennegrecidas y vías férreas que se cruzan en todas direcciones ; los vagones van y vienen, unos llevan bloques de cobre, otros traen minerales o carbón. Bajo los cobertizos, los hornos yuxtapuestos se alinean hasta perderse de vista. Encima del alineamiento de los hornos, trenes llenos de hulla ruedan sordamente sobre los durmientes de madera : están encargados de saciar el apetito desmedido de los mil hornos que engullen enormes montones de combustible.

^(*) Périgueux es la capital del Departamento francés de La Dordoña. (NdT).

El mineral sometido a una primera calcinación es proyectado en una serie de engranajes y de cilindros que lo muelen y lo reducen a polvo impalpable, el cual, mezclado con la hulla, sufre calcinaciones sucesivas en los altos hornos. El metal, que ha perdido en parte azufre, antimonio y otras materias extranjeras, pasa en seguida a los hornos de refinado.

Los obreros revuelven la masa líquida por medio de largos atizadores y hacen escurrirse las escorias negras que flotan en una serie de moldes dispuestos en inclinación delante de los fogones. Las llamas se desarrollan bajo la bóveda de estos hornos y lamen las paredes de ladrillos refractarios y la superficie del metal en fusión. Calentada al rojo blanco, la capa líquida presenta un resplandor que el ojo no puede soportar. Enrojecidos por esta temperatura excesiva, los cíclopes se agitan frente a los hornos y cubiertos de una transpiración abundante, chorrean como si acabaran de salir del agua.

Luego de varias fusiones sucesivas, el metal llega a un grado suficiente de pureza y se procede al vaciado en moldes. En la parte izquierda del horno se ha practicado una abertura, cerrada durante la fusión por medio de tierra refractaria. Hacia el fin de la operación, el obrero libera el orificio; el metal anaranjado, parecido a la lava de un volcán, se precipita fuera del gran horno lanzando fragmentos y chispas; circula de un molde a otro y los llena uno a uno, lentamente. Los bordes se tiñen de azul violeta, mientras que al medio, ubicado en la corriente, conserva durante largo tiempo un hermoso color rojo. Luego, todo se apaga y los bloques, retirados de los moldes humeantes, son transportados a un taller especial donde se hace desaparecer, a golpes de hacha y de martillo, las rebarbas y las irregularidades. En el extremo de los hangares se encuentra montones de minerales de toda naturaleza, brillantes u opacos, vetados de azul, de amarillo y de verdes según *los caprichos de la naturaleza*: es lo que dice el capataz que nos sirve de guía.

Fundada hacia 1855, esta usina importante ocupa actualmente cuatrocientos obreros, cuyos salarios varían entre cinco y diez francos. Está dirigida por un inglés muy hábil, bajo cuya dirección esclarecida el establecimiento gana en extensión cada día. En la usina nada se pierde, como en la naturaleza; las escorias cortadas en cubos sirven a hacer baldosas, ladrillos e incluso malecones, que más tarde constituirán un verdadero puerto. A cada momento, vagones pesadamente cargados con escorias todavía ardientes, pasan rápidamente y van a verter su contenido en el mar, invadido poco a poco por los desechos de la fábrica. Por lo demás, es el único medio que tiene el establecimiento de agrandarse: adosado a una montaña y encerrado en una península, sólo puede avanzar hacia el océano, aprovechando de la tolerancia del gobierno a este respecto.

La fundición funciona día y noche. Cada año salen de ella doce millones de kilogramos de cobre casi puro. Este metal vale, en Chile, 18 a 19 *pesos* los 46 kilogramos, es decir, de 1,95 a 2 francos el kilogramo. No obstante, estos precios están sometidos a fluctuaciones considerables. Si se considera que cien toneladas de mineral bruto dan cinco de cobre de alrededor 99% de metal puro, podrá hacerse una idea de la cantidad de mineral entregado anualmente a la usina por los barcos, los que lo toman como flete en el norte de Chile (especialmente en Caldera) y vuelven con carbón.

Un inglés, lo acabamos de decir, dirige la fundición ; podemos agregar que los súbditos de Su Majestad Británica gozan de todos los favores a lo largo de la costa entera.

Esta nación invasora se encuentra en todas partes. En las regiones más alejadas, el inglés siempre impasible pulula y abunda, estableciéndose aquí, ofreciendo allá condiciones de flete más ventajosas que los otros, tomando en serio su papel de corredor de comercio de los mares, continuando a probar que el tiempo es oro y paseando la bandera de Inglaterra hasta en las costas más desiertas. Sin embargo, los alemanes les hacen en Chile una competencia temible : ellos ocupan numerosos empleos en las casas de comercio ; ellos fundaron en Valdivia una cervecería, desde donde inundan la costa con sus productos ; se establecen en Lota ; trabajan en los negocios y en la banca en Valparaíso y terminarán por establecer una extensa red pangermanista sobre el territorio que va entre la Cordillera de Los Andes y el mar, desde las fuentes del Amazonas a las pampas de la Patagonia.

Las minas de hulla de Lota cubren con sus vetas una inmensa extensión y su explotación, que comenzó en 1841, se agrandó sucesivamente, especialmente después del accidente de fines de 1881 en los yacimientos carboníferos de Coronel. Éstos se prolongaban bajo el mar a una gran distancia cuando las galerías fueron súbitamente invadidas por las aguas. Desde 1869 don Luis Cousiño, verdadero nabab, era el único propietario de todas esas minas ; la señora viuda de Cousiño las posee hoy.

En los alrededores de Lota existen seis pozos de diferente importancia : Lota, Chambique, Alberto, Lotilla, San Carlos y Arturo. El carbón es explotado en tres capas de 0,60 m., 0,80 m. y 1,20, separadas por lechos de arcilla, la que se emplea en la fabricación de ladrillos refractarios. Un ferrocarril con empalmes hacia los diferentes pozos efectúa un vaivén ininterrumpido, de tal manera que se evacúa inmediatamente el carbón que se ha extraído. Estas seis minas producen ochocientas toneladas por día, con un personal de dos mil obreros. Cerca de los pozos, dada la abundancia de combustible, se han desarrollado ciertas industrias : la del vidrio, la de fundición de minerales, la de cerámica.

Para dirigirse a las minas, primero se atraviesa un túnel de quinientos a seiscientos metros que lleva a los pozos de Lotilla, uno de los de menor importancia. Pequeñas vagonetas, que han descendido en el pozo de extracción, son subidas de nuevo por medio de cadenas sin fin movidas por una máquina a vapor. Su contenido se vacía en grandes vagones que son a continuación arrastrados hasta el embarcadero.

En las vecindades reina una notable actividad: talleres de reparación mantienen el material ; un aserradero a vapor, recién instalado y construído con durmientes, fabrica tablas y palos cúbicos que sirven al entarugado de los suelos de los alrededores. Ver esta actividad no tiene nada en común con la tranquilidad que comunica al espectador el trabajo de los campos. Parece que la vida del labriego es más fácil y más liviana ; parece que el hombre ubicado al centro de un vasto horizonte es más feliz que el esclavo de la industria, esta triste categoría creada por las necesidades imperiosas de la vida moderna.

Saliendo de Lotilla, la línea del ferrocarril penetra en un valle verde, igualmente salpicado de establecimientos industriales. Ahí se encuentra una fábrica que entrega gas a los talleres, a las fundiciones y al Parque Cousiño. Más allá hay otras dos minas de carbón, una fábrica de tejas, una cristalería. Sobre el estrecho terraplén donde están los rieles se ven niñitas de piel arrebolada, vestidas con harapos y cargadas con canastos ; traen víveres a la mina. Hay caballos que vagan en libertad en los montes ; trenes cargados de carbón corren haciendo temblar el suelo.

El pequeño valle está sin cultivar, porque el hombre descuidó el arado para tomar el pico. Matorrales de boneteros invaden las pendientes ; la avena salvaje, la retama de olor, los helechos crecen a la sombra de grandes fresnos y de *boldus* de ramas sarmentosas y atormentadas. Jóvenes eucaliptus destacan en el fondo oscuro su follaje gris de plata salpicado de manchas rosadas. Los gigantes del reino vegetal nacen, viven y mueren sin ser molestados ; nadie se ocupa de cortar los árboles muertos y casi desarraigados : el combustible extraído de la mina cuesta menos esfuerzos y da más calor. En fin, abatidos por el viento, ahogan entre sus brazos poderosos la vegetación joven que crece a sus pies. De trecho en trecho, el terreno está cubierto de heridas : se excavado sus entrañas en busca de nuevos filones o para echar las bases de nuevas usinas.

Un segundo túnel se abre bajo el cerro de *Lota Alta*. El espacio reservado a los lados de la vía es a lo más suficiente para permitir a un hombre de no ser percutido, y éso siempre que tenga el cuidado de pegarse contra la pared. Hacía ya unos instantes que habíamos entrado en la bóveda oscura cavada en semicírculo y no divisábamos ninguno de los extremos ; en una noche cerrada seguimos con dificultad la buena dirección caminando sobre un riel ; de repente un ruido sordo agita los ecos, un tren avanza en la vía. ¿De dónde viene ? ¿Viene frente a nosotros o detrás nuestro ? Por si acaso nos precipitamos hacia la entrada, muy perplejos pero decididos de echarnos rápidamente a la derecha en caso en que el peligro vendría hacia nosotros. Con gran satisfacción fue que vimos de nuevo la luz del día. Algunos segundos más tarde, una locomotora desembocaba a toda velocidad.

Después de este trayecto difícil se encuentra otro pozo de mina, abierto al borde del mar. Desde la orilla se distingue a lo lejos la ensenada de Coronel cubierta de altas chimeneas : Coronel, como Lota, no es otra cosa que una inmensa usina.

Veamos la fábrica de vidrios, establecimiento fundado a comienzos de 1882. Esta industria tiene enormes posibilidades de éxito, porque en toda la costa occidental de la América del Sur, la vidriería viene de Europa ; es por éso que los artículos más comunes de esta industria son bastante caros. Cerca de la fábrica se ven hombres de barba rubia, rosados de piel, provistos de anteojos azules y llevando gorras : son los alemanes establecidos aquí, como lo son sus compatriotas en Valdivia.

A la distancia, el pozo Chambique, uno de los más grandes de la región, alarga una parte de sus galerías bajo el mar ; a lo mejor terminará tragado por él, como las minas de Coronel.

Y aquí estamos, al pie del cerro abrupto dominado por las casas de *Lota Alta*. Hay senderos que suben en zigzag sobre la tierra amarillenta ; a la derecha y a la izquierda hay un poco de hierba y de cipreses con grandes troncos.

Al fin llegamos a la cumbre ; un último esfuerzo para pasar sobre detritus de todo tipo, huesos roídos, zapatos fuera de servicio, pedazos de hojalatería oxidada, verdadera barrera capaz de hacer vibrar de gusto a los industriales de la calle Mouffetard^(*).

Se entra al Parque Cousiño por una ancha alameda bordeada de lirios, violetas y geranios, y enarenada con conchas machacadas.

Una arca de agua se levanta en medio de los macizos de rosales de Bengala, sobre una eminencia de donde se divisan los grandes árboles del valle de Lotilla. Esta alberca almacena el precioso líquido que, por cañerías innumerables, lleva la fecundidad a todos los rincones del parque; es el corazón de la propiedad, de donde parten las arterias que mantienen una eterna verdura y flores de todas especies en un suelo que es uno de los más ingratos del mundo.

Un dédalo de avenidas sombrías conduce a un chalet de madera cortada en trozos. Es la casa del jardinero. Delante de esta construcción copiada de las de la Suiza republicana, una especie de jardín chino recuerda los trazados y las producciones análogas, ornamentos de los jardines imperiales de Pekín ; arbustos curvos como cuernos de caza son cuidadosamente podados para alinearlos ; helechos gigantes, plantas carnosas se enracinan en gruesos troncos de árbol. Las platabandas están limitadas por cuernos de buey puestos en plano y en medialuna. Huesos monumentales que provienen de la espina dorsal de un cetáceo ocupan los ángulos del jardín. Algunos pavos hacen la rueda en las avenidas ; pavos reales de colores cambiantes, se pasean majestuosamente, mientras que gallinetas salen de todos los macizos.

La casa solariega establecida en la cumbre de un cabo, de donde se divisa la extensa bahía de Coronel, no está muy en relación con la importancia de la propiedad. En la fachada donde se abren cuatro ventanas hay una caja de escalera saliente, coronada de almena, forma tres de los lados de un prisma hexagonal, el techo está rematado por dos aguilonos de tamaño muy diferente, terminados por flechas agudas. Dos perros de fierro fundido del Valle de Osne^(*) cuidan la entrada ; dos leones de la misma procedencia reposan al lado de la escalinata sobre tablas mal ensambladas.

Frente a la vivienda se extiende un gran jardín hábilmente diversificado con soberbias matas de agaves. A la izquierda un estanque de cemento con puentes chinos y kiosco del mismo estilo, para uso de los cisnes y de los patos. A la derecha, se descende cincuenta peldaños de veinte pies de ancho y se llega a un puente suspendido en miniatura, que lleva estas palabras *Labor omnia vincit*, divisa que sin

^(*) *Rue Mouffetard* : Calle populosa en el siglo XIX, en el corazón del actual Barrio Latino de París, llena de comercios y de artesanos, es hoy un punto de referencia prestigioso del turismo parisino. (NdT).

^(*) *Osne-le-Val*, comuna francesa del departamento de la Haute-Marne, destacada por sus altos hornos y sus fundiciones. (NdT).

duda fue muy apreciada por el dueño de casa, que debió su fortuna únicamente al trabajo.

Este puente hace comunicar las dos vertientes de un pequeño vallecito, donde florecen los lirios y los aros a la sombra de las araucarias. En la cumbre del valle, en un macizo de yucas y de helechos, se esconde a medias una gruta de rocalla, llena de estalactitas de cemento de Portland, fabricadas con un cuidado extremo y una habilidad consumada. « Se prohíbe tocar » dice un letrado, y la recomendación no es inútil ¡porque en esta gruta todo es de una fragilidad ! Una mesa con incrustaciones de conchas ocupa el centro del reducto ; uno se sienta sobre las vértebras de ballena ; un arroyuelo se escapa entre las piedras biseladas, corte apropiado para hacer murmurar las aguas, serpenteando en el vallecito del puente colgante entre una doble fila de estatuillas en fierro fundido, entre las calas cuyas hojas brillantes y los cucuruchos blancos se destacan con viveza sobre el verde oscuro de los céspedes.

Decididamente este parque, donde el artificio juega un papel tan importante, esconde demasiados productos del Valle de Osne y de la fundición Durenne^(**): En los bosques se divisa Diana la Cazadora, el Hércules Farnesio, La Bañista de Pradier, el Niño con la espina, Faunos, Náyades y estatuas sin nombre y sin clasificación, figuras misteriosamente simbólicas. Al lado de una producción de gusto dudoso, se encuentran hermosas cosas ; bajo el puente colgante una enorme serpiente de fierro gris, cabeza negra y ojos rojos reptaba sobre las hierbas ; alcachofas y nabos crecen tranquilamente al lado del *Último Araucano* ; una huerta democrática se desparrama sin vergüenza al lado de aristocráticas platabandas adornadas con plantas raras.

Se diría que el artista encargado de la composición del parque debió a menudo hacer concesiones a un gusto deplorable y mercantil. La parte que acabamos de recorrer será juzgada como verdaderamente hermosa cuando las producciones del arte se pesarán al precio del oro, cuando se admitirá como un axioma que una cosa es tanto más admirable cuanto cueste más caro. Lo que en alguna medida es cierto.

Cerca de un pabellón argelino revestido con colores brillantes, en medio de un bosquecillo se levanta la estatua de bronce del *Último Araucano*, realizada por el señor Plaza en 1869. Detengámonos ; la obra vale la pena de ser examinada, a pesar de algunos músculos quizá exageradamente pronunciados. El guerrero araucano ha depositado su maza y tiende su arco con esfuerzo, eligiendo a lo lejos, el enemigo que va a herir. Todos sus músculos están tensos, su mirada expresa un odio insaciable ; se siente que el araucano no quiere dar cuartel. El enemigo, ¿es español o es chileno ? Poco importa, detesta tanto el uno como el otro : el enemigo es el invasor de la Araucanía, el que quiere abrevatarles sus soledades y su libertad.

Un pequeño Róbinson cuadrado, dominando el mar a gran altura, está literalmente suspendido en el vacío. A cien pies de profundidad las olas se arremolinan tumultuosamente entre enormes pedazos de rocas que ellas desmenuzan poco a poco. El promontorio es atacado por la base, mientras que el mar,

^(**) Antoine DURENNE ha firmado en tanto que fundidor calderero una gran cantidad de obras del patrimonio estatuario monumental francés, entre las que se cuentan creaciones de Jean –Jacques PRADIER, alias James PRADIER (1792-1852). (NdT).

continuando su trabajo, terminará por engullir el cabo mismo y la obra de los hombres.

La vertiente que mira hacia Lota es, según me parece, la más bella. Primero, se encuentran ahí mucho menos de *obras de arte*, y los panoramas grandiosos, hábilmente cuidados, son de una variedad extraordinaria. Se puede decir que el paisaje cambia a cada paso : son grandes líneas, perspectivas lejanas, árboles gigantescos, una naturaleza casi virgen que forma cuadros de planos sabiamente escalonados, donde el trabajo del hombre desaparece casi completamente.

Algunos de los grandes *boldus* (*), inclinados hacia la pendiente amenazan con caer definitivamente y con la caída deformar los grupos de los cuales vienen. Con gran esfuerzo se ha mantenido esos colosos por medio de cables de fierro, y esta fantasía de nabab no costó menos de 7.000 piastras, es decir, 35.000 francos en cifras redondas. De trecho en trecho se puede divisar, a través de un punto de vista, el enorme cerro estéril de *Lota Alta* ; hace veinte años el magnífico Parque Cousiño no era diferente. ¡Qué contraste ! Se diría que con un golpe de varita mágica, una hada bienhechora hizo salir de la tierra este espléndido conjunto de vegetación.

V

LOS PERUANOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Una hacienda actual - Una necropolis Inca

Desde hace algunos años se quiere reconstituir la historia del arte inca y la cuestión merece un especial interés. Un gran número de eruditos, el mismo

(*) Se refiere sin duda al *peumus boldus* o boldo chileno. (NdT).

concienzudo Prescott, consideran la civilización del antiguo imperio peruano como más avanzada que la de los aztecas. Se observa por lo demás tales proximidades entre las producciones artísticas de los incas y las de otras naciones de nuestro planeta, que este asunto es capaz de dar nuevas luces sobre el período prehistórico. Aunque sólo fuera por este motivo, merece la atención del mundo científico. Lejos estamos de tener la pretensión de querer resolver la importante cuestión que plantea el estudio de este sujeto. La casualidad hizo que un turista inexperienced visitara Sudamérica en los momentos en que las iglesias chilenas redoblaban sus campanas por el Perú. Este turista cuenta sus impresiones. Al ver el estado de abyección en el que se encontraban los indios de la Cordillera, el coraje del cual dieron testimonio defendiendo una causa que no comprendían, el esmero con el cual enterraban su plata para entregarla a los incas cuando éstos *vuelvan*, se preguntó sobre la naturaleza de los antepasados de estos indios; señala el resultado de las comparaciones que llamaron su atención. Y nada más.

Dos hechos caracterizan el movimiento artístico del cual hablamos: la exposición de antigüedades peruanas que existe en el Museo Etnográfico del Trocadero^(*) y la colección adquirida recientemente por el Museo de Berlín. Esta última comprende dos mil objetos reunidos por el doctor José Macedo, uno de los más perspicaces y de los más felices entre los hombres de ciencia que dan el apoyo de su autoridad a esta obra de restitución.

Trabajador infatigable, investigador sincero, ex médico en jefe del ejército peruano, recorrió el Perú en todas direcciones organizando en todos lados investigaciones minuciosas. Atravesó Los Andes, exploró las fuentes del Amazonas, visitó el territorio boliviano del Gran Chaco, este misterioso país de los tesoros; vio Potosí, el Cerro de Pasco. ¿Dónde no fue? Hizo un viaje a Amsterdam para estudiar Rembrandt en su tierra; conoce Francia, Alemania, Italia, España Bélgica, Holanda. Se objetará que ver mucho no es suficiente; hay que recordar mucho. El doctor está dotado de una memoria prodigiosa: « Este hombre es una mina », me decían.

Por su situación y sus aptitudes, un hombre como él estaba fatalmente destinado a reunir la más hermosa colección de antigüedades peruanas. Hijo de la ciudad imperial del Cuzco, cuna de la civilización indígena, muestra sus tesoros con gran gusto y, ¿por qué no decirlo?, con orgullo. Émulo ferviente de los promotores de la cerámica comparada, agrupó los *huacos* del Perú al lado de vasos etruscos, de los jeroglíficos egipcios, de estatuillas griegas, de alfarerías de Pompeya. En sus vitrinas pueden admirarse jarrones peruanos de todas formas, ídolos de oro que recuerdan mucho el estilo egipcio por la rigidez hierática, telas de una riqueza de coloridos inimitable, adornos, joyas.

Interrogemos estos ídolos mudos; estas formas, estos adornos nos son familiares. Los egipcios, los griegos legaron ya las fórmulas. Se sabe que la escultura de los faraones, como su arquitectura, se distingue por la rigidez de las formas, reflejo de la inmutabilidad del dogma religioso. En esta época los personajes eran reducidos a tipos generales y consagrados, a fórmulas, como lo decíamos hace poco. Las estatuas, las ruinas de los palacios y de los templos del Perú presentan el mismo carácter. En segundo lugar, ciertas alfarerías ofrecen adornos griegos. ¿Cómo

^(*) Más conocido como el « Museo del Hombre ». (NdT).

explicar esta identidad de líneas, de espíritu y de adornos, que para empezar sorprende ?

Las antigüedades recogidas en la ciudad peruana de Recuay forman una clase aparte, tanto por su perfección como por las diferencias profundas que las separan de las otras. Es probable que los autores de estos últimos trabajos no se pusieron nunca en relación con las tribus vecinas. Por lo demás, bajo el gobierno teocrático de los incas, un joven no podía elegir una esposa fuera del distrito al cual pertenecía, de manera que las diversas tribus yuxtapuestas vivían sin mezclarse y sin conocerse, como las capas sociales viven a diferentes alturas en los abismos del Océano. Aunque teniendo en cuenta el carácter original de los productos Recuay, un arqueólogo eminente emitió la opinión que esta región formaba un enclave independiente del imperio. Tal opinión parece difícil de admitir en presencia del ardor mostrado por los incas para extender el territorio sometido a su autoridad, que implantaba el culto del Sol sobre un espacio cada vez más amplio. Sea como sea, las tradiciones se quedan mudas a este respecto ; y por otro lado ¿quién se preocupa seriamente de la historia en el momento de la conquista ? Se pensó solamente cuando todo había sido destruido o saqueado. Incapaz de resolver el diferendo, yo noto simplemente que la cerámica de los indios de Recuay recuerda la cerámica etrusca ; es arcilla blanquisca adornada con dibujos negros y rojos donde predominan los dragones y las serpientes. ¿Se atribuirá a la simple casualidad tan extrañas coincidencias ?

I

Por consejo del doctor Macedo emprendí el peregrinaje a Ancón, para visitar las ruinas de una ciudad peruana y su cementerio^(*), la necrópolis. ¡Cuánto interés ofrece el estudio de los sitios en que se extinguió una civilización, representada por los objetos recogidos. Se estudia sin duda con menor dificultad los *huacos*, los brazaletes, los ídolos ; se les etiqueta, se les ordena, limpia, acicala ; pero aquí falta el marco, y si bien los trazos generales son comprensibles, el examen queda incompleto.

Al ver los *querubs* asirios se sienten deseos de visitar las ruinas de Babilonia; los vaciados de Angkor-Vat y de Angkor-Tom me inspiraron el deseo de conocer las ruinas de las pagodas Khmers; el examen de las alfarerías peruanas me obligaron a

^(*) En el texto se lee : ... « visiter les ruines d'une ville péruvienne et son commentaire... ». Es evidente que la palabra *commentaire* es un gazapo, y que en su lugar debe leerse *cimetière*. (NdT).

recorrer un rincón del espacio donde se desarrolló la actividad de los incas. Tal excursión tenía un doble interés : el ferrocarril de Lima a Ancón sigue un valle poblado de haciendas y yo tenía el propósito de visitar una de ellas. La industria azucarera no cesa de desarrollarse aquí ; poco a poco los peruanos prefieren a la incertidumbre de las minas la seguridad de la agricultura bajo todas sus formas. En ello siguen la huella de las tribus que aniquilaron.

Los valles del Perú son de una riqueza increíble y la verdura que los caracteriza contrasta extremadamente con los contrafuertes cordilleranos que, desde hace siglos no paran de desnudarse en beneficio de las tierras fértiles. Y es necesario que así sea, porque a la hora en que escribimos estas líneas, el agricultor de América del Sur emplea métodos notoriamente imperfectos ; el modo defectuoso de las comunicaciones, la falta de trabajadores, aumentan aún las dificultades de las explotaciones. Los trabajadores, en su mayoría chinos, manifiestan su espíritu de cohesión a través de exigencias, de revueltas, de huelgas e incluso por el abandono en masa de las fábricas. Sin embargo, la tierra infatigable produce sin cesar. A pesar de la inestabilidad de las cosas, a pesar de las revoluciones, a pesar de las multas arbitrarias, a pesar de los pillajes organizados de los salteadores, el feliz *hacendado* ahito de oro no puede, desde el mirador que corona su vivienda, divisar en la planicie siempre verde, los límites de sus dominios.

Ynfantas es una de las más bellas *haciendas* de los alrededores de la capital. Situada en la línea de Ancón, el acceso es fácil y rápido ; sus herramientas, la extensión de sus plantaciones le aseguran un primer lugar.

Una mañana del mes de enero, es decir, en pleno verano (estamos en el hemisferio austral), un tren especial nos conducía a todo vapor fuera de Lima. La vía corre sobre un terraplén de piedras y de barro, sin cerco ni guardián. Y como los bueyes, los caballos, las carretas atraviesan a cada instante los rieles, hay que disminuir la marcha sin cesar e incluso detenerse para evitar los accidentes. En medio de una nube de polvo, atravesamos primero el lecho donde corría el Rimac antes de que sus aguas fueran desviadas por un terremoto. Montones de piedras redondas, de masas rocosas transportadas por la corriente, como lo son los bloques erráticos por los glaciares, hacen pensar en la planicie de Crau^(*). En la base de los últimos contrafuertes de Los Andes, tostados, arenosos, quebrados, convoyes de mulas y de llamas circulan en fila india. Después de la guerra del Pacífico, el ferrocarril de La Oroya⁽¹⁾ está cortado muchas veces ; las caravanas reemplazan la locomotora y el comercio de la ladera oriental desemboca en este valle. Se echan quince días para ir de Lima a las minas de Cerro de Pasco y los convoyes son a menudo interceptados por bandas de salteadores que desolan estos parajes. Hace apenas dos meses, una caravana cargada de lingotes de plata fue atacada en este mismo lugar y el personal fue exterminado por los ladrones. Pero como fueron molestados en tan amable faena, sólo pudieron llevarse una parte reducida del botín y volvieron precipitadamente a sus montañas. La autoridad chilena, que hacía aquí el papel de Teseo^(**) al limpiar el territorio de estos invitados indeseables, puso varios

(*) Crau : Inmensa planicie pedregosa, supuestamente constituida por los aluviones del Ródano y del Durance. (NdT).

(1) Este ferrocarril, el más alto del mundo, alcanzará la cumbre de Los Andes a la altitud de 5.000 metros; está destinado a unir Lima con las minas de plata del Cerro de Pasco. (NdA).

(**) Teseo : Rey legendario de Atenas. En su viaje hacia la toma del poder, eliminó en el camino monstruos y bandidos. (NdT).

jinetes en campaña ; Los lingotes fueron encontrados en el lugar del crimen y los bandidos, rodeados en las montañas, cayeron bajo una lluvia de balas.

Pronto la planicie, cerrada a lo lejos por las montañas, se colorea en amarillo verde : son los dominios de la caña de azúcar. La locomotora marcha a toda velocidad a través de los cultivos ; luego, de repente, se detiene frente a *Ynfantas*. Un gran muro blanco, abierto por una puerta de reja, una confusión de verdura, los pequeños campanarios de la casa, la chimenea del ingenio, las *acequias* o canales encementados, distribuidores de aguas de riego, es todo lo que se ve desde el exterior.

Al centro de un parque se levanta la casa señorial, provista de un piso (cosa rara aquí) y tan confortable como podría soñarla el hacendado más delicado. Siguiendo la moda peruana, la fachada multicolor está recargada de molduras, de arabescos, de vidrieras, de columnas pintadas. Una gruesa reja rodea la planta baja sobrealzada ; carabinas Winchester de repetición brillan en las panoplias. En efecto, es necesario que la casa aislada pueda transformarse rápidamente en fortaleza para poder resistir a los ataques de los merodeadores. Mil arroyitos se deslizan a lo largo de alamedas sombrías ; los arbustos de las regiones templadas crecen al lado de los gigantes de la zona tórrida. Los gorriones brincan sobre la grava ; los mirlos silban en los macizos ; los colibríes mariposean en torno de los jazmines.

El ingenio de azúcar comprende varios edificios separados por espacios lo suficientemente alejados para que un incendio no pueda devorar en algunas horas el trabajo de veinte años. Entremos en la fábrica propiamente dicha. La caña molida entre rodillos deja escurrir su jugo, que pasa por una serie de calderas, donde se concentra cada vez más. Cuando llega a la consistencia almibarada, se le vierte en cristalizadores donde se solidifica en masas parduscas ; se hace escurrir la parte incristalizable y se obtiene la chancaca. Se trata de liberar el producto de la melaza interpuesta entre sus cristales ; es el asunto de las turbinas movidas por un rápido movimiento de rotación de mil a mil doscientas revoluciones por minutos. Las partes semi fluídas se escapan por los intersticios de una tela metálica y en la turbina sólo queda el azúcar en pequeños cristales, listos para el consumo. De tal manera que, a la entrada de la fábrica se exprimen las cañas para sacarles el jugo, a la salida se pone en sacos el producto definitivo.

En el Perú, la caña da corrientemente tres y cuatro cortes ; alcanza su plena madurez en veinte o veintidós meses y produce entonces cerca de diez mil kilogramos de azúcar por hectárea ⁽¹⁾. Agreguemos que el azúcar de origen peruano es muy buscado en el mercado regulador de Europa, el de Liverpool. Además las cañas de *Ynfantas*, gruesas y altas de 2,50 a 3,00 metros, recibieron la medalla de oro en la Exposición Universal.

No lejos de la fábrica se levantan la destilería de ron, los talleres de carpintería, las forjas, el gasómetro, de manera que la hacienda puede bastarse a sí misma sin tener necesidad de los obreros de Lima, cuyos precios excesivos serían una carga para la explotación.. En el lado opuesto, las caballerizas, los corrales, las oficinas y el barrio de los chinos, cuadrado de cien metros por lado limitado por muros de

⁽¹⁾ En las Antillas, donde el cultivo se hace en grande, la caña de azúcar da apenas más de 3.000 kilos de azúcar por hectárea. (NdA).

cinco a seis metros de alto. Se encuentra ahí el hijo del Celeste Imperio tal como se le ve en Hong-Kong y Cantón, viviendo en contacto con los extranjeros sin mezclarse con ellos, sin tomar nada de sus costumbres (hasta que, quemando sus naves, se resuelva a no volver más a China). El corral está lleno de pequeñas cabañas donde, según el uso, los chinos se amontonan. Gallinas, patos, puercos vagan en medio de las pozas de agua y de las cocinas a pleno viento. Harapos horribles se balancean sobre cuerdas ; pescados ensartados como los granos de un rosario exhalan un olor intolerable. A la entrada del corral, un cubo de tierra representa un templo búdico ; aquí y allá leños esculpidos esperan ser utilizados ; las piezas, cuyo ensamblado constituirá el altar, yacen en desorden ; dos hijos del Cielo colorean un Buda barrigón. Como son gente práctica, los obreros gravan el juego para financiar los gastos de la pagoda, teniendo cuidado de ensamblar las piezas a medida de la disposición de fondos. Así es el villorrio donde vegetan los doscientos chinos a los que se les confía el cultivo, la cosecha de las cañas, la sucesión de operaciones que constituyen la industria azucarera. Cada obrero recibe seis *soles-papel* (1,80fr.) por día, más una ración de arroz.

Las torres almenadas, de pie en los cuatro ángulos del corral, ya no son consideradas como una curiosidad. Antes servían para reducir fácilmente las revueltas, porque los malos tratos que se inflingía a los culis provocaban explosiones formidables. Al primer signo precursor se cerraban las puertas y las troneras escupían un granizo de proyectiles hasta que los rebeldes pidieran gracia y entregaran rehenes. Se hacía alto al fuego y la justicia señorial, fría e inexorable, seguía su curso.

Ubicado entre los enemigos del interior y los salteadores forasteros, el hacendado llevaba una existencia precaria, de ninguna manera comparable con la vida de sibarita de la que goza hoy. Las haciendas que, en este momento gozan de una relativa calma, fueron muy desafortunadas durante la guerra del Pacífico. Los bienes raíces no estaban al abrigo del *cupo* (*), ni en las haciendas ni en Lima. *Ynfantas* pagó en una sola vez dos mil *soles-plata*, alrededor de ocho mil francos. Y cuando una hacienda estaba gravada era mejor que el propietario pagara de buena gana, porque el menor atraso recibía una represión inmediata. Los chilenos destruían las máquinas por medio de la dinamita o mandaban algunos cientos de soldados de caballería a pisotear los terrenos y hacían ramonear a sus bestias en las plantas de café, de maíz o la caña de azúcar indistintamente.

Los chinos, introducidos en el Perú desde 1850, fueron empleados primero en la extracción del guano, lo que equivalía a una condena a trabajos forzados. Hoy, por lo menos cerca de las ciudades, la situación de estos desventurados ha mejorado : el látigo del capataz pasó a existir sólo en la leyenda ; los culís ya no figuran al lado de los toros y los puercos en los inventarios de las propiedades puestas en venta ; trabajan regularmente a contrato y su salario se fija según la oferta y la demanda. En los consejos del Estado, la cuestión de la inmigración asiática vuelve de tiempo en tiempo a la orden del día, cuestión vital para el Perú, ya que la falta de brazos fue siempre el principal obstáculo al desarrollo de la agricultura y de la industria. Esta legítima preocupación acaba de recibir satisfacción. Por decreto del 31 de enero de 1884, el general Iglesias, que presidía los destinos de la República, reorganizó el

(*) Cupo : Parte asignada o repartida a un pueblo o a un particular en cualquiera impuesto, empréstito o servicio. (Real Academia). (NdT).

servicio de inmigración. Este documento crea una agencia china en Lima, nombra un agente oficial peruano en Hong-Kong y en Macao ; además otorga a los chinos ciertas garantías. Tales prescripciones, ¿serán observadas ?

La propiedad de *Ynfantas* pertenece al ex jefe del Estado Mayor del Comandante de las fuerzas peruanas durante la última guerra. Está administrada por un naturalista francés, ex profesor en la Facultad de Lima, ex director del Jardín Botánico de la capital peruana. Con ayuda de sus estudios especiales, el gerente desbroza nuevos terrenos para extender las plantaciones. Una vez que las doscientas cincuenta hectáreas estén en pleno rendimiento, se podrá fácilmente escalar las cosechas y suprimir los paros ; entonces la fábrica producirá cuarenta mil quintales de azúcar por año, o sea alrededor de cuatrocientos mil francos de beneficio neto. Pero durante las hostilidades no se podía pensar en aumentar el número de bueyes bajo pena de ver a corto plazo tales rendimientos convertidos en biftecs por los beligerantes. La fábrica posee actualmente cincuenta yuntas ; ése es el máximo para el personal del cual dispone. Desgraciadamente la industria del azúcar sufre una crisis terrible ; la invasión de los productos alemanes, austríacos y rusos ha traído una baja considerable en el mercado : es la batalla de la remolacha contra la caña de azúcar. ¿Quién ganará, la raíz o la gramínea ?

La exportación de azúcar tomó grandes proporciones en Perú hacia el final de la Guerra de Secesión. En esa época, los Estados Unidos recomenzaron el cultivo del algodón, producto con el cual Perú no puede competir. Entonces los propietarios de plantaciones algodonerías se volvieron hacia la caña de azúcar. A esta razón, conviene agregar la revuelta de Cuba contra su metrópoli, las revoluciones de Haití, las malas cosechas de remolacha de hace veinte años en Europa. Por éso, una vez que se dio el impulso, se gastaron sumas considerables en la fundación de ingenios ; y por supuesto que sería incómodo de responder a esta cuestión : ¿Cuál es la procedencia de los capitales invertidos en esta industria ? Varios bancos montados por acciones ayudaron las industrias nacientes prestándoles bajo hipoteca las sumas necesarias a la compra de chinos y de máquinas. Pero también muchos hacendados hicieron empréstitos más allá de los mares ; más tarde reembolsaron cinco francos con cincuenta centavos, entregando papel depreciado contra plata sonante que había entrado en sus cajas. Así fue como un día, a la estupefacción general, el presidente Pardo dijo a la Europa : « No podemos pagar la deuda exterior ». Los peruanos son prestidigitadores de primera clase.

En este mismo orden de cosas, ¿quién no conoce la anécdota de los bonos peruanos ? El gobierno emitió un empréstito ofreciendo como garantía la explotación, durante setenta y cinco años, ciertas guaneras ; ahora bien, esta explotación duró justo veinticinco años. ¿Hubo mala fe de parte del gabinete de Lima o dicho gabinete fue víctima de un error de cálculo ? Se puede creer en las dos hipótesis ; los expertos, los jueces de este país reciben como de costumbre gratificaciones de la parte interesada. Por éso es que se producen estimaciones caprichosas y procesos ilusorios.

Sin embargo, el colmo de la audacia, es lo que me decía a modo de justificación un miembro del gobierno de Calderón : « La parte contratante debería haber verificado la base del empréstito ». En un caso de este tipo el accionista inglés o francés, ¿podría controlar por sí mismo la brillante promesa que se le hizo para

seducirlo ? ¿Deberá tomar el barco para ir a indagar lo que ocurre en las islas Chinchas con el fin de suscribir con conocimiento de causa ? ¿O encargará un experto para que verifique la aserción oficial de un gobierno considerado serio ? Por supuesto que no. Cambia su plata por billetes cubiertos de jeroglíficos, y un buen día el telégrafo anuncia al accionista demasiado crédulo que sus títulos ya no valen más que el peso del papel. Es la historia del asfalto de Marruecos y de una multitud de operaciones financieras contemporáneas. El francés, que nació astuto, se dejará engatusar todavía largo tiempo.

II

En época fija, los habitantes de Lima sienten, como los parisinos, la necesidad de huir la capital para irse al borde del mar. Desde que Chorrillos, el Trouville^(*) del Perú, fue destruido por los bombardeos chilenos, todo limeño que se respete pasa en Ancón los tres primeros meses del año, que corresponden al verano del hemisferio boreal. Para comprender la justificación de tal desplazamiento, hay que saber que este balneario, salido de la arena gracias a un golpe de varita de la virtud del presidente Balta, consiste en una centena de casas de madera construídas al pie de colinas desnudas, que las protejen de los vientos que ahí reinan.

De esta ubicación se desprende un calor sofocante, que tiene un pequeño privilegio, que es la de activar la descomposición del desove de pescado arrastrado por el mar en cantidades increíbles. Aunque desde el 1° de enero hasta el 31 de diciembre la temperatura sea aquí casi constante, cada cual vuelve a Lima el 1° de abril, obedeciendo al tirano que se llama la moda. Desde esta fecha fatídica (fue entonces que llegamos), no se encuentra en Ancón otra cosa que casas abandonadas y hostelería vacía. No hay un mueble, no hay un utensilio, y como no hay nada que robar, no se toma ni siquiera la molestia de cerrar las puertas. Bajo las verandas hay negritos que juegan al infernáculo, tratándose de « señor » ; algunos burros de pelo largo vagan en las calles desiertas ; gaviotas domesticadas pisotean con aspecto circunspecto las veredas de tablas. El barco francés *Montcalm* duerme apaciblemente en la rada, rodeado de una nube de pelícanos ; el pabellón del contraalmirante que tiene el mando del puesto del Océano Pacífico flamea en el palo de mesana. Trescientos de nuestros compatriotas, aprisionados entre estas murallas de acero, vigilan nuestros intereses en este hemisferio. ¿Por qué no decirlo ? fue con gran alegría, mezclada de tristeza, que contemplamos estos restos de la patria^(*).

Cerca de la ciudad se encuentra una amplia necrópolis que con toda seguridad perteneció a una población considerable. Ocupa una planicie arenosa de siete u ocho kilómetros cuadrados, inclinada hacia el oeste, frente al mar donde el dios de los incas, Pachacamac (el alma del mundo), después de haber creado el universo, se desvaneció caminando sobre las aguas. En este mito poético hay que ver el sol que desaparece en el horizonte cuando llegó al final de su carrera. La arena habría

^(*) *Trouville-sur-Mer*, Localidad de Normandía, con playas de arena y baños de mar. Una de las más frecuentadas de Francia a fines del siglo XIX. (NdT).

^(*) Frase enigmática cuya traducción resulta laboriosa : « *ce fut avec une joie mêlée de tristesse que nous contemplâmes cette épave de la patrie* ». ¿Los vigilantes de los intereses de Francia estaban en un barco naufragado ?(NdT).

conservado largo tiempo su secreto si una feliz casualidad, los trabajos de remoción de terrenos durante la construcción del ferrocarril de Lima a Ancón, no hubiera puesto al descubierto algunas de las sepulturas. Desde entonces se ha violado estas tumbas ; en varios lugares el terreno conserva huellas de trastornos. Los antropólogos, los aficionados a la cerámica, los comerciantes de baratillos han dispersado las osamentas luego de haber despojado las momias y tomado los ídolos que se había puesto ahí para proteger los difuntos.

La autoridad que representa al gobierno peruano (su descuido merece que la sabiduría de las naciones se interese en ello) no ejerce sobre estos despojos ninguna vigilancia. Cada uno cava como quiere tal o tal parte ; un ejército de trabajadores da vuelta los terrenos sin que a nadie le importe. Por éso es que los enemigos más temibles de este pueblo muerto son los habitantes de Ancón. Su vecindad con la necrópolis les facilita la ejecución de los pedidos, por lo que nunca es vano de solicitar los servicios de su experiencia. Empujados por la codicia, arrancan las bandas y despanzuran las momias esperando encontrar algún objeto de valor. Muy a menudo estos buscadores ávidos solo descubren vasijas de barro groseras, útiles destinados a trabajos domésticos, figurines funerarios parecidos a los *oushabtisou*^(**), que los egipcios depositaban en sus tumbas, delgadas láminas de oro y de plata aplicadas en la bóveda paladial de los incas, quizá destinadas a pagar la pasada de la Estigia a un nochero de Caronte. Los despojos, considerados como sin valor comercial, los objetos quebrados en el curso de las operaciones, forman un amasijo confuso de vestigios humanos : cráneos, brazos, piernas, cuerpos enteros ; y si no fuera por los esqueletos de los niños, podría creerse un campo de batalla, donde se decidieron los destinos de dos pueblos.

Cuando llegué solo a esta planicie sin límites, teatro donde los vivos hacen una guerra tan encarnizada a los muertos, estuve tentado de amortiguar el ruido de mis propios pasos para no turbar el silencio que se cernía sobre la necrópolis. No pude evitar un sentimiento de horror ; la misma naturaleza, como para protestar contra las espoliaciones, no cesa de acarrear arena, la que recubre poco a poco los restos exhumados. El espejismo agranda los objetos y los deforma : me creí perdido en un mundo de seres fantásticos. Lanzadas a la buena de Dios y caídas con la cara contra la tierra, algunas de las momias parecen estar en éxtasis frente al dios Sol. Otras son altivas como los jueces de un tribunal supremo ; el viento levanta sus cabelleras amarillentas ; una risa sarcástica se escapa de sus labios apergaminados ; se creería ver correr la sangre por las venas de estos hijos del desierto. Mirando con sus ojos vacíos parecen decir : «¿Qué es lo que vienes a buscar en estas soledades ?¿Necesitas oro ? Ya nos tomaron todo. ¿Quieres saber quiénes somos ? Vivíamos felices bajo el gobierno de los incas ; los hombres blancos venidos del punto donde Pachacamac se levanta cada día para alumbrar el universo se desenfrenaron contra nuestro imperio como un torrente devastador. Ciudades florecientes, poblaciones industriosas, monumentos públicos, todo fue aniquilado, sin que sus manos sacrílegas hayan respetado los templos del Sol, nuestro dios, ni los palacios del Inca, nuestro padre. Trajeron el despotismo, la ruina, la crueldad donde reinaba la justicia, la abundancia y la tranquilidad. Pero un día, los *Amautas* nos lo predijeron, los incas revivirán a su vez, nuestros descendientes venidos de todos los rincones del Perú lanzarán el grito de guerra contra los invasores.¿Quién

^(**) *Oushabtis* : figurines en forma de momias que los egipcios depositaban en la tumba y se creía que debían realizar una serie de tareas por cuenta del muerto, especialmente trabajos agrícolas. (NdT).

podrá, quién se atreverá a resistir el choque de la nación conducida por el Inca en persona ? Se amontonará ruina sobre ruina para borrar todo recuerdo de un pasado detestable a jamás. Se levantarán de nuevo los templos de Pachacamac y el oro de la mina escondida no aparecerá a la luz sino que para embellecer la morada de nuestra divinidad bienhechora. El Inca hará justicia frente al pueblo reunido ; él trazará el surco con el arado, fecundará de nuevo las arenas áridas, y cuando asistiremos a la liberación esperada durante tres siglos, vibraremos en nuestros lazos ».

Pobre pueblo, dormid bajo la arena. No, los incas no volverán. Sométanse a la ley inflexible que rige dos pueblos superpuestos y que han alcanzado diferentes grados de civilización : la más débil muere o se refugia. Ella muere ahogada cuando el espacio le falta ; huye el contacto de la raza más fuerte siempre que el desierto esté a su libre disposición. Vuestros descendientes alcanzaron las cordilleras, esperando encontrar en ellas el reposo y la libertad. Pero la civilización extranjera hace presión sobre el continente por todas partes. Con el fin de subvenir a las necesidades siempre crecientes del Viejo Mundo, se vendrá a buscar los tesoros de la joven América ; se cubrirá el nuevo continente de una red de vías de comunicación y el blanco acosará al hombre cobrizo en su último refugio...

Que el turista no se ilusione al punto de querer hacer por sí mismo excavaciones. Sin puntos de referencia, sin datos precisos sobre la manera de actuar, perderá su tiempo y su trabajo. Pensad platónicamente en este español que obtuvo cinco millones de la tumba de un inca y diríjase a don Manuel, un hermoso negro obsequioso. Él contrata trabajadores, él reúne las herramientas necesarias y bajo su hábil dirección se puede aún hacer algunos hallazgos. Introduce con precaución la sonda en la arena, esta varilla de fierro que la prolongación de sus dedos le da el sentido del tacto bajo el suelo : a dos metros de profundidad reconoce una momia, vasijas, piedras. Manuel parodia a su manera el adagio « *Time is money* », transponiéndolo en su forma más oriental y más práctica : « *Labour is money* ; es por éso que da el primer picotazo cuando está seguro.

Los súbditos de los antiguos incas son reducidos al mínimo de su volumen : el fémur y la tibia son llevados hacia el cuerpo, los brazos son plegados y el todo es envuelto con algodón y telas y es apretado sólidamente con cuerdas. Creían que las actividades de la vida futura eran parecidas a las de aquí. Es por éso que las momias llevan sobre el pecho una calabaza llena de maíz, de pescado, de sal en perfecto estado de conservación ; también se encuentra en ella hilo, agujas, un poco de *coca*, cuyas hojas al ser masticadas por los viajeros conservan las fuerzas, calman la sed y permiten de permanecer dos o tres días sin tomar alimentos. En una palabra, se proveía a los muertos de todo lo que es necesario para emprender « el gran viaje ». Se enterraba también con ellos todo lo que había ocupado un lugar de preferencia en sus existencias ; los animales que amaron, perros y monos envueltos en bandas yacen al lado de sus despojos. Se encuentra juguetes al lado de los niños, joyas al lado de mujeres, telares y redes al lado de los artesanos y de los pescadores, armas al lado de los guerreros.

La creencia en la resurrección explica el cuidado que ponían en la conservación de los cuerpos, y sin embargo sus métodos no recuerdan en nada los embalsamadores de los egipcios. En realidad algunos escritores hablan de aromas y de resinas ; pero el aspecto y el examen de las momias imperiales descubiertas en el

Cuzco, han demostrado la inanidad de tal hipótesis. Creemos que esta conservación hay que atribuírla a la sequía perpetua y a las influencias de un terreno nitroso. Y lo que da cierto peso a esta opinión es que estos diferentes objetos cambian de aspecto y de estado cuando son expuestos al aire. Las sales se hacen delicuescentes, las vasijas exudan, los tejidos se disgregan y caen hechos polvo.

Igual que en las tumbas etruscas, en las sepulturas peruanas no se encuentra ningún utensilio de fierro ; sólo se encuentra bronce, plata y oro. En efecto, se sabe que los incas no conocían el fierro y que lo reemplazaban por la aleación del cobre con el estaño, cuya composición, la misma, fue encontrada en el nuevo mundo y en el antiguo continente. Ahora bien, los grupos étnicos que incineraban y aquéllos que inhumaban son de origen absolutamente distinto, y se cita como anormal el hecho señalado recientemente por el señor du Chatelier. Este erudito había encontrado en Bretaña el rito de la incineración asociado con armas de bronce. Sin embargo, algunas momias peruanas parecen tener trazas de incineración ; se puede suponer que aquí el fuego sólo fue empleado como auxiliar con el fin de obtener una disminución del volumen y quizá un comienzo de desecación.

¿Cómo explicar tal aglomeración de restos humanos ? Aquí y allá se encuentran piedras y construcciones ciclópeas ; se supuso que estos vestigios formaban los muros de una ciudad. Sin embargo, las tumbas más ricas yacen fuera de una especie de muralla circular construída por medio de bloques yuxtapuestos. Por lo demás, la extensión de la necrópolis es demasiado considerable para que haya servido a una sola ciudad ; una excursión en los alrededores va a entregarnos una respuesta categórica.

A cuatro o cinco kilómetros de ahí, a la entrada del valle de las haciendas, se divisan las ruinas de una ciudad medio enterrada por la arena. Las murallas emergen del suelo hasta perderse de vista: *adobes* superpuestos, construcciones pelásgicas^(*), montones de cerámica rota es lo que puede verse ; las olas arenosas se levantan ya amenazantes : se podría calcular casi matemáticamente el momento en que estos restos desaparecerán. No obstante, los buscadores no dirigen sus esfuerzos de este lado ; por lo menos no creemos que se haya efectuado todavía excavaciones metódicas, a pesar de que se puede sorprender ahí, como en Pompeya, la vida íntima de estas interesantes poblaciones. La civilización moderna pasa indiferente al lado de estos restos ; las caravanas evitan estos parajes, quizá por temor supersticioso. El silbato de las locomotoras es el único que turba, a intervalos regulares, el silencio de estas soledades.

Al subir los cerros que cierran la bahía de Ancón, se observa hacia el sur, sobre la ladera de un cono, una sucesión de terrazas que señalan la ubicación de otra ciudad. Al examinar los cubos de tierra yuxtapuestos se piensa en la patria de una vestal infiel ; en efecto, en tal caso, como en la Roma antigua, la virgen del Sol era enterrada viva ; se arrasaba y se sembraba con piedras la aldea que la vio nacer para borrar, tanto como fuera posible, hasta el recuerdo de la existencia de la sacerdotisa infame.

^(*) Apreciación hiperbólica del autor que de comparar estas construcciones con las de los pelasgos, conjunto de pueblos de la Grecia arcaica. Tal término fue aplicado más tarde a las antiguas aglomeraciones romanas. (NdT).

No hay el más pequeño río, no hay una poza de agua ni una pulgada de tierra vegetal a cincuenta kilómetros a la redonda. No es una de esas comarcas que pudieran suscitar el despliegue del trabajo humano. Estas fajas arenosas del litoral y la constitución accidentada del suelo oponen otros tantos obstáculos al desarrollo de la agricultura y a la facilidad de las comunicaciones. No obstante, los antiguos peruanos triunfaron sobre estas dificultades. En su diligencia, y ayudados por todo un pueblo, los emperadores fertilizaron estas planicies, construyeron rutas de cuatro mil kilómetros de largo, lanzaron a través de abismos puentes colgantes ; en ciertos lugares escondieron incluso la aridez del suelo bajo una capa de tierra vegetal. Estas obras no pudieron resistir a la conquista, como tampoco resistieron los monumentos públicos. Unos, juzgados inútiles, yacen sobre la arena ; los materiales utilizables sirvieron a edificar nuevas construcciones, mientras que el sacerdote católico entona salmos en los lugares donde antaño resonaron los cantos de los Hijos del Sol.

Un gran camino trazado oblicuamente a la pendiente de las montañas conduce de las ruinas que acabamos de examinar al valle de las haciendas y sin duda se bifurcaba en otro tiempo para llegar a la necrópolis. Fue una de esas mil arterias que surcaban el imperio. Esta ruta vio quizá uno de esos paseos majestuosos que se repetían periódicamente cuando el Hijo del Sol recorría sus Estados para hacer justicia, escuchar las quejas, examinar por sí mismo las necesidades de los diferentes distritos. El cortejo, en marcha triunfal, estaba compuesto de honderos, de soldados armados de lanzas con los estandartes desplegados y las armas relucientes. Rodeado de la guardia imperial, el Inca invisible, al mismo tiempo legislador, ley y divinidad, era transportado en una litera de oro enriquecida con piedras preciosas. Los grandes del imperio, los Incas, los Curacas o jefes de los territorios conquistados, se disputaban el honor de cargar con el hijo de Pachacamac. Y el pueblo, venido de todas partes, se estrechaba a la cabeza del cortejo y desparramaban flores a su paso gritando : « ¡Oh muy grande y muy poderoso jefe, ¡oh ! tú que mandas en el altar y en el hogar, único soberano, dueño del mundo ! »

Se ha discutido mucho, se discute todavía sobre el origen de este pueblo. La teoría más verosímil indica como origen de los incas la meseta central del Asia. Bajo el impulso de los ejércitos chinos, las olas del mar humano que ocupaba estas regiones se precipitaron a la vez hacia el Occidente y el Oriente. Los primeros bajo el nombre de hunos invadieron Europa hasta las orillas del Atlántico. Los otros, expulsados hacia el Este, colonizaron América, sin tener que luchar contra naciones guerreras. Ahí también, poblaciones estancadas fueron absorbidas por una raza más despierta. Los autóctonos, descendientes de estos hombres de la época cuaternaria, de los cuales se han encontrado los restos, recibieron los elementos de civilización que los recién llegados llevaban consigo como un paladión.

Por lo demás, se encuentra en las instituciones de los incas, en sus usos, en su lengua un gran número de puntos de contacto con los de las razas conocidas. Hicimos ya esta observación a propósito de sus producciones atrísticas y estas consideraciones nos llevan casi a admitir que hay entre estas razas diferentes una comunidad de origen. Consultemos los anales de Grecia, de Italia, de la India, de Indochina, de la China.

El imperio peruano tenía algo de las instituciones griegas : leyes draconianas que castigaban el robo, el asesinato, la blasfemia, el adulterio, las palabras irrespetuosas hacia el Inca, el incendio de un puente con la pena de muerte.

La religión del imperio, fundada sobre fenómenos celestes, recuerda las de Fenicia, de Caldea, de la Persia : Melkart, Serapis, Ormuzd, Mitra, Febo, Hércules, no eran otra cosa que los diferentes nombres del Dios Sol ; el mismo fuego sagrado que ardía frente a las imágenes de Pachacamac en el Cuzco, brillaba en Tiro sobre los altares de Melkart. Esta llama santa se encendía durante las fiestas nacionales del Raymi y estaba bajo el cuidado de las Vírgenes del Sol, como en Roma se la confiaba a las Vestales. También como los romanos, los Incas consultaban las entrañas de las víctimas para leer en ellas los misterios del porvenir. Trazaron en todo el imperio inmensas vías de comunicación ; absorbieron metódicamente las tribus vecinas y transportaban a el Cuzco los jefes sometidos, con el fin de enseñarles la lengua y los usos de la corte. ¿ Hacía otra cosa el senado romano al llamar a la ciudad eterna esos bárbaros, cuyos descendientes llevarían la púrpura imperial ?

Como en Egipto y entre los Pelasgos, se encuentra la fuerza, la solidez, la tosquedad de las formas, más que la búsqueda de la elegancia artística.

Los Incas vivían bajo el régimen de castas, como en India. Cuando un emperador o un gran personaje moría, varias de sus mujeres y algunos de sus domésticos favoritos eran inmolados en su tumba, para que le hicieran compañía y para servirles en las regiones de la eternidad.

Lo mismo que en el reino de Siam, el presunto heredero está obligado a hacer un período de preparación entre los bonzos, de vestir el traje religioso, de caminar descalzo, de obligarse al ayuno y de estudiar la teogonía búdica, así en el Perú el heredero del trono, puesto entre las manos de los Amautas (sabios) estaba curtido por los ayunos e instruído en el ceremonial complicado de la religión de Pachacamac.

Como en China, era la obediencia ciega a la autoridad en todo el imperio, la importancia de la etiqueta, el culto de los antepasados. El emperador de china, ¿no se titulaba, como el Inca, Hijo del Cielo o Hijo del Sol ? ¿No conduce, como el Inca una vez por año, el arado de oro frente al pueblo reunido para manifestar su respeto por la agricultura y fomentar así el trabajo de los campos ? ¿ No observaban los chinos, como se hacía en el Perú, la época de los solsticios, con el fin de determinar la de sus fiestas religiosas ?

Una última observación, que tiene su importancia : en otro tiempo, en Nueva Zelandia, las tumbas estaban provistas con víveres ; se hacía sentarse a los muertos, replegándolos en una posición análoga a la de las momias peruanas.

Atribuir a la simple casualidad lo que no se puede explicar de manera satisfactoria es siempre cosa fácil ; preferimos creer (sin poder demostrarlo rigurosamente) en un origen común entre estos diferentes pueblos. Por lo demás ¿no es cierto que la ciencia ve abrirse cada día ante sus ojos una inmensa cantera, cuando justamente había creído llegar al término de su viaje ? Ayer se ignoraba la existencia

del viejo pueblo de Sumir al que los fenicios deben tanto ; esta antigua tribu sale hoy del limbo. Del mismo modo, la historia profundizada de los Incas aportará su página a la historia de la humanidad. Esperemos que se penetre hacia adelante en los misterios que envuelven la cuna de las razas y que nuevos datos permitirán resolver una cuestión que toca a la unidad de la especie humana.

El cono en torno del cual serpentean, como un caracol, las terrazas de la ciudad domina una playa rodeada de arrecifes donde el mar revienta sus olas con siniestro estrépito. Lo que da carácter a esta playa aislada es la vida, el movimiento tumultuoso, exhuberante : pelícanos, gaviotas, cangrejos, cormoranes, focas, todo lo que vive del mar y en el mar, se agita aquí en una viviente confusión. Esta animación hace un contraste extraño con las ruinas suspendidas en el aire.

Los pelícanos y los cormoranes, pescadores desenfrenados se dejan caer con todo su peso en la espuma, devoran los peces como les da la gana y en seguida, a todo vuelo, van a refugiarse sobre las rocas para digerir al sol ; sus largos cuellos alineados sobre las crestas de los islotes, se parecen a las rejas armadas de lanzas.

Los cangrejos rosados marchan en batallones apretados como las falanges de una migración bárbara. Estos piratas se acercan del visitante esperando ganar algo ; pero al menor movimiento ofensivo, la tropa toma el aspecto de un mar agitado, retrocediendo sobre las irregularidades del suelo, mientras que los que están más próximos se sumergen instantáneamente en los hoyos que acribillan la arena. Estos crustáceos sólo viven en aglomeración, no en sociedad ; cada uno respeta únicamente la ley del más fuerte. Por éso es que el orden perfecto está lejos de reinar en las filas de estas legiones. ; hay combates singulares que se entablan en las alas del ejército ; el vencedor hace castañetear sus mandíbulas ; cava ávidamente con sus pinzas las entrañas de su adversario y la lucha se termina siempre con un festín. ¡Pobre del náufrago que alcanzaría esta playa y que una herida le impediría de defenderse ! Acosado por todos lados por esta ola viviente, del herido pronto no quedaría ya otra cosa que un esqueleto blanquecino.

Lejos de la mirada de los hombres, las focas se aferran torpemente a las asperezas de las rocas y vienen a parar a la playa ; ahí retozan y hacen conciliábulos sobre la arena tibia. Pero al menor ruido, en cuanto un ser humano echa una mirada indiscreta al cenáculo, los anfibios se arrastran hacia el mar lanzando gritos roncros ; zambullen a saltos sucesivos, sus grupas negras se muestran aún a intervalos sobre las aguas antes de perderse en la lejanía.

Entretanto el sol comienza a bajar ; hay que pensar en volver a Ancón. Después de haber escalado los montículos que bordean la playa, fuimos de nuevo a lo largo de las murallas de la ciudad antigua. Un viejo indio encucillado en la colina, en la pose de las momias, se perfilaba sobre el cielo amarillo ; cantaba una endecha lúgubre y estas notas graves en medio de las sombras del crepúsculo, producían una impresión indefinible. Cuando nos vio detuvo su canto y se puso a mirar fijamente el sol, dios de sus antepasados, que se abismaba en las profundidades del Océano.

Más lejos, entre las rocas, el buque insignia aparece de nuevo. En ese momento el disco del sol, rodeado de estratos negros ribeteados de oro se juntaba con el horizonte. La bandera nacional bajó lentamente en los aires mientras los acentos de

La Marsellesa, llevados por el viento, llegaron hasta nosotros. Todo evocaba en nuestro espíritu el recuerdo de la patria ausente; los tres colores habían desaparecido ; la noche extendía poco a poco sus sombras sobre la rada. De pie, en el mismo lugar, escuchábamos todavía.....

Al día siguiente, el ferrocarril nos llevaba a Lima. Yo iba sentado al lado de un rico hacendado, al que no paraba de hablarle de la ciudad marítima antigua : « -Sí, me dice, algunos espíritus especulativos pretenden que fue una ciudad floreciente en el tiempo de los Incas ; pero hoy día ¿quién se preocupa de ella ? Créame, nadie se da el tiempo para ir a interrogar esas piedras ». Y cuando pasábamos por el valle de las haciendas, me extasiaba por la fertilidad de esas tierras. « ¡Oh ! replicó mi interlocutor, para hacer buenas cosechas hay que disponer de agua ; así, cuando una nube se vacía encima de un distrito, se puede en verdad decir que cada gota de lluvia se convierte en piastra. Pienso que se estima en ocho millones la cosecha debida a una lluvia de algunas horas en la *quebrada* de Huasco. Desgraciadamente el hecho es demasiado raro como para contar con esos chubascos bienhechores ; de ahí la necesidad de recurrir a medios artificiales *O fortunatos nimium...* (*) Perdón prefiero hablar el castellano. ¡Felices los hacendados de las orillas del Rimac ! Durante el invierno, en la época de las lluvias en la Cordillera, el río mantiene un nivel constante en las *acequias* ; el hacendado mira, la naturaleza se encarga del resto. En el tiempo de los Incas no llovía más seguido que hoy; sin embargo, este tipo de preocupación no existía : el Emperador en persona se encargaba de distribuir y de construir los acueductos. Ahora estamos enfrentados con dificultades de todo género : hay que buscar dinero, trabajadores, agua, máquinas. Cuando se tiene todo éso, hay que luchar contra los bandidos. En lugar de ayudarnos, el gobierno (cuando existe uno), endeudado sin cesar, se preocupa solamente de percibir los impuestos ; fascinado por el brillo engañoso de las riquezas minerales se vuelve hacia las minas, dirige hacia ellas sus ferrocarriles y no da ningún fomento a la agricultura ».

(*) *¡O fortunatos nimium, sua si bona norint agricolae !* « ¡ Felices sean los hombres del campo si conocen su fortuna ! » Verso de Virgilio, del cual sólo se cita la primera parte ; ella alude a los que gozan de una dicha que no saben apreciar. (NdT).

